P.U.C.E.

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Sociología y Ciencias Políticas

Tesis para la obtención del título de *Sociólogo* con *mención en Ciencias Políticas*:

Pensamiento vivo de Agustín Cueva

por:

Marco Paladines V.

Mayo, 2012

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS 5

INTRODUCCIÓN 6

CAPÍTULO I: LA COLONIA, EL MESTIZO Y SU LITERATURA 12

A) "LOS AÑOS DE LA FIEBRE" 14
B) LA COLONIA: ESE PASADO QUE NO MUERE 18
C) LA FÁBULA DEL MESTIZO 26
D) CRÍTICA DE LA LITERATURA 31

CAPÍTULO II: VISIÓN CRÍTICA DEL CAPITALISMO EN AMÉRICA LATINA 54

A) "LA EDAD DE ORO DE LAS CIENCIAS SOCIALES" 56
B) EL MARXISMO-LENINISMO DE CUEVA 59
C) CRÍTICA A LA TEORÍA DE LA DEPENDENCIA 65
D) TESIS FUNDAMENTALES SOBRE EL CAPITALISMO LATINOAMERICANO 70

CAPÍTULO III: LUCHA DE CLASES, POPULISMO Y DEMOCRACIA 80

A) ANÁLISIS DE LA LUCHA DE CLASES 82
B) EL POPULISMO 93
C) "LA DERECHIZACIÓN DE OCCIDENTE" 101
D) DEMOCRACIA, FASCISMO Y NEOCONSERVADURISMO 103

CONCLUSIONES 112

BIBLIOGRAFÍA 119

Pues el afecto que quiébrase de noche en mis bronquios, lo trajeron de día ocultos deanes y, si amanezco pálido, es por mi obra: y, si anochezco rojo, por mi obrero. Ello explica, igualmente, estos cansancios míos y estos despojos, mis famosos tíos. Ello explica, en fin, esta lágrima que brindo por la dicha de los hombres.

César Vallejo

Aquí solo nos interesaba destacar algunas líneas fundamentales de un proceso que, al menos cuando uno lo ve con ojos latinoamericanos, poco tiene de ¨mágico¨ o ¨surreal¨.

Agustín Cueva

Terminado el camino, comienza el viaje

Georgy Lukács

Agradecimientos

Todo de tres en 3: aunque haya cuarto o sean sólo dos.

En orden de aparición, mis casuales y nunca finalmente canceladas deudas son:

Con mi familia del campo y la ciudad lojanas; los de allá y los de acá, los de antes y los de ahora.
Con M.Coraje y M. Angustia, padre y madre o madre y padre que me enseñaron:primero amar, luego pensar.
Con Ternura y Convicción, compañeras de juego, de promesas y de llanto.

Con mis amigos: *los iguales a mí, los diferentes*, que siempre andan aportándome lo que no tengo.
Con los maestros que en verdad merecen ese nombre, que han hecho valiosa la experiencia que otros se empeñaron en banalizar y convertir en mero trámite.
Con quien me va dosificando canciones y sonrisas hasta atravesar las tempestades de éste y otros mundos, la portadora del cincel y del martillo.

Introducción

La primera década del siglo XXI estuvo signada a nivel latinoamericano, con contadas excepciones, por la masiva llegada al poder de movimientos políticos que no dudaron en izar la bandera de la izquierda y que proclamaron en las tarimas el comienzo de una época de cambios. Confusión, por decir lo menos, fue la sensación imperante durante la misma década en las ciencias sociales latinoamericanas, tanto en las de orientación crítica como en las autodenominadas "científicas".

Ambas fueron sorprendidas por las novedades que traía el nuevo milenio: las primeras, intentando quitarse de encima el duro peso de la arremetida imperialista en su variante neoliberal (que se sintió con fuerza durante la década de 1990); las segundas, reducidas a su tarea tecnocrática en los centros privados (y privativos) de producción teórica.

Recién iniciada la segunda década del presente siglo, las aguas dejan la turbidez y permiten a las ciencias sociales mirar con mayor claridad la realidad de nuestras sociedades bajo el dominio de los grupos que hoy se encuentran en el poder. Como una persona que ha dormido mucho tiempo, lentamente las ciencias sociales van asomando las narices en la realidad capitalista latinoamericana, a ver si pueden, por fin, acercarse a la comprensión de la sociedad que las anida.

Una vez terminada la proscripción de los temas del pensamiento crítico, parece ser un buen momento para buscar la auto-comprensión de nuestra sociedad, así como de tender puentes hacia las "fuerzas sociales" que pueden asumir la crítica a nivel práctico.

Los esfuerzos encaminados a una auto-comprensión de nuestra realidad social pasan, en primera instancia, por ajustar cuentas con el pasado y, por lo tanto, con los esfuerzos que en él se realizaron. Para América Latina, los años "dorados" de la producción teórica fueron aproximadamente los de la década de los setenta. Nunca antes (y quizá nunca después) el debate fue tan fructífero; tampoco se registra antes tal multiplicación de investigaciones en los más diversos órdenes de la vida social de nuestros países.

A nivel nacional, los procesos históricos y sus correlatos académicos fueron, salvando las particularidades del caso, de la misma índole que a nivel continental. Aquí, quizás con mayor urgencia que en otras regiones del continente, la lectura de nuestro pasado se impone. No son demasiados, pero algunos lectores privilegiados de nuestra realidad, aunque no estén aquí ahora, tienen todavía algo que decir: tal es el caso de Agustín Cueva.

A pesar de ser curiosamente relegado, Agustín Cueva representa un momento significativo en la auto-comprensión de la realidad ecuatoriana, primero, y latinoamericana, después. De esa idea partimos en este trabajo investigativo, cuyo principal objetivo reside en dar a conocer las tesis primordiales que tal intento de auto-comprensión tiene.

Por auto-comprensión entendemos simplemente la capacidad de una sociedad para captar su propia realidad, expresándola en términos teóricos o básicamente interpretativos. El intento de Cueva no apunta únicamente a una descripción de la realidad, sino a una captación crítica de la misma; lo cual supone que existen intereses emancipatorios en las investigaciones del autor, quien explícitamente trabaja bajo la premisa de que conocer el mundo implica transformarlo.

La tentativa de auto-comprensión crítica de la que venimos hablando se limita a la elaboración de tesis interpretativas sobre la realidad económica, política y cultural del Ecuador y América Latina. Tales tesis se expresan en distintos ensayos y libros, los cuales en su producción son deudores de las condiciones histórico sociales que los vieron nacer.

Para evitar equívocos, es preciso aclarar que Cueva nunca buscó la construcción de una teoría desde la cual se puedan realizar las interpretaciones de nuestra realidad.Por lo demás, el autor lo aclara abiertamente: "jamás he pretendido inventar teoría alguna" (Cueva, 1989: 8). En lugar de ello, las tesis interpretativas descansan en matrices teóricas ya establecidas, cuyo eje articulador es el marxismo, aunque con matices según el ámbito investigativo.

Ahora bien, para poder estudiar la obra de Cueva en su totalidad partimos de la idea que, a pesar de las diferentes temáticas o épocas reflejadas en sus libros y ensayos, existe una coherencia que hace que también la podamos considerar como una unidad. No queremos con esto decir que todo lo que Cueva escribió tiene el mismo tema, sino que todos los temas que lo preocuparon fueron abordados con la misma óptica crítica.

En esta introducción buscamos una clasificación de la obra de Cueva, que permitiendo dar cuenta de las condiciones históricas de su producción, no relegue ciertas partes y las deje sin tratar. También buscamos una clasificación que sin dejar de considerar el desplazamiento en el objeto de estudio (de Ecuador a América Latina o viceversa), nos señale con claridad los puntos nodales de su pensamiento.

Para cumplir con lo dicho, hemos querido revisar dos tipos de clasificaciones que se han hecho acerca de la obra de Cueva. En primer lugar está una que podemos denominar *histórico-biográfica,* y que consiste en clasificar la obra de Cueva atendiendo primordialmente a los cortes históricos que existieron en la época que el autor vivió y a la actitud teórica que esos cortes determinaron.

Este intento clasificatorio, cuya mejor versión creemos que es la de Alejandro Moreano, asegura que:

> Ciertas vidas se corresponden tan profundamente con la época que los ciclos vitales e históricos son idénticos. La vida intelectual de Agustín fue una sola con la época que nació con la revolución cubana y culminó con el desmoronamiento de la URSS y del Este europeo. El desarrollo de su pensamiento, sus mutaciones y desplazamientos, estuvieron marcados por las fases y virajes de los procesos sociales y políticos del Ecuador, América Latina y el mundo. (Moreano, 2008: 9,10)

De acuerdo con estas ideas, Moreano propone a continuación la existencia de tres etapas en la vida intelectual de Agustín Cueva:

> En la primera fase, Agustín vivió un doble tránsito: del ensayo literario y social a la investigación sociológica, de una formación clásica –Max Weber, Durkheim- al marxismo. (…) Eran los tiempos en que el desarrollismo –desde las tesis de la CEPAL a las del dualismo estructural- habían entrado en crisis y emergían las formas libertarias del pensamiento revolucionario –Mao Tse tung y el tío Ho, Fanon, el CHE- . (Moreano, 2008: 11,12)

A tal etapa corresponderían *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominaciónpolítica en el Ecuador*, con temática nacional.

> La segunda fase de su pensamiento expresó el ascenso y la derrota de los grandes movimientos populares, articulados en torno al proletariado, de los países del Cono Sur y que estuvieron a punto de gestar revoluciones sociales clásicas: el Chile de la Unidad Popular, el Uruguay del Frente Amplio y los Tupamaros, la Argentina de la izquierda peronista y del ERP. (Moreano, 2008: 15)

Aquí el referente empírico está ya desplazado del Ecuador a América Latina, su actividad en la UNAM y la publicación de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* y *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, serían los eventos cruciales de esta etapa. Por último:

> (En la tercera etapa, M.P.) las ciencias sociales fueron colonizadas por el pensamiento empirista y por concepciones teóricas y políticas funcionales al nuevo orden. Las categorías de totalidad, en el terreno metodológico, y de revolución o cambio, en el plano teórico-político, dejaron de organizar el pensamiento y las ciencias sociales. La década de los 80 fue el período privilegiado de esa evolución. (Moreano, 2008: 19)

La estimación que hace Moreano de las etapas en la vida de Cueva es pertinente no sólo por la rica contextualización ofrecida, sino también porque el mismo Moreano fue testigo del tránsito histórico correspondiente a la época.

René Báez, en *Disidencia en Disneylandia*, dedica uno de los tres capítulos a Agustín Cueva[1]; en lo fundamental, *mutatis mutandis*, la consideración de Báez es paralela a la de Moreano. Cabe recalcar la situación privilegiada de Moreano y Báez para la lectura de la

[1]Los otros dos están significativamente dedicados al Che Guevara y al Subcomandante Marcos.

obra de Cueva, pues ellos no sólo que compartieron con este último las preocupaciones y necesidades políticas de la época, sino que además fueron muy cercanos al sociólogo de Ibarra.

Se puede asumir, efectivamente, una clasificación *histórico-biográfica*como la que acabamos de detallar. Se puede, también, mirar este desplazamiento a nivel *temático*. Esa clasificación ha sido propuesta por el escritor cuencano Juan Valdano, quien en su presentación a una antología de la obra de Cueva, divide a ésta última en:i) ensayos ideológicos y políticos sobre literatura; ii) ensayos sociológicos sobre literatura; iii)ensayos sociológicos sobre los procesos políticos y sociales de América Latina; y, iv) ensayos de interpretación del pensamiento marxista.

Tal clasificación, acertada si tomásemos en cuenta los distintos temas por separado, contiene algunos problemas que no nos permiten aceptarla. En primer lugar, escamotea los hitos centrales del pensamiento de Cueva (al no diferenciar, por ejemplo, entre la crítica de la dominación política y la crítica de la economía política). En segundo lugar, incluye una valoración discutible sobre la diferencia entre los ensayos ideológico-políticos y los sociológicos, entiéndase, científicos. Cueva siempre practicó su disciplina desde un punto de vista que Valdano consideraría ideológico-político, buscando apartarse del cientificismo. Por último, nos presenta la obra de Cueva demasiado fraccionada: como si en las categorías i) y ii) no hubiese interpretación del pensamiento marxista; o como si la literatura fuera un tema aislado en la obra de Cueva, en lugar de formar parte de un todo.

Habida cuenta de lo anterior, hemos optado por una división *temática* de la obra de Cueva, pero que incorpore, puesto que son vitales, los niveles *histórico* y *biográfico*.

En primer término, hemos creído pertinente la división en tres partes la obra de Cueva: la primera se trata de una lectura sobre problemas que podríamos considerar a grandes rasgos como culturales (colonización, mestizaje y literatura); la segunda versa sobre la comprensión crítica de la economía política latinoamericana (marxismo latinoamericano, crítica a la teoría de la dependencia e imperialismo); por último la tercera parte se ocupa de lo concerniente a la crítica de la dominación política (lucha de clases, populismo, conservadurismo). Con esa división (que de modo híper-esquemático incluye los niveles cultural, económico y político) creemos acercarnos a los puntos axiales del pensamiento de Cueva.

Como es obvio suponer, a cada uno de estos tres grandes temas le corresponde un capítulo del presente trabajo. No está demás indicar que el intento por mirar puentes comunicativos entre estas tres dimensiones del pensamiento de Cueva es constante,

explícito e implícito, pues entre otras cosas se trata de comprender la obra de Cueva como una totalidad, bien que diferenciada en su interior.

Agustín Cueva publicó ocho libros (a los que debe agregarse unopublicado póstumamente), más algunas decenas de artículos en revistas de todo el continente. Así mismo, cuenta con varias traducciones a diferentes idiomas, y es compilador y prologuista de un volumen de ensayos acerca del fenómeno que él bautizó como la "derechización de occidente". Como curiosidad destaca una supuesta obra de teatro, que hasta donde sabemos, nunca vio la luz del sol.

Gran parte del material bibliográfico utilizado en el primer capítulo corresponde a *Entre la ira y la esperanza* (1967), *Lecturas y rupturas* (1986) y *Literatura y conciencia histórica enAmérica Latina* (1993). Para el segundo, las obras principalmente consultadas fueron *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (1977), *Teoría social y procesos políticos en América Latina*(1979) y *La teoría marxista* (1987). En el último capítulo las fuentes principales son *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972), *Las democracias restringidas en América Latina*(1989) y *América Latina en la frontera de los años 90* (1989).

En atención a la necesidad de incorporar la contextualización *histórico-biográfica*, hemos introducido en cada capítulo una pequeña reconstrucción de la época y la vida de Agustín Cueva, siguiendo en algo la periodización que trazare Alejandro Moreano, pero buscando fundamentalmente encontrar la mirada del propio Cueva sobre esas épocas.En cada capítulo, cuando hemos creído oportuno, introducimos unos apartados que toman en cuenta el perfil histórico (económico, político, cultural) de distintos momentos a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, y que por otro lado aportan alguna información sobre la vida de Agustín Cueva, siempre que sea relevante al tema que estemos tratando.

El resultado es, a lo largo de los tres capítulos, una mirada a "los años de la fiebre" (fuerte impulso social que el autor tuvo al inicio de su trayectoria intelectual); a "la edad de oro de las ciencias sociales en América Latina" (que coinciden con el arribo de Cueva a la UNAM, y su inserción en el contexto teórico latinoamericano); y finalmente a "la derechización de occidente" (el proceso político, económico y cultural de conservadurización del mundo, que abriría una senda crítica para el propio Cueva). De ese modo recorremos desde los años 60, época en que Agustín Cueva vivió en Francia, hasta los primeros años de la década de 1990.

Sobre los años posteriores a su muerte (1992-2012) queda poco que decir, teniendo en cuenta que durante la mayor parte de estos últimos veinte años, Agustín Cueva formó parte de ese grupo de autores señalados como culpablesde una "falsa" lectura de la

realidad. Sus obras, e incluso su recuerdo, fueron encerrados en el oscuro rincón que la memoria sociológica tiene reservado para las teorías de ideas "fracasadas". Hoy nos resulta bastante diáfana la constatación de que tales teorías no fueron encerradas por sus postulados, sino por sus detractores. Algunos de los cuales lo hicieron por seguir con sinceridad sus conservadores caminos, a diferencia de otros, que más bien podemos ubicar dentro del oportunismo.

Y es que los procesos políticos y sociales que derivaron del derrumbe del bloque socialista y la consecuente instauración de una dictadura planetaria, tuvieron consecuencias bastante directas en los escenarios de producción de nuestras ciencias sociales. De hecho, la caída del Muro de Berlín provocó una desbandada caótica entre los intelectuales: unos se refugiaron en la gelatinosa zona de los "estudios culturales", otros se acomodaron rápidamente en cualquier espacio donde les brindaran "apoyo desinteresado".

Agustín Cueva, ya sin posibilidad de defenderse, fue "enterrado" a nivel editorial y "superado" en los sueños de los cientistas sociales del nuevo milenio. No deja de llamar la atención el que todavía no podamos contar con la edición y publicación de sus obras completas (tarea más bien sencilla), aunque sea para declararlas inactuales, que por lo demás no parece ser el caso.

Antes de comenzar, únicamente queremos hacerle dos advertencias al lector:

A) Requeriremos de su paciencia por la longitud y la persistenciaen las citas bibliográficas, especialmente del autor en cuestión, toda vez que, entre otros propósitos, aquí se busca "hacer hablar" a Agustín Cueva dentro de lo posible y sabiendo que las distancias que para ello existen en todos los niveles son infranqueables.

B) El análisis que aquí se desarrolla está implícitamente referido al presente en todo momento, sin excepción alguna.

Capítulo I: La Colonia, el mestizo y su literatura

Quemaremos todas las naves!
Quemaremos la última esencia!

César Vallejo

Imitar no es sino una forma pobre y mediatizada de enfrentar la realidad, pero que no exime de responsabilidad al imitador.

Agustín Cueva

La literatura es la subjetividad de una sociedad en Revolución permanente.

Jean Paul Sartre

En acuerdo con la división temática propuesta en la introducción, revisamos a continuación uno de los tres grandes temas en el pensamiento de Agustín Cueva, el de la *cultura*. Comenzamos este tema con una aclaración fundamental: la *cultura* es uno de los ámbitos más problemáticos en la existencia humana, que se muestra particularmente esquiva en el terreno de las ciencias sociales. Tal término tiene una capacidad extraordinaria para "desdoblarse" y convertirse lo mismo en una referencia a prácticamente cualquier actividad humana, que en una palabra vacía y plana, que no indique más que un limitado número de particularidades regionales. Estas características suelen meter al cientista social en embrollos descomunales, por lo que resulta indispensable aclarar el sentido que le daremos al término en este trabajo.

En primer lugar lo usamos para distinguir esta dimensión del trabajo de Agustín Cueva de las otras dos que trataremos: aquí se tomarán en cuenta las reflexiones que no tienen por objeto ni la crítica de la economía política, ni la crítica del poder y la dominación.

En segundo lugar, llamamos *culturales* a los temas y las interrogantes que indagan acerca de lo que puede llamarse nuestra *identidad histórico-social*. Es decir, a la forma en que percibimos las particularidades de nuestro *ser social* en el proceso de su constitución histórica. En este sentido las preguntas ¿quiénes somos? ó ¿por qué somos de tal o cual manera? son en algún sentido intercambiables por las preguntas ¿cuáles son los elementos constitutivos de nuestra *cultura*? o ¿cuáles son las raíces de nuestra *cultura*?

Por último, usamos aquí el término *cultura* por ser un denominador común de las variadas incursiones que Cueva realiza en este sentido a lo largo de su trayectoria intelectual, y que podríamos denominar así: origen histórico de nuestra identidad (la Colonia), configuración del sujeto en tal situación (el mestizo), y finalmente, autocomprensión estética de tal sujeto (la literatura mestiza).

A fin de abarcar las preocupaciones *culturales* en la obra de Cueva, hemos dividido el presente capítulo en cuatro partes:

a) Señalaremos los puntos destacados del *contexto histórico* de la primera etapa del pensamiento de Agustín Cueva, es decir el Ecuador de los años 60 (los *"años de la fiebre"*), época en la cual el autor escribe gran parte de la obra que analizamos en el presente capítulo.

b) Mostraremos las ideas principales de Cueva acerca del origen histórico de nuestro ser social que básicamente puede ubicarse en la Conquista y la instalación de la *Colonia*.

c) Luego se presentan las líneas fundamentales del análisis que Cueva hace del sujeto engendrado por la Colonia, *el mestizo*, del cual se traza un itinerario desgarrador.

d) Por último se revisa una de las tareas en que Cueva destacó: la *crítica literaria*. Allí se explora a nivel histórico la presencia de la literatura en el Ecuador, así como se evidencian los aciertos y desaciertos de la literatura producida por mestizos.

Cabe precisar que en este terreno la mirada de Agustín Cueva apunta fundamentalmente al Ecuador. Y no precisamente en un intento "nacionalista"[2] en sentido clásico, sino como un intento de comprendernos a nosotros mismos, sin esquemas prestados ni miradas extranjerizantes; un poco en el espíritu mariateguista, la intención de Cueva es la de "ecuatorianizar al Ecuador".

a) "Los años de la fiebre"

El nombre de Agustín Cueva comienza a sonar en los años sesenta, y cobra particular importancia a partir de la publicación de su primera obra, *Entre la ira y la esperanza*, en el año 67. Se trataba de un intelectual de clase media y tendencia crítica, anticolonial y antimperialista, que vivió sus primeros 30 años en el contexto histórico que a continuación narramos de manera resumida:

Después de la Segunda Guerra Mundial, y hasta bien avanzados los años 50, se produjo un desarrollo del capitalismo mundial estrechamente ligado al agresivo crecimiento del consumo en el mercado norteamericano. Esto tuvo como consecuencia la ampliación de la producción en los países "subdesarrollados" con el fin de satisfacer la demanda creciente del mercado estadounidense y europeo. La contrapartida nacional de este fenómeno expansivo se materializó en el llamado el "boom" bananero, proceso que René Báez analiza de la siguiente manera:

> (…) el auge bananero provoca cambios fundamentales en el ámbito de la organización económica y utilización espacial: desarrolla relaciones de producción de tipo capitalista en agricultura, expande la frontera agrícola (…), origina un oleaje migratorio a esas mismas zonas (descongestionando a la sierra de su sobrecarga demográfica), desarrollo del transporte y las comunicaciones, etc. Estas y otras manifestaciones de la coyuntura de principios de los 50 configura una situación de bonanza comparable únicamente a la *belle époque* cacaotera y al *boom* petrolero de 1973 y 1974. (Báez, 1980: 28)

[2] Al respecto cabe recordar las ideas leninistas sobre *nacionalismo*, principalmente en lo atinente a la distinción entre ese término y el de *chauvinismo*; así como la relación positiva que guarda el primero con lo que luego se llamó *tercermundismo* y el último con el *imperialismo*.

Sin embargo, la modernización que el boom bananero parecía crear fue en realidad una modernización "refleja y aparente" en palabras de Báez, una de cuyas más nefastas consecuencias fue el reforzamiento de la dependencia (haciéndola casi definitiva) a los intereses del capitalismo central, por lo que concluye Báez: "se inaugura así un nuevo momento de la dependencia neocolonial del Ecuador, esta vez bajo inequívoca "presión" del capitalismo estadounidense". (Báez, 1980: 28)

Paralelamente al afianzamiento de la dependencia económica se produjo el reforzamiento de la dependencia política, que se hizo visible en la forma del imperialismo norteamericano. La crítica contra éste último, que ya contaba con algunos antecedentes (v.g. *La esclavitud en América Latina* de José Peralta), se radicaliza.

Aparecen entonces movimientos de resistencia, de vocación firmemente anticolonialista y antiimperialista. En los años 60, el "Tercer Mundo" realiza una fuerte crítica del orden mundialmente establecido. Eran, según testimonio de alguien que vivió a la sazón,

> … tiempos de rebeldía y creatividad. A resultas del "deshielo" estalinista y el ascenso de los movimientos de liberación nacional (Vietnam, Argelia, Congo), la humanidad vivía (…) una conmoción multifacética: política, teórica, ética, estética, erótica. Los vientos de cambio y el compromiso (engagement) golpeaban incluso en instituciones conservadoras como la Iglesia Católica. (Báez, 1998: 48)

El mayor referente latinoamericano en ese sentido fue la Revolución Cubana del año 59. Dos testimonios más que dan fe de la convulsa época de los 60:

> (Existió) proliferación de grupos guerrilleros. Y, específicamente en el Ecuador, tiempo de la resurrección y el "destape" de la izquierda marxista, especialmente proletaria y estudiantil, luego del repliegue de los militares reaccionarios. (Báez, 1998: 48, 49)

> Tiempos difíciles fueron esos, como cualesquiera otros, pero sobre todo tiempos de ira, como tan acertadamente habría de decir Agustín Cueva unos años más tarde. Muy poco antes, los barbudos de Sierra Maestra habían entrado en La Habana (…). (Tinajero, 2003, 11)

Ahora bien, el candente clima de aquellos *años de la fiebre*, según la acertada expresión de Tinajero, era agitado a nivel nacional por la juventud urbana que encontró básicamente dos caminos para ejecutar su crítica del poder nacional y mundial: la vanguardia estética-política y la vocación decidida y comprometida en las Ciencias Sociales. La criticidad se agazapaba en estos dos espacios (cultural y académico), sobre todo ante la moderada presencia de movimientos guerrilleros importantes en el país, así como la inoperancia de los partidos políticos de orientación comunista o socialista.

Ante todo debemos señalar que fueron las rentas bananeras las que crearon esa clase media, aún reducida y pre-petrolera, gracias a la participación del Estado en la

exportación de la fruta y su consecuente expansión, expresada en el aumento de ofertas laborales para un incipiente sector medio; de hecho, el mismo Agustín Cueva, joven sociólogo entonces, trabajó para una dependencia pública (la hoy inexistente JUNAPLA) por unos meses.

Quito era apenas una "aldea", una ciudad pequeña con evidentes y concurridos lugares de encuentro y una rápida comunicación entre sus habitantes, pero que sería a la postre la ciudad que en poco tiempo y con celeridad inusitada comenzaría su carrera de crecimiento desbordante e imparable. El Quito-aldea de los 60 fue la última vez que la ciudad fue una sola unidad, sin las fracciones brutales que hoy presenta. Este fue el escenario económico y social donde actuaron los jóvenes de aquella época.

La propuesta de una suerte de vanguardia cultural organizada en varios grupos y modalidades de "combate ideológico", entre las cuales cabe destacar las discusiones en el por entonces famoso Café 77, y sobre todo al grupo *Tzántzico*, el cual pese a haber sido *"la expresión más clara e inequívoca del hecho cultural y político que se empezó a vivir en los años 60"* (Tinajero, 2003: 20) no llegó a cumplir del todo sus objetivos, e incluso, como con humor recuerda Cueva ante el desvanecimiento del grupo por desacuerdos políticos, se llegó al extremo de que *algunos de los reductores de cabezas*, *terminaron por reducir la suya propia*. El fin de la vanguardia estética-política sobrevino cuando el "desencanto" político llegó, producido básicamente por el ascenso de la derecha y la constatación, cruda pero sensata, de que el cambio de Mundo no se encontraba a la vuelta de la esquina.

Por su lado, las Ciencias Sociales nacionales nacieron en esa misma época, hijas tanto de la expansión de la cobertura universitaria que permitieron las rentas bananeras, como del ambiente contestatario y optimista de aquellos años. Así, marcadas por ese matrimonio infortunado, las nacientes CC.SS. se asentaron en la Universidad Central*:*

> ... la Universidad fue a lo largo del siglo XX el mayor centro generador del pensamiento crítico, pese a que su estructura había sido articulada para satisfacer la demanda de profesionales para el funcionamiento del mismo sistema que aquel pensamiento impugnaba.(Tinajero, 2003: 21)

Tales los acontecimientos del Ecuador entre 1937 y 1967; revisemos ahora brevemente la vida de Cueva en ese mismo lapso. En 1937 nace Agustín Cueva en la ciudad de Ibarra, a donde se había trasladado su familia para que su padre, Agustín Cueva Sanz, descanse y dicte clases en un colegio público después de haberse dedicado a la vida política, según información del biógrafo Rodolfo Pérez Pimentel. Dos o tres años después del nacimiento de Agustín hijo, muere su padre, criándose por ello únicamente con su madre.

Luego de graduarse de bachiller comienza a estudiar la carrera de derecho en la PUCE alrededor de 1958. Ahí se involucra en actividades de política estudiantil, lo que comienza a crear polémica en las aulas universitarias por sus convicciones marxistas. La incompatibilidad del catolicismo de la PUCE y las ideas de Cueva tendrían como consecuencia su expulsión de la Universidad. El testimonio de Fernando Tinajero nos da más luces al respecto:

> Supe que fue expulsado de la Universidad Católica porque tuvo una discusión muy agria con alguno de sus profesores, y el sostenía, pues, sus ideas marxistas. Y esto en la Universidad Católica de aquel tiempo era inaudito, porque la Universidad Católica, ¡era católica! (Tinajero, 2011)

La expulsión de la PUCE tuvo a fin de cuentas un impacto favorable para la formación de Cueva, pues supuso la posibilidad, por un lado, de abandonar el derecho (que según Ernesto Albán Gómez suponía una camisa de fuerza para el desarrollo intelectual de Cueva), y por otro, de viajar a la Sorbona para absorber durante alrededor de cinco años, el pensamiento social francés de la época.

Ya antes de su partida Cueva destacaba por su ingenio, pero sobre todo por su radicalismo político, que a ojos de las autoridades resultaba dogmático (como lo aseveran tanto Tinajero como su entonces profesor Mons. Alberto Luna Tobar). Luego de su paso por la academia europea, "había adquirido una gran riqueza argumentativa, una gran capacidad polémica, cosa nada extraña si se piensa que había estudiado en Francia" (Tinajero, 2011).

Sobre los estudios de Cueva en Francia hay muy poca información. Algo puede leerse en *Veinte años después*, prólogo a una edición postrera de *Entre la ira y la esperanza*. Sin embargo, tuvimos la posibilidad de conocer algo más gracias a la gentileza de Françoise Perus, primera esposa de Cueva, con quien entabló su relación en la época estudiantil en París. Reproducimos a continuación algunos extractos de la misiva en que ella aborda el tema, con el único ánimo de conocer mejor la época y la persona de la que estamos hablando:

> (No) sé con exactitud a qué título llegó Agustín a Francia, en l960, si no me equivoco. En La Haya, él decía estar estudiando en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, aunque no parece haber estado inscrito de forma regular puesto que no le fue otorgado ningún título, ni por la Escuela de Altos Estudios, ni por ninguna otra.
>
> Puedo decirle que pasaba mucho tiempo leyendo - era una persona inteligente y culta, discreta y sumamente reservada (hasta "secreta" diría en retrospectiva).

(…) jamás le oí hablar de algún profesor con el que hubiera establecido una relación más o menos estrecha, ni tampoco de algún condiscípulo con quien hubiera mantenido una amistad intelectual decisiva.

De las lecturas de las que recuerdo haberlo oído hablar están Jean-Paul Sartre, Claude Lévi-Strauss y Franz Fanón. Su acercamiento al marxismo parece haber sido anterior a su llegada a Francia, y ligado a la frecuentación de Manuel Agustín Aguirre, del que hablaba como de quien había tenido una influencia decisiva en él, tan decisiva como la lectura de Mariátegui de la que también hablaba en ese tiempo.

Hay, así pues, no pocas "lagunas" en la vida de Agustín Cueva -y no pocas mitificaciones también por parte de sus "biógrafos" o "biógrafas"-.

Considero por mi parte que su trayectoria intelectual y vital -su muerte temprana inclusive-, es parte del movimiento general de aquella época, y antes que mitificada, debería ser puesta a justa distancia, incluso para aquilatar lo que pudiera seguir teniendo de válido en los tiempos que corren.

(Carta de Perus, 2011)

Luego de formarse en Francia, Agustín Cueva regresa en Octubre de 1963 al Ecuador; un poco más tarde, al reencontrarse con Fernando Tinajero en 1965 funda la revista *Indoamérica* junto a él y la ya mencionada Françoise Perus . A criterio de Tinajero, la revista tuvo cierto éxito en cuanto órgano de reflexión para el ambiente altamente politizado que existía en Quito en esa época, donde además, la distribución no era difícil por su reducción urbana. En *Indoamérica* constan artículos que bien podrían ser señalados como germen de obras posteriores de Cueva, a saber, *Mito y verdad en la cultura mestiza* y *Más allá de las palabras. Introducción a una mitología velasquista*.

b) La Colonia: ese pasado que no muere

Si a nivel económico y político la vocación de Agustín Cueva es profundamente antiimperialista, la conexión a nivel cultural debe encontrarse en su no menos vehemente y constante anticolonialismo. Inspirado por la época, como vimos anteriormente, el pensamiento de Cueva se percibe por momentos como un trasunto creativo de las ideas de Frantz Fanon, de quien fuera asiduo lector. ¿Anticolonialista? ¿No es acaso Cueva una persona nacida mucho después de las batallas por la independencia? ¿No es acaso Cueva un autor ecuatoriano, es decir, de identidad nacional definida y perteneciente a un país que fue colonial únicamente en un remoto pasado?

Justamente en respuesta a esas preguntas puede identificarse una de las tesis más importantes de Cueva a lo largo de su obra: la idea de que nuestros países viven, todavía, bajo el asedio de formas de pensar provenientes de los sitios más oscuros y recónditos de

la colonia. Y es que no se ha logrado, a pesar de la independencia política formal de inicios del siglo XIX, conformar naciones verdaderamente independientes, con culturas propiamente nacionales: sólidas y seguras de sí mismas. Lo que es más, nuestra conciencia está colonizada (social e individualmente), prácticamente anulada, de modo que no somos capaces de *autoreconocernos*, peor aún de *autocomprendernos* auténticamente, tomando en cuenta que vivimos en "sociedades donde todavía no se ha producido un verdadero proceso de descolonización". (Cueva, 1993, 68)

Tal es la sensación que quiere transmitirnos Agustín Cueva desde su primera publicación, la cual, dicho sea de paso, es la primera obra ecuatoriana a nivel explicativo que impugna la realidad del fin de la colonia; algo así como una pionera que felizmente desembrozó los caminos para muchas exploraciones de las ciencias sociales nacionales de los últimos 45 años.

No corremos graves riesgos si afirmamos que el tema vinculante entre los distintos "materiales" que componen *Entre la ira y la esperanza* es la oposición entre lo *colonial* y lo *auténtico*. Por lo demás, tal preocupación reaparece sobre el final de la obra de Cueva, como mostraremos más adelante.

Lo que queremos decir con *colonial* es claro: cualquier actitud vital devenida producción ideológica o estética que no está determinada por impulsos originales, sino foráneos; y que no responden a la realidad vivida, orientados como están, por necesidades ajenas e impropias. En este sentido lo *auténtico* se le opone; no se trata de alguna especie de esencia de lo ecuatoriano. Antes bien, se refiere a situaciones en que la producción ideológica y estética es original, respondiendo a la realidad vivida y no a ensoñaciones sobre lugares remotos.

Comencemos señalando uno de los rasgos típicos de la colonialidad: *la imposibilidad de la escritura*. A través de la distinción entre *habla* y *lengua*, Agustín Cueva busca explicar el porqué de tal situación. El *habla* corresponde al idioma en su sentido cotidiano, tal cual lo utilizamos (y lo utilizan los diferentes grupos sociales) para comunicarnos. Constituye por lo tanto un depósito de significados socialmente compartidos, cuyaposibilidad creativa está justamente en el momento de la comunicación: al *habla* la están construyendo sus hablantes todo el tiempo. La *lengua,* en cambio, es el idioma en su variante formal. Está compuesta por las normas (gramaticales, lexicales, sintagmáticas, etc.) y su constitución no proviene de la praxis de los hablantes, sino de la *abstracción* del habla.

En un país no colonizado, dice Cueva, el *habla* antecede a la *lengua*, y además, es su sustrato: los casos de Dante en el italiano, de Goethe en el alemán o de Cervantes en el castellano son presentaciones magníficas y sintéticas del *habla*, de allí que puedan servir

como la base sobre la cual se crearon *lenguas* nacionales. (Tales autores habrían cumplido con la *acumulación originaria* de símbolos lingüísticos, si seguimos la metáfora de Cueva).

Por el contrario, en un país colonizado la *lengua* (como la norma colonial) se impone violentamente sobre el *habla* nativa; la esteriliza. En nuestro caso, las "hablas" vernáculas fueron "esclavizadas" por la imposición del español; más adelante, cuando el español ya se había interiorizado y convertido en formas de habla propias, fue el español castizo (la *lengua*) el que persiguió, diccionario y gramática en mano, al *habla* local. Y de allí nuestra imposibilidad para escribir[3]:

> En semejantes circunstancias, la literatura no se nutre del habla local (insegura, forzada, vacilante, cuando no marcada por un siglo de valor social negativo; más preocupada, en todo caso, de no transgredir las reglas ultramarinas que de crear) ni de ninguna habla, sino de una lengua que tiende a devenir, inevitablemente, más y más extraña cada vez, con el transcurso del tiempo, y termina siendo la imagen deleble, fugitiva, de un mundo lejano o desaparecido. (Cueva, 2008, 146)

Por eso, gran parte de las producciones nacionales podían ser todo menos auténticas. De hecho, la prosa terminó siendo un mamotreto en el que no podíamos reconocernos. El no reconocerse en la propia creación no es más que enajenación. Y así, enajenada, se nos presenta la escritura clásica (desde la Colonia hasta poco antes del realismo de inicios del siglo XX):

> Desvinculada totalmente del habla nacional, la prosa "clásica" (o "castiza") se parece a aquellos árboles de navidad ecuatorianos que, gratuitos, desubicados, han perdido todas sus resonancias síquicas y sentimentales originarias, toda proyección histórica, de modo que su significado presente se reduce a un «me adhiero a una cultura extranjera que me parece superior». (Cueva, 2008, 148)

Y es que la situación del colonizado refleja no sólo la presencia foránea dominante, sino la imposibilidad de "adherirse" a lo propio. Todo lo cual, a lo largo del tiempo, significó que se "facilite" la sobreposición de distintas colonizaciones (luego de la independencia de España, pasamos con facilidad a la colonización británica, y finalmente estadunidense, la de los árboles navideños). Hecho patético cuando revisamos nuestra independencia:

> …la burguesía liberal latinoamericana no se limitó a condenar "lo español", sino que además lo contrastó con el modelo anglo-sajón: ¡por fin se había caído en los brazos del colonizador ideal! (Cueva, 1993, 91,92)

[3]Todo esto no deja de recordar a Vallejo: "solía escribir con su dedo grande en el aire". Y a Cornejo-Polar, por supuesto. Éste último el eventual interlocutor de un diálogo interesantísimo truncado por la muerte de Cueva.

Otro rasgo descollante de nuestra colonialidad fue la creación de lo que Cueva llamó el *lenguaje-ablución*. La idea es que, siendo la realidad colonial terriblemente áspera, marcada por la fricción étnica y económica, la sociedad produjo un lenguaje que le permitía tomar distancia de esa aberrante realidad:

> Sentáronse así los cimientos para la construcción de una sociedad mistificada y mistificante, en la cual el lenguaje –ideología— no serviría tanto para señalar una realidad, cuanto para encubrirla. (Cueva, 2008, 165)

La realidad encubierta, mistificada, se vuelve tanto más problemática cuanto que no ha terminado por desaparecer (salvo en casos excepcionales) aún en nuestros días:

> Cuatro siglos y medio después de la Conquista (y con la salvedad de la producción de unos pocos intelectuales que han hecho uso debido de él), sigue vigente la institución del **lenguaje-ablución**. (Cueva, 2008, 166)

Se ha insinuado ya una de las ideas fundamentales de Cueva acerca de la situación colonial, pues es justamente el *lenguaje-ablución* de *Entre la ira y la esperanza* lo que en la obra tardía de Cueva adquirirá la contextura de la *ideología colonial* (con todo lo marxista que tiene el término).

En efecto, la Colonia y la Conquista siempre se presentaron como algo diferente a lo que en realidad eran:

> La Conquista, todos lo sabemos, fue un saqueo inmisericorde acompañado de los más bellos discursos sobre los mandamientos que prohíben tomar bienes ajenos; fue el sometimiento a esclavitud de los habitantes de todo un continente, orquestado con las palabras más hermosas sobre la dignidad humana;… (Cueva, 2008, 165)

El tema, que parece siempre remitirnos algunos siglos atrás, adquiere irónicamente su importancia conforme se acercaba el año de 1992, fecha en la que algunos hispanoamericanos, de aquí y de allá, se aprestaban a celebrar por todo lo alto el quinto centenario del "descubrimiento de América", del "encuentro de dos mundos". Algunos "aguafiestas", entre ellos Cueva, se aprestaron a proseguir con la denuncia que ya venían realizando. Nuestro autor, por su parte, desmontó algunas ideas en pro de la celebración emitidas por mentes consagradas de nuestro continente como Octavio Paz; tal fue el propósito de su "Falacias y coartadas" (título que denuncia el fraude). Y por otro lado, se dedicó a la reconstrucción crítica de la ya mentada *ideología colonial*.

Esta última tarea la cumplió, en primer lugar, con la revisión de algunos textos de los primeros conquistadores (Colón, Cortés, Fernández de Oviedo, Sepúlveda, Sahagún, etc.), cuyo género, como se sabe, es el de la crónica. Ante la pregunta sobre por qué los conquistadores escogieron tal género y no otro para retratar sus experiencias, la

respuesta es casi evidente:“Urgía, pues, producir –y divulgar— crónicas e historias ‘verdaderas’, no relatos que se presentasen como imaginarios… ".(Cueva, 1993, 67) El género de la crónica no es un trasplante de la península, como se podría pensar, sino que son fenómenos “propios (puesto que socialmente necesarios) de la etapa de implantación del capitalismo colonial”. (Cueva, 1993, 67) Razón por la cual estamos hablando del primer género latinoamericano (si excluimos la eventual producción precolombina), de importancia en la búsqueda de los rasgos constitutivos de la *ideología colonial*:

> El que la historia de nuestras letras deba comenzar con una referencia a las cartas de relación y las crónicas no se justifica por el valor literario de éstas, sino porque son documentos de gran importancia para el conocimiento del proceso de conformación de la ideología dominante de América Latina, dentro de cuyas coordenadas la literatura ulterior se desarrollará. (Cueva, 1993, 58,59)

La creación de tal constructo ideológico se explica por las prácticas reales de los colonizadores, quienes debían justificar (ante sí mismo, sobre todo) el proyecto que estaban llevando a cabo: “Conquistada materialmente América, había que dominarla también en el terreno ideológico; tomar posesión de ella inventariando seres y objetos, ubicándolos en casilleros acordes con el proyecto de colonización.” (Cueva, 1993, 67)

A través de la revisión de algunas de estas crónicas, Cueva encuentra que los elementos fundamentales en tal representación del mundo (la ideología colonial), apuntalan la noción de que el colonizador, productor de tal ideología, sea“la encarnación de lo ‘humano’, frente al colonizado ‘salvaje’, diabólico, irracional”. Entonces, “alma encargada de dominar al cuerpo, razón organizadora del aspecto, forma modeladora de la materia, el colonizador constituye así su imagen de dominador.” (Cueva, 1993, 62)

Idealizado al máximo, el conquistador asume incluso los papeles de “salvador” o “redentor” de la raza india. La necesidad del *lenguaje-ablución*, es evidente:

> Narrada literalmente, la cotidianidad americana y sus protagonistas aborígenes se habrían humanizado; pero mal podía permitirlo el colonizador: reconocida la humanidad del explotado, es el explotador quien se deshumaniza. (Cueva, 2008, 45)

Queda por aclarar, únicamente, que la producción y reproducción de tal ideología no fue de un desarrollo lineal y sin contratiempos, pues “sería erróneo pensar que la ideología dominante fue plasmándose sin tropiezos, de manera mecánica.” (Cueva, 1993, 64) Lo mismo que no fue cuestión de voluntades, sino de “necesidades” históricas:

> Mas, en todo esto es necesario reconstituir la complejidad del problema y, sobre todo, no reducirlo a términos morales. La ideología no es necesariamente percibida por sus beneficiarios como una representación del mundo distorsionada por intereses materiales; no es, en suma, sinónimo de mala fe. (Cueva, 1993, 65)

El hecho de que no se tratase de un cuerpo ideológico sólido y sin fisuras (rigurosamente imposible de crear), nos permite mirar que al interior del proyecto colonial existían también divergencias, pues

> acordes en afirmar la "inhumanidad" del colonizado y justificar en términos globales la explotación, los conquistadores y sus descendientes lo estuvieron menos en cuanto a la forma en que debía organizarse la empresa y repartirse el botín colonial. (Cueva, 1993, 65)

Y fue precisamente uno de esos grandes desacuerdos "en cuanto a la forma en que debía repartirse el botín" lo que permitió la presencia en tierras americanas de Alonso de Ercilla, creador de *La araucana*, "poema heroico de la conquista, mito fundador de la nacionalidad chilena…" (Cueva, 1993, 69)

La pertinencia de tratar acerca de *La araucana*es la siguiente: en primer lugar es un documento que revela las contradicciones del proceso colonial, hecho importante en la medida en que confiere diversos sentidos a la *ideología colonial*; en segundo lugar se trata de una muestra de la forma de conciencia que el colonizador tuvo de su propio proyecto; por último, muestra cómo esa misma conciencia se desgarra y entra en crisis, al caer en cuenta que el proyecto colonial fue un fracaso (para el colonizador, de un lado, pero para el colonizado, de un modo infinitamente más doloroso).

Las contradicciones centrales en el proceso colonial son las que surgen de las divergencias entre los metropolitanos y los "españoles americanos", al principio entre los fieles al rey y los encomenderos, luego entre los "criollos" y los "chapetones". La contradicción se da, pues,

> entre ciertas regiones de la ideología española, impregnada aún de valores medievales, y la práctica capitalista colonial de la edad moderna. Contradicción que constituye el primer obstáculo para el desarrollo de una conciencia "feliz" de la conquista de América. (Cueva, 1993, 70)

En varios momentos Cueva trató el asunto concerniente al capitalismo y su relación con la Colonia, asunto que nosotros exponemos en el siguiente capítulo[4]. Lo que queda claro es que determinadas pugnas existían al interior del proyecto colonial, muchas de las cuales están asociadas al desarrollo del capitalismo en su etapa de acumulación originaria, razón por la cual crearon un "'bricolage' superestructural, hecho de laberínticos argumentos, convicciones clandestinas e instituciones jurídico-políticas en las que la

[4] En todo caso, puede servir esta aclaración, más allá de que por ahora sea insuficiente: "La clase dominante española de siglo XVI no es una burguesía en sentido estricto. Por su origen, ubicación estructural y desarrollo nacionales (en el interior de la formación social española), es más bien una amalgama de nobleza cortesana, guerrera y terrateniente, cohesionada por la monarquía y fortalecida precisamente a expensas de los grupos embrionarios de burguesía y pequeña burguesía…" (Cueva, 1993, 101)

mejor intuición burguesa coexistía con las flores más sutiles del Medioevo." (Cueva, 1993, 102)

Alonso de Ercilla, justamente, estaba aquí para resolver conflictos a favor de la corona, desestimando a los "criollos" en sus afanes conspirativos. Y así, su obra no puede dejar de reflejar tales tensiones, hecho que para Cueva le otorga ya una estimable importancia literaria, pues "ninguna obra literaria lo es en virtud de méritos exclusivamente formales o por su conformidad con determinada estética, sino ante todo por la magnitud de su significación histórico-social." (Cueva, 1993, 69) Específicamente, "la epopeya de Ercilla es una gran obra literaria precisamente porque explora en toda su profundidad y complejidad un problema de interés universal: el significado de la conquista con fines coloniales." (Cueva, 1993, 87)

La intención de Ercilla finalmente fracasa (mostrando el desgarramiento de la conciencia colonial) pues la imposibilidad de la epopeya en nuestro contexto se pone de manifiesto. Y es que la epopeya requiere que el vencido tenga igual estatura humana que el vencedor (como entre griegos y troyanos), pues a mayor adversidad conquistada, mayor heroicidad se consigue. Por un momento, la resistencia tenaz de los araucanos justificó la empresa de Ercilla: los primeros cantos de su obra resaltan por completo la humanidad y las virtudes de los indios del sur de Chile. Más adelante, cuando la victoria peninsular se consumó, los indios sobrevivientes debían tener un destino pragmático, cual fue el de convertirlos en esclavos. Y es en este punto donde se desgarra la conciencia del colonizador (y se impone, por otro lado, la imposibilidad de la épica), pues los indios antes dignificados en tono épico, eran ahora materialmente vituperados y disminuidos en su calidad humana. El colonizador entra en un callejón sin salida:

> O ensalzaba al adversario autóctono, pero en este caso resultaba incongruente denigrarlo en otras manifestaciones ideológicas y la justificación de la explotación y la servidumbre perdían solidez; o bien se justificaba éstas, denigrando al indígena, pero entonces toda posibilidad épica se desvanecía. (Cueva, 1993, 70)

El resultado fue que los últimos cantos de la epopeya *La araucana* abandonan todo registro épico y se refugian en melodramas sentimentaloides para evadir la realidad. El *lenguaje-ablución* se hizo presente una vez más.

A falta de una épica que la confirme, toda la heroicidad de la Conquista se desvaneció. A decir de Cueva, se convirtió en un espejismo de signo inequívoco:

> (*La araucana*) era una inquietante "forma" literaria bastarda, casi un enigma. Hoy, ese sentido resplandece, pues ¿qué puede significar el espejismo heroico de la conquista de América y su desvanecimiento en la epopeya misma, qué la instalación feliz de Ercilla en la historia y su

> posterior exilio, si no es la imposibilidad de conciliar la índole de todo gran arte con el carácter inhumano de cualquier colonialismo? (Cueva, 1993, 88)

Del *espejismo heroico de la conquista* pasamos a una forma más agravada de conciencia del proyecto colonizador: la *pesadilla* de Fray Bartolomé de las Casas. A pesar de las múltiples valoraciones que ha recibido su obra, para Cueva ella posee el "sentido diáfano e inequívoco" de ser una "denuncia apasionada de las atrocidades de la conquista, testimonio viviente del proceso de implantación del capitalismo colonial en América Latina" (Cueva, 1993, 89).

No ahondaremos en este tema, pues más allá de la obra de Cueva, existen hoy innumerables reconstrucciones de la obra de Las Casas que en esa época no tenían tanta resonancia. Lo único que señalaremos es que aquí se logra el punto más radical de consciencia de la empresa peninsular, que lleva al fraile incluso a oponerse a ella y a defender por la fuerza a los indios. Para Cueva, Las Casas llegó a identificar el infierno cristiano con la realidad de América Latina:

> Lo único seguro es que el infierno plástico del Medioevo agonizante le permitió descubrir la realidad infernal del capitalismo naciente: sus "ejercicios diabólicos", sus "demonios encarnados"; "todo el desorden que pudiera poner Lucifer" (…) secuencias, en fin, de espeluznantes torturas y cuerpos despedazados, que reaparecen en cada página como instancias obsesivas de una interminable pesadilla. (Cueva, 1993, 104)

A punto de cerrar esta parte, donde hemos intentado poner en relieve algunas de las características que Cueva encuentra en nuestro proceso colonial, citamos la frase que cierra *Entre la ira y la esperanza*:

> Desde su edad de piedra, la Colonia nos persigue. Mata todo afán creador, innovador; nos esteriliza. Hay por lo tanto que destruirla. (Cueva, 2008, 197)

En efecto, la *esterilización* operada por una colonia que nos persigue, no se manifiesta únicamente en nuestra dificultad para la producción artística, sino sobre todo como la existencia de una *cultura negativa*. El fracaso de la colonia es el no haber producido una mixtura cultural que de sentido a la mixtura étnica. Nos encontramos pues, en la *negatividad*. En el espacio

> en que dos culturas se neutralizan, se destruyen sin conseguir todavía dar a luz una nueva, que algo signifique más allá de la negación. (…) De ahí ese legítimo sentimiento de una doble frustración: la pérdida de los valores ancestrales y la imposibilidad de alcanzar las nuevas riquezas, a la par tan próximas y tan inaccesibles. (Cueva, 2008, 154)

Este es el gran alegato contenido en las proposiciones de Cueva, pues casi todos los intentos anteriores por señalar los elementos de nuestra cultura (a lo Benjamín Carrión o Cevallos García, por ejemplo) defendían la existencia de una cultura mestiza, positiva, sincrética, totalizada[5]:

> En fin y para ir a lo fundamental, la cultura de este país no es firmemente mestiza en cuanto no ha logrado un verdadero y sólido sincretismo, capaz de definirla como entidad original y robusta. En esta perspectiva se verá, pues, que nuestro razonamiento lleva envuelta la afirmación de que para que pueda hablarse de cultura mestiza es menester no sólo la concurrencia heteróclita de elementos de prosapia diversa, sino además la fusión de los mismos en un todo orgánico y coherente, estructurado en una palabra. (Cueva, 2008, 152)

La pregunta que Cueva no logró responder es si, destruyendo la Colonia se puede formar ese todo orgánico que él menciona, o si la tesitura de nuestro ser social, su particularidad más radical reside justamente en una irreconciliable heterogeneidad.

En todo caso concordamos con que la única posibilidad que tienen nuestros pueblos, si quieren dirigir sus destinos en todos los ámbitos, incluido el económico-político, es destruir todo vestigio colonial de nuestra concepción del mundo. Lo cual puede y debe realizarse desde todos los ámbitos, incluido el del oficio sociológico:

> si el sociólogo latinoamericano decide ser un agente de "occidentalización" antes que un intérprete de la problemática genuina de su pueblo, está en su derecho. España lo espera en 1992 para celebrar lo que hoy se denomina "encuentro de dos mundos" y que nosotros, en la época *prepostmoderna*, llamábamos conquista y colonización. Nada de esto impedirá que los ríos profundos de América Latina sigan su cauce, ni que las nervaduras de las cordilleras dibujen nuestra original orografía. (Cueva, 1989b: 119)

c) La fábula del mestizo

La Conquista, hecho violento como pocos en la Historia universal, inauguró una nueva etapa para el mundo occidental. En *El Capital*, por ejemplo, Marx reconoce que de no haber existido el "descubrimiento de América", la acumulación originaria hubiese sido imposible, y evidentemente el capitalismo y la forma de modernidad que éste creó no hubiesen existido. Pero más allá de los futuribles, lo cierto es que la conquista no sólo abrió las puertas al mundo en que hoy vivimos (así como una serie de pasos para llegar a él), sino

[5] "…uno tiene la impresión de encontrarse ante una realidad completamente destotalizada, hecha de retazos mal ensamblados, de materiales imperfectamente fusionados, a menudo disonantes, en la cual los diferentes componentes no parecen haber sido elaborados a partir de una pre-concepción estructural sino, a la inversa: que a última hora se hubiese buscado, es decir improvisado, una estructura con los elementos dispares de que se disponía." (Cueva, 2008, 157)

que engendró un sujeto novedoso: el *mestizo*. Exaltado por unos, repudiado por otros, el *mestizo* es sin duda la original creación de un choque de culturas sin precedentes.

La originalidad de este sujeto no es algo positivo necesariamente. Como señalamos más arriba, el mestizo es el habitante de un mundo esencialmente negativo, lo que lo convierte en algo así como un no-sujeto, carente de *autenticidad* y, lo que es peor, con una*historicidad enrevesada*.

Es por ello que podemos llamar *fábula del mestizaje* a la idea por la cual, a tono con la *ideología colonial* de evasión, se nos presenta al mestizo como un sujeto afirmativo, con una cultura conformada desde su base por la sólida fusión de lo español con lo indio.

Tal es el tema precisamente del primerísimo ensayo de Cueva, publicado en 1965 en *Indoamérica*, y ampliado posteriormente en *Entre la ira y la esperanza*. Se trata de*Mito y Verdad de la "cultura mestiza"*. La tesis central de este artículo es la que sigue: se ha sostenido tradicionalmente que como producto del encuentro entre la cultura europea-ibérica y la cultura india-aborigen, surgió una cultura mestiza bajo cuyas coordenadas simbólicas vive el mestizo étnico. Tal idea no sólo que no es verdadera, sino que funciona ideológicamente (en una de las acepciones marxistas del término, es decir ocultando la realidad). Tal hecho impide la formación de una cultura "auténticamente" mestiza, es decir afirmativa y creadora de sus propios valores estéticos y éticos.

En lo esencial, tal artículo apunta bien al problema, más allá de que las soluciones que presente sean discutibles, cosa que no es del caso analizar aquí. Mostremos en cambio el *itinerario* de la conciencia mestiza.

El *criollo*, español nacido en América, es el primer momento en el itinerario de la conciencia mestiza y no precisamente por ser él mismo un mestizo (cosa de la que siempre intentó escapar), sino por ser el creador de los elementos que luego el mestizo hará suyos, en su intento desesperado por huir de su origen indio y apegarse a lo español (criollo en este caso).

La primera cuestión digna de destacarse es el hecho de que la situación del criollo era la de alguien que ni era español, ni era indio. Los elementos propios de la cultura aborigen le parecían al criollo inaceptables, pues él, que provenía de la "civilización", mal podía recibir aportes de la "barbarie":

> aceptados como aportes positivos, asimilados e integrados de manera consciente, los elementos culturales aborígenes habrían enriquecido al acervo criollo (…). En cambio rechazados, fuera de ley, en cuarentena, su presencia aparecía como un acto de sabotaje, de terror. Lejos de atestiguar la fusión de dos culturas, vaticinaban más bien el fracaso final del proyecto cultural y social del colonizador. (Cueva, 2008, 139)

Mientras que los españoles peninsulares no le reconocían su status de igual, estando

> "contaminado" por la convivencia con el mundo americano, de cuyos solos bienes materiales el colonizador y sus descendientes habían querido gozar, sustrayéndose a toda influencia síquica y cultural. (Cueva, 2008, 139)

Su infortunio consistía, pues, en ser "no menos extranjero en el Nuevo que en el Viejo Continente, aquí por propio designio, allá por ajena voluntad, el criollo saborea finalmente a veces un gusto de destierro, en otras un resabio de orfandad." (Cueva, 2008, 140)

El desamparo de su realidad, le imprimió ese sello característico a todo lo que el criollo tocó. Fray Gaspar de Villarroel es el ejemplo preferido por Cueva de la situación criolla, de la cual finalmente podemos decir que

> suspendida entre el vacío y lo imposible, la "cultura criolla" no es, inicialmente, otra cosa que una ilegitimidad: una bastardía que reniega de su híbrida condición, pero sin conseguir con eso el reconocimiento de su presunto, blanco progenitor. (Cueva, 2008, 143)

Eventualmente, y por fortuna para el criollo, tal situación se desvaneció "–y de manera no menos parcial en el terreno síquico y cultural que en el económico(…); una vez que las oposiciones económicas, al agravarse y desfavorecerlo, obligan al criollo a optar, no sin vacilaciones, por la independencia política." (Cueva, 2008, 141)

Lamentablemente el mestizo, heredero de la "cultura criolla", no fue igualmente beneficiado por el proceso independentista, pues de todos modos lo indio que el criollo rehusaba como parte de su realidad, corría por las venas del mestizo, marcándolo de forma indeleble.

Durante el primer siglo de existencia de nuestra república, el mestizo es un alma en pena que deambula entre los diferentes estratos de la sociedad ecuatoriana. Sin tener posiciones de poder, y distanciándose cada vez más de los indios pobres, el mestizo comienza a ser el habitante de las ciudades ecuatorianas, donde está en busca de la mínima oportunidad para ascender socialmente, léase, de ir perdiendo lo indio. El arribismo, es una de las características más aguzadas del mestizo: desde la colonia, los mestizos fueron buscando posibilidades de ascenso social a cualquier precio. Al principio fue la Iglesia la institución que le daría la oportunidad de ascender, luego de la Independencia sería el comercio, y posterior a la Revolución Liberal, el Estado sería su "escalera".

Para los años treinta del siglo XX, el problema del mestizo se hace consciente como problema literario. Allí se retrata al mestizo en su ubicación en referencia a toda la sociedad:

> del indio, Icaza va al mestizo de los estratos paupérrimos (En las calles, Cholos) y de éste al "chulla", típico personaje de la clase media urbana (Romero y Flores). Llega así a completar el gran fresco de la sociedad serrana; fresco trágico, complejo, sin concesiones. (Cueva, 1986: 60)

El asunto es de vital importancia para el propio Icaza, quien vive el problema de primera mano, mestizo como era. Tema importante, pues, "es el trauma del 'mestizo', a cuyo análisis Jorge Icaza dedicará alrededor de las tres cuartas partes de su obra." (Cueva, 1986: 181)

En el análisis de una literatura que toca tan hondamente los cordeles del alma mestiza, Cueva llega a afirmar, con toda justicia, que

> En la narrativa icaciana el mestizo se manifiesta esencialmente como el punto de cristalización subjetiva de todas las contradicciones sociales. Atrapado entre dos "razas", dos culturas, dos instancias estructurales y hasta dos edades históricas, configura un lugar de desgarramiento y desarraigo antes que un espacio privilegiado de fusión. Como solía decir Jorge Icaza, en el "alma mestiza" no se desarrolla en realidad un monólogo interior, sino un permanente diálogo entre dos mundos irreconciliables. (Cueva, 1986: 182)

Para terminar con el itinerario de la conciencia mestiza, diremos que ésta llega a buscar su propia comprensión por medio de la literatura en *Atrapados*, por ejemplo. Y teóricamente, en estudios que todavía parecen no encontrar final feliz.

El mestizo se encuentra atrapado en una *situación de inautenticidad* de la que no puede escapar, puesto que su cultura es, como dijimos, negativa. En ese sentido colaboran para Cueva dos elementos: por un lado "el pecado original de la Conquista –que ha afectado a toda la sociedad—" y por otro "la peculiar situación socio-económica de la clase media dentro del conjunto nacional". (Cueva, 2008, 165) Sin llegar a coincidir plenamente la primera con los segundos, la clase media es el mayor recipiente de los mestizos. Ascendidos hasta allí, a pesar de haber superado algunas trabas económicas, ellos no pueden todavía resolver el problema de fondo:

> El problema fundamental de la clase media radica en su inautenticidad. En ello quiero hacer hincapié porque este grupo social, a diferencia de los inferiores que son los verdaderamente aplastados por el sistema, ha tenido y tiene mayores posibilidades de forjar una cultura. Si sólo lo ha hecho de manera tímida, vacilante, es porque no ha sido capaz de encontrarse a sí mismo. (Cueva, 2008, 164)

La situación problemática en la que el mestizo vive sumido, le obliga a tener relaciones bastante ásperas con los demás grupos en el Ecuador, especialmente con el indio, pues está buscando separarse de él. Icaza es de nuevo el gran lector de esa realidad, en el cuento *Cachorros*:

> Este relato, al que se ha dado una interpretación sicoanalítica de dudosa consistencia, plantea uno de los problemas que obsederán a Icaza en toda su obra posterior: el conflicto cruel, de dimensiones fratricidas, que enfrenta a indios y mestizos. (Cueva, 1986: 77,78)

Si el mestizo fuese apenas uno de los ingredientes más de nuestra vida nacional, el problema no sería en realidad tan grave. El asunto es que, durante gran parte del siglo XX, la nación ha creído asentarse sobre una cultura supuestamente mestiza. Inexistente ésta última, la idea misma de nación termina por estremecerse hasta su base.

Y es que, si es verdad que "de los escombros de una cultura aborigen destruida y los brotes raquíticos de una cultura exótica mal aclimatada, nace la cultura todavía informe del Ecuador de hoy." (Cueva, 2008, 141) No existe pues, todavía, una cultura arraigada:

> Sobre tan deleznables cimientos, ¿cómo podría edificarse la sólida cultura? Y ¿cómo podría ser ésta verdaderamente mestiza, si lo primero que preocupa a la clase media es borrar la huella del ancestro aborigen? (Cueva, 2008, 175)

> Lo cierto es que, desde sus primeros tiempos, la historia del Ecuador colonizado aparece marcada por una falta de correspondencia entre dos planos que, para decirlo de la manera más simple, nunca llegan a "encajar". La cultura colonial hispanizante es una totalización ilusoria sin sustrato real, mientras que la heteróclita realidad americana es un sustrato sin totalizar; ésta, una inercia relativa, aquella una aberración. (Cueva, 2008, 143)

En fin, la conclusión a la que arriba Cueva es que

> la cultura mestiza es hoy una virtualidad, basada en el mestizaje étnico, y no una realidad. Para que llegue a serlo, es menester una revolución que ponga en movimiento las dormidas, estancadas aguas de la patria, allanando todos los obstáculos económicos, sociales y sicológicos que hoy impiden la toma de conciencia de nuestro verdadero ser. (…) La única posibilidad de redención del habitante ecuatoriano reside en el cambio radical de las viciadas relaciones sociales imperantes, a fin de que en las nuevas y más justas florezcan un hombre y una cultura auténticos[6]. (Cueva, 2008, 177)

Pero para ello, remata Cueva, "es necesario que previamente se haya llegado a un punto alto de toma de conciencia de nuestros problemas. A ello pueden y deben contribuir los intelectuales del Ecuador[7]." (Cueva, 2008, 178)

[6] Tal autenticidad, cabe recalcarlo, es dable únicamente por medio de un cambio radical. Así lo da a entender el propio Cueva: "el problema de la heterogeneidad estructural de nuestras sociedades persiste, en razón misma de que al tránsito de una fase a otra se ha operado por medio de mutaciones graduales y desiguales, que no mediante una transformación estructural a la vez global y radical". (Cueva, 1987: 143) La posibilidad de que la heterogeneidad desaparezca, es un tema que abordamos más arriba.

[7] Sin dejar de tener en cuenta, por lo demás, que: "El problema de la nación y la cultura nacional no puede ser estudiado (..) al margen de la estructura y la historia de las formaciones económico-sociales en que se ha desarrollado y desarrolla." (Cueva, 1987: 141)

d) Crítica de la literatura

La carrera de Agustín Cueva como crítico literario comienza con sus primeras publicaciones; de hecho, gran parte de su obra dedicada a este tema está escrito entre 1965 y 1971. Hecho significativo, durante casi toda la década de los 70 Cueva no publicó prácticamente nada acerca de literatura: eran los años consagrados a la investigación política y a la crítica de la economía política, la "edad de oro" de las ciencias sociales latinoamericanas, como él mismo llamó a ese periodo. El resto de su obra crítica de la literatura se encuentra (cuando arrecia la "derechización de occidente") a partir de 1980, y culmina, saliéndose del tema ecuatoriano por vez primera, entre 1988 y 1992. Todo lo cual nos alienta a decir que la literatura fue una de sus grandes pasiones, extendida palmo a palmo con su propia vida[8].

La literatura, sin embargo, no es una preocupación accesoria que se puede poner o quitar con facilidad de la totalidad de la obra que estamos estudiando. Al contrario, ella representa uno de sus puntos cardinales, cuya importancia está claramente señalada por los objetivos que su crítica permite cumplir. En efecto, cabe preguntarse, ¿qué papel puede jugar la literatura en la comprensión de una realidad específica(la ecuatoriana en este caso)?

La respuesta a esta pregunta se encuentra en el plano de la teoría y crítica literarias, dimensión teórica que al igual que la gran mayoría de las abordadas por nuestro autor[9], no ha tenido un desarrollo marcadamente autónomo en nuestras tierras. Es por ello que en este terreno puede reconocerse igualmente una "deuda europea" por parte de nuestro autor, hecho que en todo caso no puede reprochársele a no ser que se adopten posturas provincianas o fundamentalistas; reconociendo, como debe hacérselo, que el desarrollo autónomo de formas de comprensión propias es un proceso largo y tortuoso, en constante tensión con la matriz occidental que de todos modos poseemos en varios sentidos[10].

En este sentido, las influencias fundamentales de Agustín Cuevea deben buscarse principalmente en Roland Barthes, Jean-Paul Sartre, Lucien Goldmann y, fundamentalmente, el joven Georg Lukács. Por otro lado, pareciera que Mariátegui aparece

[8] Tal pasión incluso lo habría motivado a participar de la literatura no sólo como crítico y consumidor, sino también como productor: según Alejandro Moreano que ha escrito en dos prólogos a igual número de antologías de la obra de Cueva, éste último habría "sorprendido" a todos a fines de los 60 con una obra de teatro acerca de Fray Gaspar de Villarroel. La obra, si acaso existe hoy en día, es completamente inédita.

[9] Al respecto, no compartimos la aseveración de René Báez, para quien el enfoque de Cueva en la literatura era una *evasión* respecto del resto de problemas económicos y políticos latinoamericanos (Báez, 1998: 56), como dando a entender un descanso frente a la cruda realidad; nosotros, en cambio, creemos que la literatura también está en el "ojo de huracán". *Evasión* es lo que Cueva encuentra en los escritores colonizados.

[10] El aparente radicalismo de quienes se consideran antioccidentales en nuestras tierras es, a decir de algún amigo, algo comparable a "escupir al cielo".

silenciosamente cada vez que escudriñamos en algún rincón de los escritos de Cueva, pues aquí como por doquier, su presencia es innegable. Un estudio exhaustivo acerca de las maneras y los lugares en que aparece la influencia de estos autores (así como de algunos más que aquí dejamos de lado) no deja de tener interés, pero sale sobrando de un intento más modesto como el presente.

Válganos lo señalado en todo caso para marcar, de una vez, una de los principales objetivos de la literatura en la obra de Cueva. Uno de los epígrafes que encabezan el presente capítulo reza: *la literatura es la subjetividad de una sociedad en revolución permanente*. Cueva, quien sobre los hombros de Marx, Lenin o Gramsci, busca la tesitura de nuestra realidad social *objetiva* (léase económica y política); encuentra en la literatura los elementos con los que la sensibilidad estética refleja nuestra realidad social *subjetiva*. No queremos con esto decir que lo económico es un terreno de lo puramente objetivo o material, ni que el arte es un terreno únicamente subjetivo, o peor aún, metafísico. Tal "adialecticidad" (si se nos disculpa el neologismo) es precisamente aquello de lo que queremos escapar (si lo logramos o no es otra discusión).

Lo que queremos resaltar es que la literatura por sus propias condiciones de producción, encierra de varios modos algunos elementos que componen nuestra sicología social; y que si a ellos se les presta una adecuada atención, estamos en capacidad de tener una autocomprensión más cabal de nuestra realidad de la que la sola lectura económica o política puede brindarnos. En todo caso, no se trata de dos regiones independientes de conocimiento, la objetiva y la subjetiva, sino que se trata de un todo entrelazado aunque interiormente diferenciado.

Sobre este punto, en la presentación de su último libro (publicado *post mortem*), Cueva dice que la pregunta que guía toda su investigación (no ya únicamente en la crítica literaria, sino en el plano cultural todo) es: "¿cómo fue constituyéndose no sólo objetivamente, sino también en lo subjetivo, lo que hoy denominamos situación de subdesarrollo?" (Cueva, 1993: 11) Pregunta que, a nuestro criterio, permite además percibir la intención totalizadora que Cueva tenía para su obra, aún sin saber que este sería su último libro.

Añadamos una última consideración antes de pasar a "ensuciarnos las manos" en el buen sentido, con la crítica literaria de Cueva. No es casual el fenómeno por el cual la filosofía o las ciencias sociales se nutren directamente de la producción estético-literaria, incluso en casos archiconocidos como el de Hegel en relación a Goethe y Hölderlin. Lo cual no se debe precisamente a debilidades de las ciencias sociales o de la filosofía, sino al modo directo en que la realidad golpea a los "estetas", a diferencia del modo procesado, mediado o abstracto en que lo hace con los "pensadores". El arte suele captar

generalmente la realidad con algo de anterioridad, y tal es el caso latinoamericano también: "En lo personal sigo pensando, por ejemplo, que la problemática latinoamericana de las primeras décadas de este siglo está mejor captada en la literatura de la época que en los estudios propiamente científicos." (Cueva, 1989: 125)

Quien lea la entera obra de Cueva en lo referente a la crítica literaria, encontrará fundamentalmente dos exploraciones: una primera, orientada a historizar o periodizar la literatura ecuatoriana; y una segunda, en donde se realizan análisis en concreto de diferentes escritores en específico, que por alguna cualidad o por algún hecho significativo merecen ser tomados en cuenta.

La primera orientación está plasmada ya en *Entre la ira y la esperanza* (1967), en la parte correspondiente a los *primeros materiales*. Aparece de nuevo, con mayor rigor quizás, en el ensayo *La literatura ecuatoriana* de 1968; así como en la lectura, entonces contemporánea, contenida en *Claves para la literatura ecuatoriana de hoy* (1985), textos ambos aparecidos en 1986 en *Lecturas y rupturas*. Por último esta línea aparece problematizada en *Literatura y sociedad en el Ecuador: 1920-1960* cuya primera elaboración data de 1988 y su reelaboración probablemente de los últimos meses de 1991, publicada en *Literatura y conciencia histórica en América Latina* en 1993.

En cuanto a los escritores que Cueva trata en específico, la lista es relativamente larga: Mera, Zaldumbide y los *decapitados* son estudiados en *Entre la ira y la esperanza*, tomándolos como referentes para una denuncia de la ideología conservadora que los tres expresarían. A Icaza, Martínez, de la Cuadra, Montesinos, Dávila Andrade y Palacio se les dedica sendos capítulos en *Lecturas y rupturas*, de los cuales destaca el del primero por extensión y profundidad del análisis. Mientras que en su último libro los escritores estudiados son Gabriel García Márquez (única exploración literaria "fuera de las fronteras patrias"[11]) y Pablo Palacio, a quien se le dedica un segundo estudio, esta vez bastante más largo y orientado sobre todo a responder a los críticos "defensores" del escritor lojano. De esta larga lista nos enfocaremos principalmente en los análisis de Icaza, García Márquez y Palacio, que son de todos modos los que mayor interés revisten; mientras que de los estudios sobre los otros escritores diremos poco, casi nada.

[11] Evidentemente no consideramos aquí el estudio acerca del poema *La Araucana*, "mito fundacional de la nacionalidad chilena", pues se trata a nuestro criterio de un tema que apunta más al tema de la ideología colonial.

i) La construcción de una historia de la literatura nacional

El asunto de la periodización o de la construcción histórica de la literatura en general no es un problema sencillo, que se resuelva únicamente en función de anotar las distintas fechas de nacimiento de los autores o de publicación de sus obras. Es decir, no solo se trata de constatación, sino fundamentalmente de interpretación. Todo esto hace suponer que existe un aparataje teórico funcionando "por detrás" de cualquier intento de clasificación, temporal incluso, y que el hecho de que tal aparataje no sea explícito no quiere decir que no exista. Bástenos lo dicho para señalar que existe un método para la construcción de una historia de cualquier literatura: para el caso de la ecuatoriana, Agustín Cueva busca la aplicación, adaptada, del materialismo histórico; tal es la intención del ensayo con que se abre *Lecturas y rupturas*: *El método materialista histórico aplicado a la periodización de la historia de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas* (1980).

A diferencia de métodos cuasi-positivistas de periodización literaria, que por cierto Cueva critica, como en el caso del famoso *generacional* de Ortega y Gasset (con émulos locales como Juan Valdano o Hernán Rodríguez Castelo), el materiasmo histórico explicaría los hechos literarios[12], según Cueva, no tanto por el establecimiento estricto de fechas[13] cuanto por la indagación acerca de la relación entre la *matriz* de la realidad y la *conciencia* de esa realidad convertida en literatura. Pero dejemos que sea Cueva mismo quien explique estas ideas:

> aquella matriz (la realidad económica, o el determinado momento de articulación de los modos de producción, M.P.) determina ciertas *formas* de conciencia social que a su turno generan ciertas grandes líneas formales del quehacer literario, que se traducen por la tendencia al predominio de tal o cual género o géneros literarios en un período determinado, o por las mutaciones que un género va experimentando en sus diversos momentos históricos. (Cueva, 1986: 13)

Claro que la relación de cambio entre la *matriz* y la *conciencia* no es mecánica, ni monológica; ella no transforma directamente a la obra de arte, sino que transfigura la forma en que se expresan sus productores, de acuerdo a la clase social a la que pertenezcan:

> la matriz a la que venimos refiriéndonos, a través del desarrollo de sus contradicciones, no solamente prioriza ciertos problemas sino que también va produciendo cambios en la índole

[12] Hechos literarios pueden ser, por ejemplo, el auge o la descomposición de determinada modalidad literaria.
[13] Con su ironía característica, Cueva señala: "Y es que, por deplorable que ello pudiera parecer a un Anderson Imbert, por ejemplo, la investigación científica (de la literatura, M.P.) se rige por normas bastante distintas de las del registro civil…" (Cueva, 1986: 19)

> social de los productores de literatura; es decir, va abriendo diversas posibilidades de expresión para cada una de las clases presentes en la escena histórica. (Cueva, 1986: 14)

Entonces un *periodo literario* es, desde esta perspectiva,

> una forma particular de presencia y articulación de estas determinaciones: extensión misma del campo llamado "literatura"; niveles de realidad tendencialmente "literaturizables"; predominio de tal o cual género o géneros, modalidad específica que adquiere cada género, privilegio de tal o cual problemática y de tal o cual tratamiento estético ("escritura"); predominio de determinada perspectiva ideológica; etc. (Cueva, 1986: 15)

Sobre el final del ensayo, Cueva nos recuerda que toda su tarea como crítico literario está fundamentada en estos principios (aún la anterior, cronológicamente hablando), y que el objetivo de señalarlos así, explícitamente, es que los lectores de su obra puedan comprobar hasta qué punto sus aseveraciones son plausibles o no.

La adaptación del materialismo histórico a la crítica literaria es, como el mismo Cueva advierte, un hecho bastante complicado; pero no necesariamente por las razones que él señala (complejidad del materialismo histórico, entre otras), sino porque el esquema del cual se parte es cuestionable: la distinción materialismo histórico/materialismo dialéctico (de connotaciones althusserianas) muy común en aquella época (Françoise Perus por ejemplo, también la suscribe), no nos parece la más adecuada forma de comprensión del marxismo, puesto que conlleva implícitamente la aceptación de formas escasamente dialécticas de ver la realidad[14]. En todo caso, como se mostrará más adelante, las oscuridades teóricas que pueden presentar algunas ideas de Cueva no repercuten necesariamente en su interpretación de la realidad, sitio en el cual residen verdaderamente sus virtudes y del cual pasamos a ocuparnos inmediatamente.

A grandes rasgos, podemos decir que son tres los impulsos en nuestra historia literaria:

> … reflejo de su tiempo y medio, la literatura colonial propiamente dicha fue eminentemente *religiosa*; manifestación de las renovadoras inquietudes de un agitado momento histórico, la de los próceres de la Independencia tiene, en cambio, una marcada intención *política* (que persistirá hasta comienzos del siglo XX, en que se impone lo *social*). (Cueva, 1986: 29)

Veamos de manera algo más detallada la historia literaria del Ecuador[15].

---

[14] Este tema se trata en el capítulo 2, en la parte llamada *el marxismo-leninismo de Agustín Cueva*.

[15] Las fuentes de esta pequeño recorrido histórico son: *Entre la ira y la esperanza* (1967); *La literatura ecuatoriana* (1968), *Claves de la literatura ecuatoriana de hoy* (1985) de *Lecturas y rupturas*; y *Literatura y sociedad en Ecuadorde 1920 a 1960*(1988-91) de *Literatura y conciencia histórica en A.L.* LA diferencia del enfoque entre las dos primeras fuentes es considerable.

El "origen" de nuestra literatura se remonta, como vimos, a las primeras crónicas coloniales. Sin embargo, no es esto lo único que tal época histórica produjo. De hecho la mejor representación del *lenguaje-ablución* fue la poesía[16]: para entonces muy imbuida por el tema místico, era una posibilidad de despegarse del suelo y la realidad americanas. Los temas, por completo importados, evadían cualquier responsabilidad con la realidad. La razón para ello está en el hecho de que "la realidad americana fue para el colonizador un inenarrable, un verdadero innombrable artístico." (Cueva, 2008, 43) En síntesis, las características más sobresalientes de algo más de dos siglos de literatura colonial son:

> a) vuelta de espalda a la realidad americana; b) culteranismo exacerbado; c) erudición y engolamiento de la oratoria sagrada; d) poesía compuesta expresamente para participar en todo acto (celebraciones, conmemoraciones, funerales, etc.) que signifique comunión, aunque sea a distancia, con la Madre Patria. (Cueva, 1986: 25)

Cuando el orden colonial es puesto en cuestión, aparecen la posibilidad de escribir de un modo diferente, refiriéndose directamente a la realidad y comprometiéndose con ella. El género que mejor podía servir a ese propósito fue el ensayo, algo panfletario entonces, y quien se expresará mejor por ese camino sería el indio-mestizo ascendido Chuzig:

> Espejo libra, pues, el primer combate contra la cultura colonial, que coincide con la entrada de una nueva clase en la arena literaria. Esto, no sólo porque él fuera totalmente mestizo, sino y sobre todo porque nunca antes se había escrito en Ecuador contra el grupo detentador del poder político. Criollos, a veces hasta mestizos, los escritores que lo precedieron no habían producido para provecho de su propio grupo social; pero Espejo si lo hace, en la medida en que los intereses de mestizo coinciden con los del criollo, al menos de manera parcial. (Cueva, 2008, 66)

No está demás indicar que el espacio ocupado por Espejo, algo así como nuestro primer ilustrado, fue abierto por la confrontación entre dos grupos superiores antes que por la brega (inexistente, en realidad) de los mestizos.

Si eso es Espejo, Olmedo en cambio representa la conciencia épica de los criollos liberados del yugo colonial. Por primera vez los americanos (clase alta criolla, en este caso) encontraban motivos en su realidad para producir una voz heroica que constate tal victoria. Victoria que en realidad no fue de todos los grupos sociales, sino apenas de la punta del iceberg, lo que hace que el tono épico no abarque a todos, no sea *nacional*.

Más adelante la escena está marcada por los dos escritores ambateños, los más destacados exponentes de la literatura en aquella época.

Juan Montalvo es el escritor que lleva la literatura política en su punto más alto. Sus denuncias implacables son parte del arsenal ideológico con que en ese momento el

[16]En cambio la novela, por tener un mínimo de arraigo necesario en la realidad, fue postergada.

liberalismo le disputa la hegemonía al conservadurismo (Revolución Liberal). Si bien cumplió tareas de avanzada para su época, "en un mundo totalmente feudal, (donde) no disponía de otras armas que las del feudalismo" (Cueva, 2008, 197) a Montalvo no se lo puede considerar un escritor auténticamente mestizo. Las razones son justamente aquellas que lo emparentan con Mera, el escritor de la orilla opuesta:

> En este sentido, Mera y Montalvo son dos variedades de un mismo género y por eso, si sus estilos difieren como sus temperamentos y el contenido de sus obras como su orientación, no así su escritura literaria, nivelada por el denominador común de un "casticismo" que sólo cuarenta años más tarde se abandonará. (Cueva, 2008, 75)

Comentario que obviamente debe tomarse con mesura, pues no se está equiparando en todo a ambos escritores. Mera, además, le brinda a Cueva la posibilidad de describir los rasgos de la conciencia feudal (colonial) que reaparecen en la época republicana. De hecho, es el primero de los tres momentos en que ella reaparece:

> En el momento en que Mera escribe *Cumandá* la conciencia feudal se siente culpable y quiere, según el esquema católico, reconciliarse consigo misma y con el mundo, de la manera que le es peculiar: alejándose de la realidad, alienándose. (Cueva, 2008, 103)

En efecto, gran parte de la literatura de Mera es la mejor representación simbólica del "estado de ánimo" de una clase terrateniente colonial que en la realidad está perdiendo terreno frente a la burguesía liberal (de la cual el zambo Montalvo era un militante confeso). "Maniatada" por el avance del capitalismo, la colonial es

> …una consciencia que cree posible expiar los conflictos sociales (reducidos a su ingrediente individual) mediante un simple acto de contrición que, si bien no está en capacidad de transformar la realidad, puede al menos rescatar, purificar el alma del individuo penitente. (Cueva, 2008, 104)

Ese es, para Cueva, el primer momento de la conciencia feudal ecuatoriana expresada en la literatura; se trata de la vivencia problemática y nostálgica de la senectud de tal clase. Más adelante, cuando la Revolución Liberal ha puesto ya la lápida de la clase feudal en el dominio político, aparece su "espectro agresivo", su retorno a la escena literaria. Gonzalo Zaldumbide y su *Égloga trágica* son el testimonio de lo dicho. Para Cueva, tal obra no hace sino mostrar la descomposición de la clase a la que venimos refiriéndonos. Sin embargo, la novela zaldumbideana cayó en un panorama tan desértico a nivel creativo, que fue considerada por muchos (y de tiempo en tiempo) una obra clásica de nuestras letras; de todos modos, la defensa de Zaldumbide no dejaba de apuntar a una eventual resurrección de la conciencia feudal. Sobre Zaldumbide dice Cueva:

> (…) escribe de tal manera que su lenguaje esté lo más alejado posible del habla ecuatoriana, y hasta podría decirse, sin exageración, que es justamente ese alejamiento el que le concede, a los ojos de algunos, el carácter de **lenguaje literario**. (…) Por todo eso, Zaldumbide es un "estilista", en la medida en que así se decida denominar a quien toma partido por el diccionario y la preceptiva, en contra del lenguaje vivo. (Cueva, 2008, 128-9)

Por último, la conciencia feudal tiene su expresión más sublime en la poesía de la generación del 10 (Fierro, Noboa, Silva, etc.):

> …tan evidente me parece que la poesía de los "decapitados" refleja el estado anímico de una clase envejecida en el desencanto y que añora, una vez despojada de sus poderes omnímodos, su mítico paraíso. (Cueva, 2008, 134)

> Con los decapitados termina la "gran" literatura feudal de Ecuador. Su trayectoria –reflejo de la trayectoria social– la ha conducido de la estética del paraíso a la estética del suicido. (Cueva, 2008, 136)

Entre el último grito de la *conciencia feudal* y el *realismo social* de los 30, el Ecuador estuvo inmerso en una escena literaria vanguardista, que si bien no llegó a completar los objetivos de autentificación que nuestras letras requerían, colonizadas como eran, supuso al menos el intento más radical hecho hasta entonces por modernizar nuestras letras. Modernización literaria que servía, por un lado, como impugnación (pequeño-burguesa) de la literatura castiza y enajenada que hasta entonces cumplía las veces de paradigma literario; y por otro, para que el Ecuador, tardíamente, comience a pisar el siglo XX en la arena literaria y cultural:

> es cierto que la aparición de las mencionadas obras de Carrera y Escudero, así como de los primeros escarceos poéticos de Alfredo Gangotena publicados a partir de 1923, representan una irrupción, en el Ecuador, de una cultura ya inequívocamente sigloventina. (Cueva: 1992, 113)

La "vanguardia histórica" (dentro de la cual, además de los arriba citados, estaban Hugo Mayo y Pablo Palacio) es valorada por el Cueva "tardío", cercano a la frontera de los años 90; mientras que el Cueva furiosamente impugnador de *Entre la ira y la esperanza* ni siquiera la menciona como parte de la historia literaria del país.

En otro orden, el realismo mostraba atisbos ya de lo que sería su explosión en los años 30. La antesala del más genuino y prolífico acontecer literario del país, fue resultado de la Revolución Liberal, pues la clase media forjó por vez primera su espacio para hablar. En este sentido, la novela *A la Costa*"fruto mayor de la etapa de ascendente del liberalismo, tiene todo el derecho de ser considerada como punto de partida de la literatura moderna del Ecuador." (Cueva, 1986: 73)

Las principales novedades de esa novela giran entorno a que ella:

> …salva la distancia que tradicionalmente ha mediado entre nuestra vida y nuestra literatura: a) aproximándose al lenguaje que efectivamente se habla en el Ecuador; b) enfrentando, aunque con desigual fortuna, la problemática nacional. (Cueva, 1986: 119)

Es decir, más allá del valor propiamente literario de esta obra, lo que resalta es que se aproxima directamente a la realidad, buscando (todavía sin mayor éxito) hacer literatura del *habla* y no de la *lengua*. En síntesis:

> (…) cuando se aborda, sin "sublimarlos" deliberadamente, el tema social y el tema erótico, que serán del futuro realismo ecuatoriano, puede decirse que *A la Costa* es precursora de éste. (Cueva, 1986: 119)

Y de este modo entramos directamente a lo mejor de la literatura nacional. Se trata, esencialmente, de Icaza y el Grupo de Guayaquil (aunque existen otros autorescomo Rojas u Ortiz, de menor realce). El gran mérito de las mencionadas expresiones literarias consiste en haber derrotado a su pasado. Y es que "hasta los albores del siglo XX, la literatura ecuatoriana se caracterizó por su inautenticidad y permanente enajenación." (Cueva, 1986: 72) Mientras que, al menos hasta su ocaso en los 50, el realismo ecuatoriano fue una cuestión auténtica y muy cercana a las fibras íntimas de varios sectores populares del Ecuador: "Baste por hoy la anotación de que la narrativa realista se ubica en el punto más opuesto a la literatura colonial que pueda concebirse." (Cueva, 2008, 82) De hecho, Agustín Cueva llega a catalogar a nuestro realismo como revolucionario en el terreno de las letras. Primero, en *Entre la ira y la esperanza*:

> (…) lo que querían estos "revolucionarios", la literatura de sus "buenos tiempos" niega total y radicalmente el orden de cosas imperante, impugnando tanto la realidad (sistema social) como el discurso moral (ideología) que la "purifica" y justifica. Negación radical que se manifiesta no sólo en el cambio de contenido (vuelco total de la temática), más también en el de la escritura (forma), de donde el ideal castizo es abandonado por fin. Ahora, la reivindicación de los derechos de la "indiada" y del "cholerío" se lleva a cabo en lenguaje nacional y no, felizmente, cervantino. (Cueva, 2008, 78,79)

Y luego en su última obra no duda en aceptar la idea de Alejandro Moreano de que tal literatura incluso llega a cumplir la tarea de crear la base de nuestra cultura nacional:

> La fundación cultural del Ecuador a que se refiere Moreano, esa evidente interiorización de nuestro ser nacional, ocurrió pues a pesar de las clases dominantes y gracias a la vigorosa presencia social, política e ideológica de una *intelligentsia* surgida de las nuevas capas medias, estrechamente aliadas con los sectores populares. Es más, hasta podemos postular la hipótesis de que dicha fundación fue un tanto más difícil, cuanto menor resistencia encontraron esas capas y sectores en su enfrentamiento con una cultura dominante por un lado anacrónica y por el otro en cierne. (Cueva, 1993, 126)

En suma, y para comprender de modo sintético las principales virtudes de la gran literatura de los 30, citemos *in extenso*, dos conclusiones a las que Cueva llegara en distintos momentos:

> Por eso, si tuviéramos que señalar los principales méritos de la literatura de este período, diríamos que el primero consiste en haber logrado, a pesar de todo lo que se asegure en contrario, dar un cierto espesos artístico al relato del hombre-situación; y el segundo, en haber sabido adaptar (no perfectamente, por supuesto) un género literario moderno y foráneo a los requerimientos de nuestra sociedad. Aquí si hay asimilación, y en grado superior. (Cueva, 2008, 82)

De lo que se trató es de

> …crear no sólo un nuevo lenguaje, más cerca no de las hablas ecuatorianas, sino también incorporar a la cultura literaria y artística "nacional" personajes, idiosincrasias y culturas hasta entonces menospreciadas: las de los indios, los cholos, los montubios (o montuvios: campesinos tradicionales de la Costa y ciudadanos tan de segunda, que ni siquiera tienen ortografía fija), los mulatos, los negros y los habitantes suburbanos y proletarios del país. (Cueva, 1993, 128)

Todo gran impacto deja secuelas. El realismo social, como vimos, fue un grave impacto en la historia literaria y cultural de nuestro país; las secuelas, lamentablemente, parecen interminables. El ocaso del realismo ocurrió según sugerencia de Cueva tras la publicación de *El éxodo de Yangana* de Ángel Rojas: "Así llegamos, a través del "impasse" de Rojas[17], al "impasse" de nuestra novela toda, a partir de entonces." (Cueva, 2008, 87)

No fue por la falta de oficio de nuestros escritores que tal ocaso ocurrió, sino que la propia historia, implacable como siempre, señaló el agotamiento del más prolífico movimiento literario ecuatoriano. "Y es que el realismo ha dado todo de sí y está cada día más exhausto, sin encontrar ninguna alternativa literaria que lo sustituya." (Cueva, 1992, 138)

Los límites del realismo, lejanos y apenas visibles en 1930, dibujaban su contorno con claridad en la llegada de la década de los 50:

> El mundo objetivo ha sido explorado ya; el impacto de lo "horrible" no puede repetirse indefinidamente (la literatura es una revolución permanente, como sostiene Sartre); y el tono indignado de la denuncia corre el riesgo de degenerar en fórmula, en clisé. (Cueva, 2008, 85)

En *Lecturas y rupturas*, Cueva hará un balance sobre la situación final del realismo. Señala que

[17] El "impasse" de Rojas consiste en su contradictoria tarea creativa basculante entre un sentimentalismo algo romántico, y la novela aludida (casi un estudio sociológico, según nuestro autor).

> Las razones de dicho declive son por supuesto múltiples, comenzando por el hecho más obvio: la realidad se modificó más rápido que la *Weltanschauung* de la generación del 30. Al entrar en una fase de franca desestructuración ("modernización" por modificaciones sectoriales) la vieja sociedad rural que fue el Ecuador se "descompuso", pero sin engendrar de inmediato una sociedad de nuevo tipo, plenamente urbana. En consecuencia, la concepción del mundo de los años treinta se marchitó antes de que surgiera una alternativa coherente para reemplazarla. El adocenamiento y el oportunismo hicieron el resto: desde la "gloriosa" del 44 hasta finales de los cincuenta el espíritu combativo de las capas medias decayó, fueron "cooptadas" como se diría hoy. (Cueva, 1986: 189)

Encontrándose escasamente entusiasmado por el camino que siguió la narrativa, Cueva encuentra en la poesía lo mejor de la literatura post-realismo. Por eso plantea que a "la poesía contemporánea le (ha) correspondido recuperar artísticamente lo nuestro: hombre, historia y geografía." (Cueva, 2008, 90) Se refiere básicamente a Jorge Enrique Adoum y César Dávila Andrade (de *Boletín y elegía de las mitas*).

En fin, nos queda la posibilidad de leer a la generación del 30 no como un movimiento que se agota en sí mismo, sino como una especie de origen:

> El espíritu de denuncia y de protesta estaba, pues, cancelado y los antiguos guerreros de la pluma apaciguados; sin embargo, nada ni nadie podrían devolvernos la inocencia perdida. La semilla del "mal" quedaba ahí. La cultura moderna del Ecuador había sido fundada por caminos heterodoxos, jacobinos, socialistas, y de esa fundación habrían de partir las futuras generaciones y las nuevas rebeldías. (Cueva, 1992, 141)

Opinión que bien pueden ser únicamente "buenos augurios", o una posibilidad real de que nuestra literatura, en desigual lucha contra la transnacionalización editorial, reencuentre caminos heterodoxos para sus temas y su forma (seguimos esperando la plasmación del Quito "moderno", la poética del despoblamiento de nuestro campo por la migración, o la expresión sólida de alguna de las tan variopintas regiones de nuestro país).

Como único hito de tal búsqueda (antes que de ningún encuentro), está la poesía del grupo Tzántzico. Más afortunada por su irreverencia que por sus logros estéticos, creemos que la lectura que Cueva hace de este grupo fue, por decir lo menos, demasiado cercana o carente de distancia.

Con esto concluye el recorrido por la historia de las letras nacionales en la mirada de Cueva[18].

[18]No está demás señalar que hemos omitido, por un lado, algunas proposiciones teóricas controvertidas (aquella acerca de la diferencia entre la *literatura del ser* y la *literatura del estar*, por ejemplo); y por otro, el tema de la pintura, la arquitectura y la escultura. Ambas líneas corresponden a *Entre la ira y la esperanza*, en cuyo prólogo *Veinte años después*, Cueva no deja de reconocer que se trató de una obra de pretensiones demasiado abarcantes.

ii) Icaza, las raíces profundas de nuestro ser social

En el intento por desentrañar las raíces profundas de nuestro ser social, Agustín Cueva toma a Jorge Icaza como el referente literario que da cuenta de nuestras más recónditas contradicciones y dramas. En este sentido se orienta la lectura sociológica que Cueva realizare sobre la obra del novelista quiteño, la cual podemos dividir en dos porciones para su tratamiento.

En primer lugar, miraremos los elementos que convierten a la obra de Icaza en "el gran fresco de la sociedad serrana", es decir haremos hincapié en las virtudes más *sociológicas*. Luego, en cambio, nos centraremos en destacar los aciertos *estéticos* de la obra icaciana. Sobra decir que en ambos casos partimos de la perspectiva de Cueva.

Como ha quedado consignado más arriba, Icaza pertenece a una generación de escritores que impugnaron a sus antecesores, tanto en la forma como en el contenido de sus escritos. En la época en que Icaza comienza a escribir, Freud tiene una influencia notable entre los intelectuales ecuatorianos, la misma que adquiere una fisonomía *suigeneris* en el caso del autor de *Cholos*:

> Es una obra de claros planteamientos freudianos (se refiere a *¿Cuál es?* la cuarta obra de teatro de Icaza, M.P.), a la que el autor atribuye un significado especial dentro de su carrera literaria: el asesinato del "padre" significaría, según él, la ruptura definitiva con la temática y técnicas europeas. (Cueva, 1986: 75,76)

Cometido el "parricidio", Icaza se ha liberado ya de la necesidad de *emular* y comienza a *crear*; eso sí, el género escogido fue el del *relato* y no el teatro. Las dos primeras cualidades que advierte Cueva en la obra narrativa de Icaza son su *amplitud*, por la cantidad de temas retratados, y su *evolución*, vale decir la forma en que esquiva los riesgos de los escritores: el estancamiento y la repetición. Dice Cueva:

> Se advierte en la obra de Icaza una evolución claramente definida, que consiste en adquirir cada vez mayor profundidad y extensión. Por un lado, de *Huasipungo* a *Huairapamushcas* hay un neto ahondamiento del problema indígena en todas sus facetas; un ir de la objetividad casi absoluta a la subjetividad conflictiva. Por otro, el tema abarcado es siempre más amplio: del indio, Icaza va al mestizo de los estratos paupérrimos (En las calles, Cholos) y de éste al "chulla", típico personaje de la clase media urbana (Romero y Flores). Llega así a completar el gran fresco de la sociedad serrana; fresco trágico, complejo, sin concesiones. (Cueva, 1986: 60)

La amplitud mencionada no es simplemente un "catálogo de personajes ecuatorianos" ni nada parecido. Al contrario, la gama de temas y personajes tratados no está flotando en el aire, sino que están conectados (podría incluso hablarse de una especie de fenomenología del sujeto andino y sus lugares habitados) y no dejan de mostrar a profundidad el esquema de colonización vigente:

> Sobre el esquema de la explotación del indio por el terrateniente, versión sigloventina de la relación inicial entre colonizado y colonizador, Icaza presenta ahora matices y nuevas facetas, gracias a un enfoque panorámico que nos lleva del agro a la urbe y de la problemática esencialmente indígena a la problemática del mestizo. (Cueva, 1986: 91)

Por otro lado, la obra de Icaza presenta no sólo gran amplitud, sino también gran profundidad. De hecho, los rasgos fundamentales según los cuales se mueve nuestra sociedad han sido puestos al descubierto:

> Además, tiene una notable capacidad para seleccionar y subrayar los aspectos esenciales de la sociedad, de modo que se destaquen nítidamente sus características estructurales, sin necesidad de razonamientos abstractos. Estos méritos, o sea la facilidad para expresar con vivencias lo que sólo parecía poder formularse con conceptos, le permiten elaborar una literatura de gran valor sociológico, pero que en ningún momento degenera en sociología novelada. (Cueva, 1986: 108)

Todo esto, sin embargo, no debe llevar a la fácil conclusión de que Icaza estaba haciendo propaganda:

> Este fresco, dotado de una dudable profundidad sociológica, no surge sin embargo de la "aplicación" de esquema alguno, si por esquema se entiende una representación conceptual anterior al proceso de producción literaria, que se limitaría a "ilustrarla" con las imágenes pertinentes. (…) es oportuno recordar que, aunque es evidente que su literatura recibió el apoyo "logístico" de una concepción (convertida en él en *capacidad de percepción*) materialista de la historia, Icaza, en lo personal, nunca se distinguió por la claridad teórica. Incluso era penoso comprobar, al escucharlo en conferencias o en la simple conversación, la gran dificultad que tenía para expresar en conceptos esa realidad que tan admirablemente recreaba con imágenes literarias. (Cueva, 1986: 176)[19]

Ahora pongamos nuestra atención acerca del problema del *indigenismo*. Mucho se ha dicho y escrito sobre el tema, pero comencemos únicamente señalando que tal estilo se encuentra dentro del *realismo*[20], y que por ello está interesado en mostrar y desnudar, antes que en ocultar o cubrir de oropeles la realidad, materia prima de la literatura:

> También se pone de relieve en *Flagelo* la intención última de la "estética de lo horrible", tan empleado por Icaza y que no constituye solamente una respuesta a la estética colonial de lo "sublime", sino que obedece sobre todo a la necesidad de *descubrir* la naturaleza del orden social imperante, mostrando el contenido y los productores reales del mismo. (Cueva, 1986: 86)

---

[19] "No es mi intención reabrir aquí el clásico debate sobre cómo es posible que la obra literaria supere, y a veces con creces, la ideología explícita de su autor ("triunfo del realismo", diría Lukács, posibilidad de una "crítica en acto de la ideología", afirmaría Althusser)." (Cueva, 1986: 177)

[20] La noción de realismo que Cueva utiliza no deja de recordar los aportes lukacsianos sobre el tema. Por lo demás, Lukács es el autor más citado por Cueva para los temas literarios.

Mariátegui, en uno de sus siete ensayos, escribió sobre el indigenismo lo siguiente:

> La literatura indigenista no puede darnos versión rigurosamente verista del indio. Tiene que idealizarlo y estilizarlo. Tampoco puede darnos su propia ánima. Es todavía una literatura de mestizos. Por eso se llama indigenista y no indígena. Una literatura indígena, si debe venir, vendrá a su tiempo. Cuando los propias indios estén en grado de producirla. (Mariátegui citado por Cueva, 1986: 173)

Tal aserto de Mariátegui es bastante célebre, y además marca rigurosamente el límite del *indigenismo*. Cueva no podía dejar de referirse al peruano, tomando en cuenta que estaba estudiando a uno de los mayores indigenistas del mundo:

> En esta perspectiva, la primera constatación que cabe hacer es la de que la literatura indigenista del Ecuador no logró rebasar, con ninguno de sus manifestaciones, el límite indicado por Mariátegui. Y es que tal vez sea el peruano José María Arguedas el único que hasta ahora ha superado esa frontera, de manera muy problemática y en la medida en que él mismo era, culturalmente hablando, por lo menos mitad indio. (Cueva, 1986: 174)

De todos modos, y a pesar de que no sea literatura propiamente india, se había logrado ya algo muy valioso:

> El indio entra así existencialmente en escena, por más que la vastedad de su universo simbólico permanezca inexplorada; hay un límite de alteridad que no se puede rebasar, es cierto. Este mismo límite impide, en otro nivel, la creación de personajes individualizados, o sea construidos a partir de un "yo-tú-él únicos e irreductibles", que por lo demás parece difícil encontrar fuera de la literatura producida bajo el capitalismo en su fase competitiva. (Cueva, 1986: 180)

Esto último nos lleva precisamente a la segunda línea valorativa que se abre sobre Icaza, en este caso apegada al problema de la *estética*. Bien conocido es que Icaza fue durante mucho tiempo, y aún hoy en determinados círculos, criticado por su estilo, considerado rústico, pobre e incluso "animalizante":

> "Gruñidos y exclamaciones" para algunos, los diálogos y parlamentos de la literatura icaciana son tildados de transcripciones demasiado "taquigráficas" por otros críticos. En ambos casos, el error consiste en no percibir que se trata de una estilización artística: condensación de rebeldía y ternura, de protesta y desesperanza, tales diálogos de factura expresionista no dejan de recordar la pintura de un Diógenes Paredes (1910-1968), la de un Eduardo Kingmann (1913) o la misma serie Huacayñán (1952), de Oswaldo Guayasamín (1919). (Cueva, 1993, 131).

Otra crítica usual que ha recibido la obra icaciana, y que Cueva intenta rebatir, es la de que su realismo es "utilitario", apenas algo más que panfleto. Cosa con la que Cueva no está de acuerdo, pues "si bien es cierto que el mérito de la narrativa de Icaza se halla

íntimamente ligado a su calidad de literatura de denuncia no es menos cierto que el valor de la misma no puede reducirse a sólo sus proyecciones sociales." (Cueva, 1986: 107)

En efecto,

> El indigenismo, como cualquier otra corriente, tenía un problema *formal* que resolver y únicamente podía producir grandes obras desde el momento en que encontrara la manera de conferir una forma adecuada al contenido que buscaba expresar. Es posible, entonces, que en *Plata y bronce* haya un esquema hipotéticamente aceptable, acompañado de las intenciones más loables de denuncia del problema indígena, pero por desgracia la plasmación artística deja mucho que desear. (Cueva, 1986: 175)

Se requiere pues, no sólo atinar en el tema, sino también permitir que sea la forma un producto de la imaginación y no de la repetición de esquemas. Como ejemplo está la obra *Flagelo*, donde "las 'Dos Longas Cantoras' están allí para plasmar uno de los elementos artísticos que han hecho que las obras de Icaza sean verdadera literatura y no simple panfleto: el ritmo." (Cueva, 1986: 86)

Un tercer alegato corriente contra Icaza es la supuesta "falta de profundidad de sus personajes". Sigamos a Cueva:

> ¿Defecto literario? ¿Impericia del autor? …lo que sucede es que a veces olvidamos que el "héroe problemático" (para decirlo en términos lukacsianos) que caracterizó a la novela europea de un cierto período, no siempre existió en la literatura occidental ni en la "vida real" del propio Occidente. Y tal vez tampoco haya existido en el Ecuador de los años treinta: resulta difícil, en efecto, imaginar a los personajes ecuatorianos de hace medio siglo (tanto a los de ficción como a los de carne y hueso), emitiendo un discurso similar al *de La montaña mágica* o, menos aún, al de *Ulises* de Joyce. (Cueva, 1992, 132)

El *indigenismo* no subvalora a los personajes, sino que los recrea de modo más acorde a nuestra realidad:

> La norma de la novela[21] indigenista es distinta: si en cierto sentido se puede decir que frecuentemente descuida la caracterización de sus personajes individuales, en otro orden de cosas tiene que reconocerse su aptitud para dotar de personalidad suficiente a grupos humanos mas o menos numerosos, convirtiéndolos, así, en personajes colectivos. (Cueva, 1986: 181)

Gran acierto de Icaza es la creación de un acumulado de símbolos lingüísticos. Si fuese solo por el léxico, entonces el costumbrismo de fin del XIX y comienzos del XX habría

[21] Sobre el género al que pertenece la obra de Icaza, vale la pena aclarar: "Las mismas marcaciones de ficción involucradas en el concepto europeo moderno de novela volvían inadecuada la aplicación de tal concepto a nuestra narrativa realista, que encontró una mujer ubicación en la categoría de *relato*." (Cueva, 1986: 173)

cumplido ya con la tarea. Se trataba más que nada de "la recuperación y recreación artística de un ritmo, una entonación y una sintaxis propias." (Cueva, 1986:171)

Algo cuya dificultad dista mucho de tareas meramente taquigráficas:

> Por el contrario, implica un grado avanzado de elaboración literaria, casi poética, gracias a la cual se descubre una gama riquísima de sentimientos y estados anímicos (dolor, rebeldía, imploración, imprecación, inquietud, duda, fatalismo, interrogación, esperanza, frustración) y se forja un espesor sicológico –de sicología colectiva-, que desgraciadamente parece haber pasado inadvertido a buen número de críticos, y en especial a los del Ecuador. (Cueva, 1986: 108)

Hemos rescatado sintéticamente las notas altas del realismo icaciano. Todo lo dicho hasta aquí avala la valoración de Icaza, e incluso explica su éxito internacional:

> Su éxito no significó, por lo tanto, el triunfo de determinada "escuela" literaria, sino el triunfo de una literatura que cumplía la tarea más históricamente más avanzada que como literatura de un país semicolonial en transición al capitalismo podía entonces cumplir. (Cueva, 1986: 172)

De modo que Icaza cumplía dos tareas que en principio parecen contradictorias: "creación de una cultura nacional y universalización de nuestro ser histórico". Las cuales son, en realidad, para nuestro caso "tareas dialécticamente entrelazadas…" (Cueva, 1986: 172)

Y a pesar de que "su mensaje está agotado, como agotado está, en cuanto forma social, ese Ecuador semifeudal en curso de disolución que él vivió en su juventud y que con amor, dolor e ira supo plasmar en sus célebres relatos" (Cueva, 1986: 160) lo más triste es que

> No ha tenido pues, Icaza, discípulos de valor. No ha formado "escuela", y su obra, tanto más criticada ahora, cuanto que nadie la ha superado aún, es una especie de remordimiento de las generaciones siguientes, por no decir un testimonio de su frustración. (Cueva, 1986: 109)

Queda por verse si su literatura tendrá la función de semilla, o si acaso ella será sumergida en el olvido, corriendo con el doble peligro de que cada vez se lee menos, y que cada vez se lee más de lo que las empresas editoriales quieren que sea leído. En fin, con aquellos arrestos de esperanza tan típicos en él, concluye Cueva:

> No quiero arriesgar ninguna profecía, aunque me parece más probable que la historia llegue a olvidar ciertas querellas de campanario antes que la producción del mejor exponente de una corriente como la indigenista, surgida de las entrañas mismas de nuestro dolorido ser andino. (Cueva, 1986: 184)

iii) Pablo Palacio y la disputa en torno al realismo

No son pocas las ocasiones en que Agustín Cueva se topa con el tema de Pablo Palacio en sus diferentes ensayos sobre literatura. Pareciera que más allá de la opinión que el primero tuvo sobre el segundo, tenida por casi siempre desfavorable, había algo en el tema que lo ubicaba constantemente en primera línea de discusión. Y ese algo tiene que ver directamente con las varias lecturas que de Icaza se hicieron.

En efecto, es dable observar que mientras Icaza no entra en escena, para Agustín Cueva la literatura de Palacio es elogiable[22]; e incluso sirve como referente para explicar en algún momento la condición desgarrada de la clase media ecuatoriana:

> De entre nuestros literatos, es tal vez Pablo Palacio quien mejor ha sentido, comprendido y confesado las contradicciones pequeño burgueses, y planteado con mayor sinceridad y precisión tales problemas. (Cueva, 2008, 170)

Por que más allá de que algunos críticos de Cueva encuentren su debilidad fundamental en el credo político que profesaba[23], que supuestamente le impedía valorar el arte en sus justas dimensiones, lo cierto es que Cueva no critica a Palacio por no ser socialista en su literatura (que sí lo fue en su vida cotidiana como todos conocen); lo mismo que no entrona a Chávez, Salvador o Núñez por el simple hecho de escribir en timbre indigenista. Pero este hecho, el de la valoración estética por sobre la valoración social[24], ya lo señalamos más arriba. Bástenos únicamente, como muestra, la valoración que Cueva hace de Montesinos[25]:

> Así que no se trata de una aprehensión del problema a nivel social (…), sino del desarrollo de una metafísica de la soledad y la derrelicción. Lo cual no impide que Montesinos la plasme en situaciones vitales, nada esquemáticas y fáciles de identificar como nuestras, de este país. Ahí residen sus dotes de creador. (Cueva, 1986: 136, 137)

Para volver al asunto, diremos que Palacio es considerado por Cueva como un "escritor menor, en muchos sentidos interesante pero de segunda línea". Opinión que no toma en cuenta a Palacio aisladamente, pues tal calificación se realiza "con el exclusivo objeto de restablecer ciertas proporciones" (Cueva, 1986: 161); es decir, en comparación con los realistas (Icaza especialmente).

---

[22] Hasta el punto en que la primera edición (y una de las pocas) de Palacio realizada fuera del país, es "prologada elogiosamente" por Cueva, según él mismo indica.

[23] Ángel F. Rojas, por ejemplo, lo acusó de "fanático de extrema izquierda" al conocer sus opiniones sobre Palacio.

[24] "…la literatura es y tiene que ser proteica, y (…) su calidad no depende de sus contenidos sino de su *puesta en forma*, de su *plasmación*. Pero de su plasmación *concreta* y no del discurso retórico sobre ésta. (Cueva, 1993, 156,157)

[25] Bien que de Montesinos se ocupara Cueva, según su propia confesión, ante el preocupante vacío literario que dejó el ocaso de la narrativa realista, es decir, por que no había mucho más que criticar.

Tal fue la opinión con que Cueva se ganó la animadversión de muchos creadores y críticos nacionales. Algunos de ellos optaron por obviar los puntos centrales de la discusión, y prefirieron, a criterio de Cueva, la invención del "mito" del Palacio adelantado y precursor a nivel continental. Estas reacciones frente a Cueva son analizadas y desarticuladas en el ensayo escrito por él en 1992, tres meses antes de su muerte: "*Collage" tardío de "l'affaire" Palacio*.

Otros, en cambio, impugnaron la preponderancia del realismo (lo siguen haciendo) por considerarlo un arte servil y cerrado a exploraciones. Nunca faltan las voces defensoras del "arte por el arte", sobre las que Cueva había vertido ya su opinión:

> Lo único que busco es relativizar enfáticamente **cierta** perspectiva crítica (…), con todo su arsenal de axiomas que en última instancia remiten a la necesidad supuestamente "intrínseca" de una literaturidad "pura", exenta de cualesquiera intención y referencias "extraliterarias" (…). Incapaz de descubrir sus propias determinaciones históricas, tal perspectiva es con mayor razón incapaz de indagar las causas por las cuales los escritores de hace medio siglo escribieron como escribieron. (Cueva, 1986: 164)

En definitiva no se trata de una polémica en torno al problema del realismo únicamente (en este ámbito Cueva inclina la balanza claramente hacia éste último, en detrimento del vanguardismo palaciano de vocación "subjetivista"); sino frente al compromiso que la literatura podía tener:

> (…) no se encontrará la menor huella de un desgarramiento entre "realismo o antirrealismo", "realismo social" o "realismo "abierto" y ni siquiera un interés especulativo sobre el particular. El punto central del debate era *literatura comprometida vs. literatura no comprometida* (Cueva: 1992, 152)

Compromiso que, cabe aclarar, no consiste convertir al arte en instrumento[26] de nada, ni en quitarle su autenticidad.

En fin, para zanjar la cuestión, queremos expresar nuestra posición acerca de "l'affaire Palacio", como Cueva bautizó a la polémica, tomando como propia la siguiente idea del crítico peruano Antonio Cornejo-Polar:

> La contraposición de la poética del relato propia de Icaza, que es la del realismo social en su veta indigenista, con la de Palacio, definida por su vanguardismo urbano, no debe prescindir de una constatación primera: **en ambos casos se parte de una común recusación de la norma lingüística hasta entonces hegemónica en el campo literario ecuatoriano** –y, en general, andino. La rebelión de Palacio es explícita y violenta, casi insoportable para sus contemporáneos,

[26] En este punto, que es en realidad harina de otro costal, conviene revisar las convicciones artísticas de César Vallejo, por ejemplo.

> porque se basa en una obsesiva y englobadora **condena de la realidad** injuriosa, detestable, degradada y degradante que lo rodea (…). (Cornejo-Polar: 1994, 167,168) (subrayado nuestro)

Previa al realismo en su mayor parte, la obra de Palacio queda sin embargo definida por el subtítulo que le diera a *Vida del ahorcado*, publicada en pleno auge del periodo realista: *novela subjetiva*. Subjetivismo que en Palacio no es tanto una huida de la realidad andina, cuanto un intento por "expeler la angustia que le producía vivir en un mundo no sólo atrasado sino, definitivamente, mal hecho" (Cornejo-Polar: 1994, 168). Entonces resulta más justo ponderar a Palacio como un oponente al naturalismo colonial todavía vigente (Zaldumbide, Mera), que al realismo naciente. Todo lo cual explica, pues, la grave divergencia entre su quehacer literario y su quehacer político. Sin que por ello las diferencias entre Palacio y los realistas sean obviadas, pues de todos modos coincidimos con Cueva cuando asegura que el realismo icaciano cumplió de manera revolucionaria la tarea más adelantada que su época le presentó.

iv) García Márquez y la literatura heterogénea

La única vez que Agustín Cueva puso sus ojos en un ámbito más amplio de crítica literaria fue en la recopilación postrera *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, donde las fronteras de su análisis se ampliaron hasta lo latinoamericano, particularmente en el ensayo *La espiral del subdesarrollo en las estructuras simbólicas de "El coronel no tiene quien le escriba" y "Cien años de soledad"*. Allí se plantean algunas hipótesis sumamente valiosas en la comprensión de uno de los hitos del *boom*, quizás el fenómeno literario más importante de nuestro continente, al menos a nivel editorial. Ocioso resultaría pensar acerca de si este es un indicio de nuevos derroteros en la obra de Cueva, o si se abre una nueva etapa explorativa, sobre la literatura latinoamericana, por ejemplo. Lo sólido, lo que nos queda, es este ensayo interesante, que no cae en los lugares comunes de la interpretación que ha tenido García Márquez, sino que busca formulaciones originales, y sobre todo, las propiassingularidades de la obra del colombiano.

Cueva comienza destacando la obra de García Márquez como una unidad, compuesta de aproximaciones y experimentaciones literarias acerca de una preocupación obsesiva para el novelista: la posibilidad de retratar literariamente el mundo en el que él creció. En este sentido estamos ante un escritor que no anda en busca de temas, sino de tonos; la materia prima, ese universo entre alegre y multiforme en trance de desaparición, ya existe, hace falta saber cómo convertirla en literatura. Tal es la preocupación en las primeras

publicaciones garcíamarquianas, donde aparecen ya esbozos del singular mundo y de los fabulosos personajes que su autor quiere dar a conocer[27].

Y así,

> Dentro de esa empecinada búsqueda de una forma que corresponda a aquella materia prima (…), *El coronel no tiene quien le escriba* ocupa un lugar muy especial: es la primera obra en que García Márquez logra convertir ese material narrativo singular en un universo artístico acabado, aunque todavía sin el espesor que adquirirá después, en *Cien años de soledad*. (Cueva, 1992, 16,17)

Nos encontramos pues, ante dos obras en las que ya se ha dado *forma* a un *contenido* largamente acariciado. Evidentemente ambas novelas contienen elementos similares, pero la distancia es igualmente marcada como veremos luego, y consiste en la ubicación de cada una dentro de determinado *género* literario.

Quedémonos por ahora con las similitudes, las cuales son sobre todo temáticas: la *violencia*, el *desamparo*, la *soledad*, etc.; son elementos comunes que, por lo demás, aparecen también en trabajos como *Crónica de una muerte anunciada*, *El general en su laberinto* y *El otoño del patriarca*.

Pero de entre todos estos elementos sobresale uno, que podría llamarse *el progreso como degradación*, es decir, contrariando a las interpretaciones desarrollistas, aquí el *progreso* traído por el capitalismo es percibido como destrucción de un mundo que estaba en paz, como ruptura de un tiempo circular e irrupción violenta en la cotidianidad. Tal es la figura de la *hojarasca*, el resultado negativo, la resaca de aquel torbellino desatado por fuerzas externas.

Las consecuencias son múltiples, y llegarán a ser magníficamente plasmadas en *Cien años*, pero en *El coronel* aparecen ya en germen: la extrañeza de un mundo nuevo, donde se ha impuesto "una *burocratización* casi kafkiana" (Cueva, 1992, 28), y donde la antigua "razón señorial" ha sido "convertida en sinrazón, desamparada en un mundo mercantilizado, burocratizado y presa del terror, en donde todas las reglas del juego "anteriores" han sido trastocadas." (Cueva, 1992, 27)

La *degradación* que el *progreso* porta no deja de hacerse sentir directamente, es decir de forma realista, cuando se apunta al *capitalismo dependiente latinoamericano* como detonante del progreso; toda la literatura de García Márquez es pletórica en este tipo de ejemplos: las compañías bananeras, la violencia desatada en las carreras por el dinero, etc. En el análisis de Cueva, tales situaciones no pasan desapercibidas:

[27] *La hojarasca*, *Losfuneralesde la Mamá Grande* y *La mala hora*, son ejemplos de aproximación al mundo, los personajes y los temas respectivamente.

> …en países que ni siquiera poseen complejas estructuras modernas; una *violencia* que constituye el pan de cada día y no sólo sirve como mecanismo de *dominación terrorista* sino también como palanca de acumulación originaria dentro de un *capitalismo* verdaderamente salvaje (…), tenemos la presencia del capital en su forma imperialista, que sólo puede ser sinónimo de *depredación*. Cuando el coronel huye de la fiebre del banano todos sabemos de lo que en realidad está escapando: de esa "hojarasca" que todo lo corrompe y oxida, descomponiendo el mundo de antaño en nombre de una "modernidad" y un "progreso" que nunca llegarán para quedarse. (Cueva, 1992, 29)

Estos *temas* que ya son parte constitutiva de toda la obra anterior a *Cien años*, adquirirán allí la dimensión de *forma*, para lo cual García Márquez tuvo que renunciar en parte a la intención de escribir novelas. En efecto, mientras que *El coronel* es todavía una *novela*, muy a pesar de situarse en la frontera con el relato y el cuento[28], *Cien años* trae una novedad: es una *novela* de ribetes epopéyicos, o una *epopeya* novelada.

Los elementos que le confieren sentido épico, en detrimento de la problemática novelesca clásica, saltan a la vista:

> Legendarización, episodios en lugar de capítulos, trama épica: no es difícil detectar en *Cien años de soledad* múltiples características que la alejan del tipo de novela producida en Europa Occidental a partir de los siglos XVI y XVII, y la vinculan en cierto sentido con la epopeya. *Cien años* no es, en efecto, la historia de un héroe individual y de su "búsqueda demoníaca de valores auténticos" (para utilizar la conocida fórmula de G. Lukács en su *Teoría de la novela*), sino la historia de toda una colectividad representada por una estirpe. (Cueva, 1992, 40,41)

La necesidad de convertir su novela en una epopeya responde directamente a la necesidad de mostrar esa extinción del mundo antiguo, esa degradación de lo tradicional que es extrínseca, pues el desarrollo capitalista es foráneo e invasivo. Por ende el héroe problemático europeo, el antihéroe burgués propio del desarrollo del capitalismo central, no aparece ni por asomo:

> No se trata, por ende, de un conflicto del héroe con su comunidad de origen, (…) sino más bien de una tensión, llevada al paroxismo, entre esa comunidad a la que el protagonista en gran medida representa, y una instancia exterior que los oprime. Estamos, por consiguiente, ante una forma literaria enmarcada en las estructuras del colonialismo interno y la dependencia. (Cueva, 1992, 31)

[28] "Retomando algunas de las reflexiones del joven Lukács, Lucien Goldmann recuerda que la esencia de la novela consiste en la ruptura definitiva entre el "héroe" (protagonista) y el mundo, mientras que en el caso del cuento tal ruptura es solo accidental." (Cueva, 1992, 30) La ruptura definitiva con el Mundo por parte del coronel estaría demostrada, si seguimos a Cueva, por la última acción de la novela: aquel bellísimo diálogo donde el coronel le responde a su mujer que para sobrevivir, comerán *mierda*.

Parte de la maestría de García Márquez va a residir entonces en la posibilidad de encontrar formas literarias que permitan expresar los rasgos epopéyicos de su obra. Por ejemplo, se vale de lo que posteriormente se conocería como *realismo mágico* para incrustar formas de pensamiento propias del ámbito tradicional-rural caribeño en una novela moderna:

> Una de las cosas que más llama la atención en *Cien años de soledad*, en contraste incluso con las obras anteriores del autor, es el desplazamiento ocurrido en la frontera que separa a lo "real" de lo "imaginario", gracias a la adopción de una concepción distinta de *verosimilitud*. (Cueva, 1992, 32)

La verosimilitud que adquiere la narración es obviamente *mágica* a los ojos modernos, pero es perfectamente *real* a los ojos de los personajes plantados en su realidad premoderna. No se trata, pues, de una simple imaginería, de una ingenua apuesta por lo ficcional ("el escritor no busca desarrollar ninguna filosofía irracionalista, sino recrear determinados estratos profundos de nuestro ser cultural" (Cueva, 1992, 33)). Sí, en cambio, de una mirada realista.

En todo caso queda planteada la dificultad de encasillar a *Cien años* en un género de forma definitiva. Lo señala con acierto Cueva:

> O sea que no es únicamente infancia y júbilo, magia y aventura, sino también "madurez problemática"; no es solo epopeya, sino igualmente novela, y de corte muy moderno. Algunos dirían que es típicamente "postmoderna". (Cueva, 1992, 41)

Todo lo cual es ya suficiente novedad y capacidad para plasmar estéticamente algunos rasgos distintivos de nuestra historia latinoamericana. Su mayor mérito consiste pues en ser la presentación de una *forma literaria heterogénea*[29], correspondiente a una realidad igualmente heterogénea, marcada por formaciones sociales donde coexisten problemáticamente diversos modos de producción:

> …dicha forma literaria sería más bien el trasunto artístico de la heterogeneidad estructural del gran referente empírico de la narración: América Latina en general y Colombia en particular; y estaría reflejando la ambigüedad de una praxis compleja, procedente de niveles distintos de una misma formación social que articula en su seno diversos modos de producción, de vida y de cultura, y fases también diversas del modo de producción dominante (el capitalista), en un mismo tiempo histórico. (Cueva, 1992, 44,45)

[29] …si nuestras observaciones son adecuadas, nos hallaríamos ante una *forma literaria heterogénea*, caracterizada por una estructura jerarquizada de elementos novelísticos y epopéyicos… (Cueva, 1992, 44)

Uno de los elementos recurrentes en la obra del colombiano que alcanza su mayor prolijidad en *Cien años*, nos da cuenta de la particular encrucijada que el capitalismo tiene reservada para nuestro subcontinente en un contexto imperial como el nuestro; tal elemento es

> aquel sentimiento *antiurbe*, *antimercancía* y finalmente "*antihojarasca*"; sentimiento tanto más reforzado y justo cuanto que los efectos "civilizatorios" que ahora se palparán no son otros que los derivados de la modalidad más expoliadora y depredadora del capitalismo, o sea, de su forma imperialista. Por esto no es un azar que en *toda* la obra de García Márquez tal tipo de "progreso" sea visto como un deterioro, como una decadencia precoz… (Cueva, 1992, 48)

En suma, lo que hemos revisado hasta aquí no es sino una de las posibilidades de interpretación de la rica obra de uno de los novelistas más importantes de nuestra historia. Así lo entiende Cueva, quien después de señalar indicios de otras tantas posibilidades de interpretación, concluye que "*Cien años de soledad* puede y debe ser leída también como una gran metáfora del subdesarrollo…" (Cueva, 1992, 53)

Termina así el presente capítulo, uno de cuyos objetivos consistía en mostrar que aproximándonos a la comprensión de nuestra literatura, nos aproximamos también a la comprensión de los procesos históricos de nuestra realidad y de nuestra consciencia social.

Capítulo II: Visión crítica del capitalismo en América Latina

El presente trabajo sólo aspira a comunicar cierta experiencia teórico-metodológica ("filosófica") de un sociólogo empeñado en comprender la problemática latinoamericana; y descifrar las posibilidades de transformación de la región a la luz del marxismo-leninismo.

Agustín Cueva

Además de las miserias modernas, nos agobia toda una serie de miserias heredadas, resultantes de que siguen vegetando modos de producción vetustos, meras supervivencias, con su cohorte de relaciones sociales y políticas anacrónicas*. No sólo padecemos a causa de los vivos, sino también de los muertos.* Le mort saisit le vif!

Karl Marx

En el Perú, contra el sentido de la emancipación republicana, se ha encargado al espíritu del feudo – antítesis y negación del espíritu del burgo- la creación de una economía capitalista.

José Carlos Mariátegui

Después de analizar la dimensión cultural del pensamiento de Agustín Cueva, avanzamos hacia la dimensión donde se realiza su crítica de la economía política. Demás está decir que no encontraremos aquí a un economista ni mucho menos, pues como hemos señalado en la introducción el pensamiento de Agustín Cueva puede caracterizarse como una obra basada en la crítica; que parte desde ella hacia distintas ramas afines del conocimiento: el estudio de la cultura, la crítica literaria, la (ciencia) política, la historia o la crítica de la economía política.

En este capítulo intentaremos responder las siguientes inquietudes: ¿Por qué una parte importante (nuclear en muchos sentidos) de la obra de Cueva se estira hacia lo que denominamos lo económico?; y, ¿qué tesis de nuestro autor podemos considerar fundamentales en este terreno?

Fernanda Beigel definió como un intento de "caracterización estructural del continente" la etapa intelectual en que Agustín Cueva asume la tarea de realizar una crítica al desarrollo del capitalismo latinoamericano. Lo primero que nos llama la atención es que, a diferencia de la mirada nacional que caracteriza a los temas que vimos en el capítulo anterior, la reflexión adquiere un carácter continental. Esta novedad obviamente tiene explicaciones históricas y teóricas, que desarrollaremos más adelante; anticipamos, empero, que tal novedad también está determinada por el tipo de aproximación que el autor realiza en este caso: a la economía política, y por ende al plano *estructural* en palabras de Beigel.

A fin de responder las inquietudes señaladas, hemos dividido el presente capítulo en cuatro partes:

a) En la primera mostraremos el contexto histórico en el que nace y se desarrolla la visión crítica de nuestro autor con respecto al capitalismo en América Latina: *la época dorada de las ciencias sociales*.

b) Después echaremos una mirada sobre el *marco teórico-metodológico* del que Cueva se sirve para efectuar su análisis crítico sobre el desarrollo de nuestro capitalismo, que no es otra cosa que una adaptación original de lo que se conoce como *marxismo-leninismo*.

c) Señalaremos también los principales argumentos de nuestro autor en su *crítica de la teoría de la dependencia*.

d) Por último, buscaremos mostrar las *tesis fundamentales* de Cueva en su interpretación de nuestra realidad económica continental.

a) La "edad de oro" de las Ciencias Sociales en América Latina

Para el año de 1970, después de su segundo viaje a Francia, Agustín Cueva alternaba su trabajo entre la cátedra en la Escuela de Sociología de la UCE y la Junta de Planificación (Tinajero: 2011). Entonces, había publicado ya *Entre la ira y la esperanza*, además de un artículo llamado *La crisis política de los últimos años*y varios números de la Revista Indoamérica. Ese mismo año Cueva había aceptado una propuesta de trabajo en Bolivia, y parece que es justamente allí donde lo sorprende el "autogolpe" de Velasco Ibarra del 22 de Junio, con la consecuente clausura de la UCE. Imposibilitado de volver, Cueva emigra hacia Chile[30] donde es acogido en la Universidad de Concepción en calidad de catedrático de literatura. Allí permanecerá dos años, luego de lo cual su destino será la UNAM.

Por esta época, en México se presentan particulares condiciones para la producción teórica, pues muchísimos intelectuales latinoamericanos perseguidos por gobiernos represivos se reúnen allí creando un fuerte sustrato de discusiones y polémicas que, a fin de cuentas, alimentarían la época más fecunda para las ciencias sociales en nuestro continente. Es evidente que, en Chile primero y en México después, Cueva tiene a su alcance no sólo las discusiones teóricas más actuales sobre el continente, sino también una realidad diferente: del capitalismo escasamente desarrollado en los Andes, a dos de los países en los que más se desarrolló el capitalismo industrial. Todo esto se verá reflejado, como veremos, en el contenido de sus reflexiones.

En parte gracias a estas experiencias, el tema económico adquiere una dimensión continental en el pensamiento de nuestro autor.En cuanto al tema cultural y al tema político (en su primera etapa), Cueva exhibe más bien una perspectiva "nacional". Este hecho ha motivado una lectura como la de Luis Verdesoto, sociólogo ecuatoriano, quien considera que para Cueva

> la posibilidad de volver la mirada finalmente hacia su país pasaba por "constituir" el objeto de investigación América Latina. (…) Tal vez, al final, quedó más constituido como objeto de trabajo América Latina que Ecuador… (Verdesoto, 1993: 20)

Esa mirada en realidad busca dar preponderancia a la parte de la obra de Cueva que nosotros hemos caracterizado como económica. No estamos de acuerdo en la medida en que se le resta importancia a aportes en otras áreas, como los que señalamos en los otros dos capítulos que componen este trabajo. Creemos, en cambio, que la necesidad teórica de "constituir el objeto de investigación América Latina" no es un requisito previo para "constituir el objeto de investigación Ecuador". De hecho las dos primeras publicaciones

[30] Es ahí precisamente donde culmina *El proceso de dominación política en el Ecuador*.

de Cueva tienen preocupaciones "nacionales"[31], donde ya aparece lo que Verdesoto considera el "objeto de investigación Ecuador", que por lo demás permanecerá en el horizonte reflexivo de Cueva hasta su última obra. Las perspectivas "nacional" y "continental" antes que escalones, son miradas complementarias.

En todo caso, nos quedan por expresar dos reflexiones sobre la elección de América Latina como ámbito de reflexión en la etapa de economía políticaen la obra de nuestro autor.

En primer lugar, podemos constatar que la economía, de la forma en que nuestro autor la estudia, es un ámbito *estructural* de la realidad social, con muchas menos particularidades regionales que los aspectos políticos o culturales. Por ello Beigel ha acertado al definir esta etapa como una búsqueda de una *caracterización estructural del continente*.

El análisis económico a nivel continental puede encontrar muchos más elementos homogéneos que el análisis cultural (por ejemplo literario) al mismo nivel, pues los elementos culturales son bastante más heterogéneos. Lo que no significa *ipso facto* que a nivel económico nuestros países sean entre ellos "lo mismo". El mismo Cueva señala que el "desarrollo del capitalismo no produjo la homogenización total de las distintas formaciones sociales latinoamericanas, sino que por el contrario acentuó las diferencias" (Cueva, 2007: 101).

En segundo lugar es preciso destacar que la obra de Cueva, como la de cualquier otro autor, responde de modo relativamente directo a lo que Beigel, amparada en Pierre Bourdieu, llama *campo intelectual* o a lo que Verdesoto denomina *comunidad intelectual*. Si Agustín Cueva iba esforzarse por lograr una caracterización estructural del continente no podía vendarse los ojos ante los intentos semejantes de sus contemporáneos, que en el contexto de aquellos años se presentaban de manera hegemónica bajo la forma de la teoría de la dependencia. La crítica a esa teoría de alcances continentales no puede sino realizarse a ese mismo nivel.

Radicado casi por completo en la UNAM, Cueva miró desde allí la realidad del continente a lo largo de toda la década de los 70. Sus publicaciones en esa época así lo atestiguan.

Debemos considerar que, inevitablemente, los acontecimientos de toda la década serían el marco general de la reflexión teórica acerca de las condiciones estructurales de existencia de América Latina. Tanto la teoría de la dependencia como la posición de Agustín Cueva tenían esa referencia obligatoria.

---

[31] Nos referimos por supuesto a *Entre la ira y la esperanza* (1967) y a *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972).

El pensamiento académico, que en esa época no se vanagloriaba de ser neutral, no podía en efecto dejar de lado sus objetos de reflexión por la masiva presencia que estos tenían. Señalemos algunos puntos esenciales de la realidad del continente en aquella década.

A nivel *económico*, la crisis del capitalismo mundial se encargó de destruir los sueños de quienes habían confiado en la década anterior en que el desarrollo nacional autónomo era posible:

> a partir de 1967 la economía capitalista mundial entra en una fase de declive (…). Los años setenta no son sino el desarrollo de esta situación, que no dejará de producir efectos específicos en América Latina. (Cueva: 2007, 218)

Así se puso en jaque a las tesis de los teóricos del desarrollo, pues los años 70 mostraron que Latinoamérica, aún en los países más "desarrollados", estaba lejos de lograr la panacea desarrollista: redistribución del ingreso (aparición de clases medias), de la propiedad (reformas agrarias), y del poder (democracia y participación ampliadas).

En el plano *político* el protagonismo que en los años 60 habían tenido los movimientos guerrilleros y las teorías foquistas (Debray en su lectura del Che Guevara, por ejemplo) fue decayendo. En cambio, los países que habían tenido mayor desarrollo capitalista en décadas pasadas, experimentaron el auge de sectores proletarios organizados y conscientes, que pusieron en jaque el orden establecido. Al mismo tiempo se incuba en esos países la respuesta más enérgica y despiadada posible: el fascismo[32]. La nefasta Operación Cóndor estaba en acción.

Para Alejandro Moreano, ello encaja perfectamente con las preocupaciones de Cueva:

> La segunda fase de su pensamiento (a la cual nos referimos, M.P.) expresó el ascenso y la derrota de los grandes movimientos populares de los países del Cono Sur articulados en torno al proletariado, que estuvieron a punto de gestar revoluciones sociales clásicas: el Chile de la Unidad Popular, el Uruguay del Frente Amplio y los Tupamaros, la Argentina de la izquierda peronista y del ERP. (Moreano: 2008, 13)

Por otro lado, la época también fue marcada a nivel mundial por la continuación de la Guerra de Vietnam, la influencia, todavía presente, de la Primavera de Praga y el Mayo francés, así como el estallido de la Guerra del Yom Kippur en 1973 y de la Revolución de los claveles en Portugal un año después.

[32] En discordancia con el manejo sobre todo europeo del término, Agustín Cueva caracteriza a las dictaduras neoliberales del Cono Sur como fascistas. La pertinencia en el uso de este término será discutida más extensamente en el capítulo que sigue.

En esta década la *producción teórica* tenía todavía el fructífero impulso de la década pasada, si bien se marcaron algunos cambios tendenciales. Las ideas desarrollistas, las nociones de *industrialización vía sustitución de importaciones* o de*dualismo estructural*, así como las corrientes cepalinas habían entrado ya en desuso, principalmente por la crisis ya mencionada. La teoría de la dependencia pasó de ser ampliamente aceptada a ser cuestionada, con ideas como las del propio Cueva o las del historiador comunista mexicano Enrique Semo. El marxismo cobró relevancia, toda vez que durante el primer lustro de la década los movimientos de trabajadores "*crearon el horizonte de visibilidad social para (su) emergencia*" (Moreano: 2008, 13)

Pero si el primer lustro ponía de relieve al marxismo, una parte de la historia de las ciencias sociales culminaría en el segundo lustro de los años setenta, justo antes de que la "derechización de Occidente" asolara al continente. Los años 80 significaron el total declive de nuestra producción teórica, que pasó a estar marcada por la dispersión, la casi nula discusión y el esnobismo.

Es en este contexto económico, político y académico que Cueva emprende su tarea por interpretar críticamente el desarrollo del capitalismo en América Latina. A lo que le apostó nuestro autor, es a una lectura de los "clásicos" y a una defensa de los mismos. En la misma línea que inició Mariátegui, Cueva buscó la *latinoamericanización* de las teorías de Marx y Lenin.

b) El marxismo-leninismo de Cueva

Son numerosos los espacios que Agustín Cueva concede a Marx y a Lenin en sus ensayos y libros por medio de citas, referencias implícitas, o constantes parafraseos. Por ello una tarea como la de sistematizar la recepción que tuvieron ellos en la obra del ecuatoriano constituiría por sí misma un trabajo de investigación autónomo.

Tenemos, por fortuna, la posibilidad de concentrarnos en una publicación de Cueva que data de 1987: *La teoría marxista*. Allí se recogen varios ensayos que nos hablan de la relación teórica existente entre nuestro autor y el marxismo.

Este libro, el de mayores pretensiones teóricas, está dividido en dos partes que corresponden a los dos elementos de su subtítulo: *Categorías de base y problemas actuales*. La primera parte se trata, según allí se nos indica, de aclarar y definir algunas de las *categorías de base* que tiene el marxismo en general, como por ejemplo *modo de producción*, *formaciones sociales*, *clases sociales*, *propiedad*, *ideología*, *ciencia* y *enajenación*.

¿Por qué habría que revisar tales categorías de base si son ellas, justamente por ser básicas, las más extendidas y elementales al menos en cierto sentido?

Las razones son más políticas que teóricas o académicas. Ya desde el comienzo de los años 80, y acentuándose al paso de la década, el anticomunismo desatado por el imperialismo norteamericano va haciéndose cada vez más fuerte. Por ello el marxismo va quedando relegado teórica y políticamente, de tal suerte que su defensa se torna necesaria. Eso explica por qué su tratamiento no responde a un interés exclusivamente *académico,*[33]sino a una necesidad *política* determinada por los problemas *históricos* que desafiaban su capacidad para entender la realidad, es decir su vigencia.

Para Agustín Cueva, en la discusión de los conceptos no sólo se juega su pertinencia teórica, sino también una posición ética y política frente a la realidad:

> Hay más bien (..) una gran ambigüedad, que tal vez no sea sino el trasunto de un intento de revisión y eventual impugnación del concepto marxista de *propiedad* y sobre todo de su carácter decisivo para la explicación de las *estructuras sociales clasistas*. (Cueva, 1987: 49)

Esta posición, en una época en que el marxismo estaba siendo "superado" puesto que estábamos asistiendo al "derrumbe de los grandes relatos", le valió a Cueva la identificación, por parte de otros autores, de *marxista ortodoxo*.

Aún más, en los primeros capítulos de la obra a la que hacemos mención, Cueva utiliza citas de Marx y de Lenin para quitarles piso a otros autores y sus proposiciones acerca de las mencionadas categorías de base. Balibar, Mandel, Dahrendorf, Poulantzas, Bettelheim, entre otros son los teóricos con quienes, para usar sus propias expresiones, se enfrasca en batallas descomunales, de las que incluso no es seguro que salga victorioso.

Al respecto podemos decir, que si bien la posición de Cueva es férrea en su relación con los clásicos, llegando por momentos a ser cuestionable, no existe una ortodoxia que le impida reflexionar o le haga ser un simple repetidor de ciertos enunciados marxistas o leninistas. Si de todos modos se le quiere clasificar como un pensador ortodoxo, habría que decir: lo fue, pero en el sentido que Lukács da al marxismo ortodoxo en su *¿Qué es marxismo ortodoxo?*[34].

---

[33] Tal interés no se puede encontrar en la obra de Cueva. De acuerdo con Fernando Tinajero, persona muy cercana a Cueva, el quehacer académico de nuestro autor estuvo desde el inicio bastante marcado por el "ambiente político que se respiraba en aquellos años". Nosotros, a modo de ejemplo, podemos constatar que las universidades entran en su horizonte reflexivo únicamente cuando se trata de señalar el derrotero histórico de nuestras ciencias sociales, así como sus tendencias políticas. Véanse: "*Notas sobre el desarrollo en la sociología ecuatoriana*" (1976), "*El desarrollo de nuestras ciencias sociales en el último periodo*" (1979), y "*Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana*" (1988).

[34] Aparece en Lukács (1969), *Historia y consciencia de clase*.

Sin embargo de lo cual es posible, e incluso necesario, criticar algunos pasajes más bien sombríos en su tarea intelectual.

En primer lugar, para Cueva, la *cientificidad del marxismo* no puede ponerse en duda, lo que implica el reconocimiento de la existencia de "leyes de la historia" y de "verdades científicas":

> El que las ciencias sociales no puedan recurrir a una verificación experimental similar a la de algunas ciencias naturales no impide la construcción de una teoría verdaderamente científica de la sociedad, ya que dicho carácter no deriva de tal o cual forma de verificación, sino de la capacidad de elaborar conceptos idóneos para la captación de las leyes que rigen el movimiento de la historia. (Cueva, 1987: 90)

Estos planteamientos corresponden a la época en la que las ideas de Louis Althusser tuvieron decisiva influencia en la lectura latinoamericana de Marx, por un lado, y en que el "socialismo realmente existente" se jugaba su destino (atinado o no), por otro. A nuestro juicio, se pueden encontrar aquí las mayores flaquezas del pensamiento de Agustín Cueva; flaquezas que deben ser expuestas en sus justos términos: la producción de Cueva se basa en crear tesis de interpretación *aplicando* teorías, no precisamente *formulándolas* o *rebatiéndolas*.

Curiosamente, el mismo Agustín Cueva cuando habla sobre Mariátegui (citando otra fuente), traza una descripción que parece haber sido inspirada en él mismo, pues le calza como anillo al dedo:

> (José Carlos Mariátegui) no me parece un teórico *strictu sensu*, es decir, un pensador cuyo trabajo se dirija fundamentalmente a la revisión y/o reelaboración de categorías y sistemas conceptuales de interpretación de la realidad. En este sentido, suscribo sin reserva las siguientes opiniones de Rubén Jiménez Ricárdez:
>
> "(JCM abordó los problemas teóricos del marxismo) en un número limitado de ensayos. Constituyen, si he visto bien, la parte más débil de la obra de Mariátegui. La de menor aliento crítico. Pero la anima la misma pasión política que al resto de su obra. Habrá que considerar los trabajos que la integran como un tipo de trabajos subsidiarios." (Cueva, 1987: 169)

En segundo lugar, y en conexión con lo anterior, miremos un pasaje donde se proyecta débilmente una sombra de positivismo (sofisticado, pero positivismo al fin):

> El materialismo histórico (…) es una ciencia por derecho propio y está regido, consiguientemente, por las normas del quehacer científico en general. Su sistema de categorías es un sistema teórico que permite reproducir la estructura y el movimiento objetivo de la realidad histórico-social y no sólo reproducir el punto de vista de determinada clase o, lo que es peor todavía, limitarse a ser una mera "teoría crítica". (Cueva, 1987: 99)

En tercer lugar señalamos un desacuerdo que tiene con lo que se ha llamado*la dimensión filosófica del marxismo*. En *El análisis dialéctico: requisito teórico y a la vez político* (1977) nos llama la atención la diferenciación que Cueva hace entre el

"materialismo histórico", y el "materialismo dialéctico", donde se argumenta que el primero "tiene por objeto el conocimiento inmediato de los modos de producción y sus efectos"; mientras el segundo se ocupa de "los procesos de producción de conocimientos" (Cueva, 1979: 61) Distinción artificiosa a nuestro juicio, que muestra atisbos dela influencia del marxismo oficial en Cueva[35].

Hasta aquí en lo tocante a las dificultades producidas por la relación entre nuestro autor y el marxismo. Ahoraseñalemoslos aciertos en la lectura que Cueva hizo de esa corriente teórica, comenzando por el núcleo fundamental de su pensamiento: el concepto *modo de producción* ocupa el lugar central; de él Cueva no se apeará jamás, pues constituye la base de su adhesión teórica al marxismo:

> … el concepto de modo de producción es uno de los más importantes de la sociología marxista puesto que proporciona, por así decirlo, un primer "modelo" teórico sobre la estructuración básica de la sociedad. (Cueva, 1987: 12)

A efectos de simplificar, podemos decir que Cueva sigue a Marx cuando éste ultimo escribe:

> … en la producción social de su existencia, los hombres contraen ciertas relaciones necesarias e independientes de su voluntad, relaciones de producción que corresponden a una determinada fase de desarrollo de sus fuerzas productivas materiales. El conjunto de estas relaciones de producción forma la estructura económica de la sociedad, la base real sobre la que se eleva un edificio (Überbau) jurídico y político y a la que corresponden determinadas formas de conciencia social. El modo de producción de la vida material determina (bedingen) el proceso de la vida social, política y espiritual en general. (Marx, 2001: página web)

En eldesarrollo de sus lecturas acerca de la realidad latinoamericana, Cueva siempre tiene en mente el concepto de *modo de producción*. Aeseconcepto, sin embargo, no se lo encuentra de forma pura, sino que se lo entrelaza dialécticamente con otro, apropiado para explicar la realidad latinoamericana (evitando de esa manera caer en una mirada mecanicista de la realidad, muy arraigada en los partidos comunistas de la región). Dice Cueva:

> Sin embargo, y por su misma condición de concepto ubicado en un nivel muy alto de abstracción, el concepto de modo de producción necesita complementarse con otro, que se sitúe en un nivel de concreción mayor. Este concepto es el de *formación social* (o formación histórico-social o económico-social, como se prefiera), que se refiere a las sociedades históricamente dadas, en las que ya no encontramos un solo modo de producción y en estado "puro", sino, por regla general, una combinación específica de varios modos de producción. (Cueva, 1987: 12)

[35] Por marxismo oficial entendemos la línea de pensamiento que se instauró en la URSS, y que consideraba que existía una línea *correcta* y *verdadera* del marxismo, que por lo demás estaba compuesta por figuras ridículamente dispares como Marx, Engels, Lenin y Stalin. Cueva no asume sin más ni más tal línea; sin embargo es un defensor crítico de la misma, al menos en oportunidades como esta.

Para Cueva, la existencia simultánea de varios modos de producción –es decir de una*heterogeneidad estructural*[36]- no hace más que aumentar la dificultad del análisis. Para enfrentarse a este problema, se determinan las relaciones existentes entre los distintos *modos de producción*:

> …se combinan siempre bajo la hegemonía de alguno de ellos, *el dominante*, que es el que imprime su carácter a la formación social en su conjunto y redefine la situación de los otros modos de producción (*subordinados*), fijándoles límites de funcionamiento y desarrollo. Mas, la índole dialéctica de esta relación hace que el modo o los modos de producción subordinados sobredeterminen, por su parte, el funcionamiento y desarrollo del modo de producción dominante, con el cual se relacionan, por lo tanto, *conflictivamente.* (Cueva, 1987: 12)

Más adelante, cuando revisemos algunas de las tesis de *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, veremos los conceptos de *modo de producción* y de *formación social*aplicados a la interpretación histórica de América Latina.

Allí también veremos una preocupación constante por encontrar en la interpretación histórica la forma en que las *clases*, siempre en disputa, van dando movimiento a la historia. Para la realidad latinoamericana las *clases sociales* constituyen un problema complicado, no solo a nivel teórico, sino también en su desenvolvimiento histórico. Esta dificultad proviene precisamente del hecho de que nuestras *formaciones sociales* incluyen varios *modos de producción* al mismo tiempo. Reflexiona Cueva:

> Ahora bien, basta pensar en el hecho de que en una formación social se articulan varios modos de producción para entender la razón por la cual el número de clases puede aumentar sensiblemente. (Cueva, 1987: 25)

Esto significa también, que en América Latina, como lo percibe acertadamente Cueva, no es posible manejar con rigidez la oposición entre proletariado y burguesía (lo que no quiere decir que no existan sectores burgueses y proletarios, si no que no son los únicos que existen).

Hasta aquí cuanto podemos decir acerca de las *categorías de base*.Con distinta fortuna hemos revisado someramente las categorías*modo de producción*, *formación social*, *clases sociales* y*propiedad*. Así como las relaciones entre el marxismo, la ciencia y la ideología.

La segunda parte del libro, la de los *problemas actuales*, corresponde a discusiones sobre la problemática relación entre los conceptos de *cultura*, *clase* y *nación*; la conversión por parte de teóricos no marxistas de la teoría gramsciana de *hegemonía* en teoría

[36]Este concepto no está desarrollado sino apenas mencionado en la obra de Cueva; es Antonio Cornejo-Polar quien se encarga de desarrollarlo. Por otra parte, Bolívar Echeverría sugiere que el concepto de *formación social* quedaría en un segundo plano si se toma en cuenta la diferencia marxiana entre *subsunción real* y *subsunciónformal* del *trabajo* al *capital*, en la presentación a *La tecnología del capital* (2005).

burguesa; y, por último, una revisión histórica del marxismo latinoamericano, donde se realza la figura de José Carlos Mariátegui.

De entre esos tres temas, nos encargaremos únicamente del último, puesto que los otros dos (el que aborda el tema cultural y el que trata de Gramsci) corresponden al capítulo anterior y al siguiente, respectivamente.

Dejemos por esta vez que sea Cueva mismo quien nos de luces sobre el tema:

> ¿En qué radica entonces la grandeza de JCM? Ante todo, en habernos legado el primer esquema marxista de interpretación de las modalidades específicas de desarrollo del capitalismo en América Latina, en condiciones de dependencia y articulación con otras formas productivas (feudalismo, esclavitud, comunidad primitiva); esquema que muchos de nosotros, discípulos suyos, seguimos considerando válido. Al hacerlo, JCM ligó por vez primera el discurso marxista a nuestra realidad, evitando que aquel discurso flotara como una substancia etérea incapaz de incorporarse al referente empírico que pretende explicar. ¿Nacionalización del marxismo? Si se quiere, sí. (Cueva, 1987: 169)

Hemos revisado hasta aquí el marxismo presente en la obra de Cueva, particularmente en el libro *La teoría marxista*. Lo que queda ahora es pasar a revisar, *grosso modo*, la influencia de Leninen Agustín Cueva. Ya el título de la obra más divulgada de Cuevanos recuerda intencional e inmediatamente el título de una de las obras más conocidas e importantes del ruso: *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. De hecho varias ideas explicativas provienen de ahí, por ejemplo la descripción de la *vía "junker"* de desarrollo capitalista. Lo que logra Lenin con ese concepto, es mostrar que el capitalismo tiene varias "vías" de desarrollo; Marx habría mostrado una de ellas, la que correspondió a su momento histórico. Lenin mostraba, con su análisis concreto de la realidad concreta rusa, otra vía: imposición del capitalismo "desde arriba" y no "desde abajo", autoritaria y no democráticamente. Resulta superfluo insistir aquí acerca de la pertinencia que tal "vía" de desarrollo capitalista tiene en la propuesta de Cueva en el contexto histórico latinoamericano.

Destaquemos ahora*El imperialismo, fase superior del capitalismo*, obra que también tiene una gran resonancia en la lectura de Cueva del capitalismo en América Latina.De allí proviene un concepto que es fundamental para apuntalar las tesis que Cueva sostiene acerca del desarrollo del capitalismo latinoamericano: el de *imperialismo*.

Al respecto, dice Lenin:

> Si fuera necesario dar la más breve definición posible del imperialismo, deberíamos decir que el imperialismo es la etapa monopolista del capitalismo. (…) el reparto del mundo es la transición de una política colonial, que se extendió sin obstáculos a los territorios de los que no se había apoderado ninguna potencia capitalista, a una política colonial de dominación monopolista del mundo, ya enteramente repartido. (Lenin, 1973: 109)

La importancia de este concepto es señalada por tres razones principales. Primero, a decir de Cueva, es durante la fase imperialista que el capitalismo llega a convertirse en el modo de producción hegemónico en América Latina. Segundo, el imperialismo provoca una transformación en las relaciones coloniales; eso es lo que Lenin llama "reparto del mundo" en la cita anterior. Y tercero, porque el análisis de la realidad latinoamericana en el siglo XX no puede dejar de lado el análisis del imperialismo concreto que determinó en parte su realidad económica, política e ideológica, es decir del imperialismo estadunidense.

Hemos mostrado lo que podríamos llamar el marco teórico básico del pensamiento de Agustín Cueva. Miremos ahora como, a partir de este, se realizó una crítica a la teoría de la dependencia.

c) Crítica a la teoría de la dependencia

A propósito de las discusiones de la teoría de la dependencia existen numerosísimos trabajos en todo el continente, e incluso fuera de nuestro continente se han interesado por el origen y la evolución de esta teoría.[37] Los mismos participantes de las discusiones las han resumido o comentado años después, como es el caso de Theotonio dos Santos en su *Teoría de la dependencia, un balance histórico y teórico*.

Después de los años más duros de neoliberalismo[38], la polémica general en torno a la teoría de la dependencia revivió en alguna forma, principalmente por la relación que guarda con teorías hoy en boga como la del *sistema-mundo capitalista,* del norteamericano Immanuel Wallerstein.Otro ejemplo es el del mexicano José Gandarilla y su *América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista*, donde más allá de lasimprecisiones[39], se intenta rescatar los postulados principales de aquella época de discusiones a propósito de América Latina.

Nuestro propósito es mostrar únicamente una porción del debate, aquella que concierne a la impugnación marxista de la teoría de la dependencia a cargo de Cueva.

[37] Véanse, por ejemplo, Hettne, *Development Theory and the Three Worlds*, 1990; Hunt, *Economic Theories of Development*, 1989; Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, 1989; Larrain, *Theories of Development*, 1989; y, Lehman, *Democracy and Development in Latin America,* 1990.

[38] Pese al reforzamiento de la dependencia y el dominio imperialista, o más bien por ello mismo, las discusiones y teorizaciones alrededor de esos mismos temas se perdió casi por completo.

[39] Ver (Gandarilla, 2006: 51) y comparar con (Cueva, 1989: 69), acerca de la "mayoría de edad" de las ciencias sociales latinoamericanas.

Existen sin embargo varios documentos y trabajos que siguen el debate detalladamente[40]; y no, como aquí, desde la perspectiva de un autor nada más.

La polémica en realidad ocupó varios años antes de disolverse en 1979. Podemos considerar como aportes a la misma dos textos que datan de 1978, *Teoría de la dependencia: una anticrítica* (Bambirra) e *Imperialismo y dependencia* (Dos Santos); así como los ensayos de Cueva contenidos en el libro*Teoría social y procesos políticos en América Latina*(1979): *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia* (1974), *El uso del concepto modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos* (1974), y, *¿Vigencia de la "anticrítica" o necesidad de autocrítica? (Respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra)* (1979). Como es de suponer, nos basamos en estos tres últimos a continuación.

¿Cuál es el objetivo de la crítica a la teoría de la dependencia? En palabras de Cueva, no se trata de "repartir premios y castigos ni hacer historia; sino solo señalar, con la mayor franqueza y precisión, algunos puntos de discrepancia con respecto a la corriente sociológica más vigorosa y difundida en la última década[41]". (Cueva, 2007: 94)

Antes de señalar esos puntos de discrepancia, Agustín Cueva destaca la forma en que surgió históricamente la teoría de la dependencia:

> Por una parte, surge como una violenta impugnación de la sociología burguesa y sus interpretaciones del proceso histórico latinoamericano, oponiéndose a teorías como la del dualismo estructural, la del funcionalismo en todas sus variantes y, por supuesto, a las corrientes desarrollistas. (…) Por otra parte, emerge en conflicto con lo que a partir de cierto momento dará en llamarse el marxismo «tradicional». (Cueva, 2007: 85)

En la búsqueda de una teoría que se aparte tanto del desarrollismo cuanto del marxismo tradicional (léase de los PCs) algunos autorescomo Gunder Frank y Dos Santos siguieron el camino que ellos mismos denominaron "neo-marxista" para la interpretación de la realidad latinoamericana. Para Cueva, aparece aquí la primera paradoja, toda vez que, para él, lo que en realidad ocurre es un intento por parte de estos dependentistas de "constituirse como un «neomarxismo» al margen de Marx." (Cueva, 2007: 87)

Esta acusación confirmaba para los "neo-marxistas" la posición de Cueva como la de un ortodoxo, con las implicaciones que ya señalamos páginas arriba; sin embargo, Cueva no realiza esta acusación en el aire, sin fundamentos. Al contrario, la defensa del

[40] No llevamos aquí una cuenta exhaustiva del debate con todas las menciones cruzadas que existen entre estos autores. En primer lugar porque sería una tarea demasiado extensa como para incluirla en este trabajo. Y en segundo lugar porque al respecto existe ya cierta bibliografía a partir de la cual se puede trabajar. Citamos a modo de ejemplo el trabajo de Daniel Camacho *Debates sobre la teoría de la dependencia y la sociología latinoamericana*, y el ya mencionado de la argentina Fernanda Beigel.

[41] Es decir, al menos desde 1964.

marxismo, y por lo tanto el señalamiento de la ausencia de éste entre los dependentistas, se sostiene en los siguientes argumentos:

> uno no puede dejar de constatar, sin embargo, las claras insuficiencias explicativas del concepto «dependencia», sobre todo cuando se dejan de lado conceptos básicos como: fuerzas productivas, relaciones sociales de producción, clases y lucha de clases; o bien, se los reemplaza por categorías tan ambiguas como: «expansión hacia fuera» «colonias de explotación» o «de población», «grupos tradicionales» y «modernos», «integración social», etcétera. (Cueva, 2007: 95)

Ciertos conceptos como modo de producción o clases sociales que corresponden al núcleo de la teoría marxista están ausentes o subvalorados en la teoría de la dependencia, lo que a criterio de Cueva termina por llevarlos a dos problemas principales.

Primero, no logran superar la sociología burguesa (desarrollista, sobre todo) que se habían propuesto superar. Es más, "antidesarrollista y todo lo que se quiera, la teoría de la dependencia sigue moviéndose, *de hecho,* dentro del campo problemático impuesto por la corriente desarrollista e incluso atrapada en su perspectiva economicista." (Cueva, 2007: 89)

Segundo, tampoco logran renovar el marxismo, pues prácticamente lo disuelven en nuevos y ambiguos conceptos que supuestamente dan cuenta de la originalidad de América Latina. Así tenemos

> la presencia de un esquema en el cual la explotación y por tanto las contradicciones de clases son reemplazadas por un sistema *indeterminado* de contradicciones nacionales y regionales que, justamente por su indeterminación, no deja de plantear serios problemas desde un punto de vista estrictamente marxista. (Cueva, 2007: 88,89)

¿Por qué los dependentistas rehusaron de los conceptos marxistas "clásicos"? Ya lo hemos dicho, porque buscan lograr una teoría que sea específica para nuestra situación particular. Finalmente, a criterio de Cueva, el resultado es que "*la dependencia* se erija en dimensión omnímoda cuando no única de análisis." (Cueva, 2007: 93)

Así por ejemplo, el capitalismo "dependiente" presenta, a diferencia del capitalismo "clásico", una contradicción entre la oligarquía y la burguesía industrial que debe ser abolida. Cueva, responde que: "El desarrollo del capitalismo, clásico o no, convierte a esta fracción de clase (la oligarquía, M.P.) en sector no hegemónico, como está ocurriendo por doquier en América Latina". (Cueva, 2007: 98)

En medio de su originalidad, que entre otras cosas desplaza la importancia de la lucha de clases y su análisis, los dependentistas terminan por olvidar una parte importante de la historia de América Latina, y por eso "es el análisis de clases y su lucha lo que constituye el talón de Aquiles de la teoría de la dependencia". (Cueva, 2007: 97)

¿Quiere todo esto decir que Agustín Cueva desconocía las particularidades del proceso histórico latinoamericano? Por supuesto que no, únicamente se sitúan esas particularidades a un nivel más realista, que no es precisamente el de inventar una nueva teoría sobre el capitalismo dependiente. Dice Cueva:

> (Es) en la articulación específica de varios modos de producción, y de varias fases de un mismo modo, donde reside la *particularidad* del desarrollo histórico latinoamericano; en el que no cabe buscar entonces una excesiva «originalidad». (Cueva, 2007: 100)

Por otro lado, Cueva nunca niega la existencia de la dependencia; lo que niega es que la dependencia sea una particularidad que requiera la creación de una nueva teoría que se acople a la realidad del capitalismo dependiente. Sucede que, el capitalismo dependiente no es algo opuesto al capitalismo clásico, sino una forma del capitalismo en general, que se da en un contexto específico de heterogeneidad de los modos de producción y dominio imperialista. Citemos a Cueva *in extenso*sobre este último punto:

> Tanto la dominación y explotación imperialista, como la articulación particular de modos de producción, que se da en cada una de nuestras formaciones sociales, determinan que incluso las leyes propias del capitalismo se manifiesten en ellas de manera más o menos acentuada o cubiertas de «impurezas» (como en toda formación social por lo demás); pero sin que ello implique diferencias cualitativas capaces de constituir un nuevo objeto teórico, regido por leyes propias; ya que la dependencia no constituye un modo de producción sui géneris (no existe ningún «modo de producción capitalista dependiente», como en cierto momento llegó a decirse) ni tampoco una fase específica de modo de producción alguno (comparable a la fase imperialista del m. p. c., por ejemplo); sino que es la forma de existencia concreta de ciertas sociedades cuya particularidad tiene que ser desde luego estudiada. (Cueva, 2007: 102)

Y si bien lo que Cueva reclama es que "no hay ningún espacio teórico en el que pueda asentarse una «teoría de la dependencia», marxista o no" (Cueva, 2007: 103); esa no es su única crítica a los dependentistas. Reconociendo la existencia de la dependencia, mas no su calidad de "dimensión omnímoda del análisis", Cueva dice que estos planteamientos tienen un

> tratamiento no dialéctico de las relaciones entre lo externo y lo interno; lo que lleva, en muchos casos, a la postulación de esquemas mecánicos en los que no queda otro motor de la historia que la determinación externa. (Cueva, 2007: 103)

En efecto, es cierto que nuestros países (y más concretamente, el desarrollo del capitalismo en ellos) están determinados en parte por la situación de dependencia e imperialismo en que seguimos viviendo, pero no es esa la única dinámica que explica nuestra realidad. Tampoco es correcta la posición contraria, cual sería la de suponer que es únicamente el desarrollo interno de nuestro capitalismo el que determina nuestra vinculación dependiente y en algunos casos colonial con el mercado y el capitalismo mundial. La visión dialéctica de este problema consiste en decir que tanto la dependencia

y el imperialismo determinan nuestro desarrollo capitalista interno, cuanto éste último determina nuestra situación de dependencia e imperialismo. Este abordaje dialéctico del problema nos acerca a conclusiones más realistas y completas.

La importancia de recuperar el marxismo para el análisis está precisamente en que se puede tener conciencia de que la relación dialéctica que acabamos de señalar, únicamente adquiere movimiento cuando se toma en cuenta la lucha de clases. Pues el desarrollo de nuestro capitalismo no sólo está determinado por nuestras relaciones comerciales y nuestro *status*político en el panorama mundial(como el desarrollismo y la teoría de la dependencia creen) sino también por la forma conflictiva que asumen las relaciones sociales de producción**al interior** de las fronteras económicas nacionales.

Con sarcasmo se refiere Cueva a los dependentistas cuando dice que para ellos el motor de la historia es la vinculación externa y no la lucha de clases. La crítica finaliza señalando que en esas condiciones:

> todo se torna en cambio coherente: el predominio omnímodo de la categoría *dependencia* sobre la categoría *explotación*, de la *«nación»* sobre la *clase*, y el mismo éxito fulgurante de la teoría de la dependencia en todos los sectores medios intelectuales. Incluso la ilusión de que con ello se habían superado las «estrecheces» y «limitaciones» del marxismo clásico: ¿y cómo no iba a ser posible esta «superación» teórica, sin en la misma práctica política las vanguardias de extracción intelectual creían poder reemplazar al proletariado con sus tareas revolucionarias?
>
> Si está hipótesis –seamos cautos- es cierta, el mismo movimiento crepuscular de la teoría de la dependencia hacia fines de la década de los 60 podría explicarse por razones que irían más allá del simple desarrollo de las contradicciones de tal teoría. Tal vez no sean extraños a este itinerario acontecimientos como el «cordobazo» argentino, la presencia de la clase obrera boliviana en el primer plano de la escena política de su país entre 1970 y 1971 o el ascenso de la Unidad Popular al gobierno en ese mismo momento; es decir, el repunte de las luchas proletarias en vastas zonas del continente. (Cueva, 2007: 115)

Conviene aclarar, eso sí, que no todos los teóricos de la dependencia entran para Cueva en un mismo saco. Se distingue a Ruy Mauro Marini como el más serio de los teóricos de la dependencia, mientras no deja de hacerse notar que Cardoso y Faletto son el extremo burgués del espectro dependentista. Sobre Gunder Frank, autor que se considera a sí mismo neo-marxista (junto a Marini y Dos Santos) caen casi todos los reclamos, sobre todo teniendo en cuenta que para Cueva, es él quien mayor tergiversación introduce en el marxismo[42].

En conclusión, para Cueva: "La dependencia obviamente no ha muerto, ni nadie ha tratado en momento alguno de negar su existencia, ya que es una de las dimensiones más

[42] El desarrollo posterior del pensamiento de Gunder Frank no entra aquí en discusión. Empero, no está demás señalar, que el mismo Gunder Frank declaró algún tiempo después que sus proposiciones teóricas estaban erradas.

expresivas de nuestra realidad." (Cueva, 2007: 115,116) Debe prestarse atención a este hecho, puesvarias veces se ha señalado a Cueva como un impugnador no solo de la teoría de la dependencia, sino de la dependencia misma.

El mismo Theotonio dos Santos llegó a decir que:

> Agustín Cueva (…) dio inicio a una nueva crítica a la Teoría de la Dependencia acusando a sus autores de sobrestimar los factores externos en relación a los factores internos y de abandonar el análisis de las clases sociales

Lo cual es una apreciación justa de lo que Cueva había dicho, de no ser porque se prosigue de forma imprecisa:

> Posteriormente él aceptaría el hecho de que estaba equivocado en sus críticas y pasó a destacar las conquistas de la Teoría de la Dependencia ante los ataques que ésta recibió del pensamiento conservador latinoamericano y europeo. (dos Santos,1998: 18)

En realidad lo que Cueva dijo fue que

> (...) se observa una amnesia recurrente con respecto al análisis de la dependencia, curiosamente en el momento en que ésta se acentúa; (…). No en vano el terreno fue previamente abonado por las repetidas críticas al "reduccionismo clasista", al "dependentismo" (con respecto al cual muchos de nosotros desempeñamos, ciertamente, el papel de aprendices de brujo).

Y aclara, por último:

> nunca pensamos que nuestras críticas de mediados de los años 70 a la teoría de la dependencia, que pretendían ser de izquierda, podrían sumarse involuntariamente al aluvión derechista que después se precipitó sobre aquella teoría. (Cueva, 1988b: 79)

d) Tesis fundamentales sobre el capitalismo latinoamericano

Pasemos ahora a *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, obra que "es, además, la obra de Cueva de mayor éxito (obtuvo el Premio Ensayo Siglo XXI) y la de más difusión (18 ediciones en español, traducciones al holandés, japonés y portugués)". (Moreano, 2007: 17)

A primera vista, esta obra

> ofrece una visión panorámica de la historia latinoamericana desde la Independencia, pretendiendo en todo momento partir de las contradicciones internas de las sociedades latinoamericanas —sin desconocer, por supuesto, el peso del imperialismo sobre las mismas— para explicar su desarrollo, diferencias, mutaciones y crisis. (Moreano, 2007: 17)

Buscaremos a continuación señalar el esquema conceptual que sirve de esqueleto a este libro en siete puntos esenciales:

i) Se analizan históricamente las distintas *formaciones económico-sociales* que aparecen en el continente, desde la Conquista hasta los años 80 del siglo XX.

Según habíamos señalado más arriba, Cueva considera que el concepto central que el marxismo aporta para la comprensión de la realidad es el de *modo de producción*, comprendido como la relación dialéctica entre el *desarrollo de las fuerzas productivas* y las *relaciones sociales de producción*. El desarrollo de las fuerzas productivas es la capacidad material de una sociedad para producir todo aquello que necesita para sobrevivir y, por lo tanto, reproducir su vida como sociedad. Las relaciones sociales de producción son en cambio la forma en que la sociedad dividida en clases se organiza para llevar a cabo el proceso productivo.

Sin embargo, la realidad latinoamericana no permite la aplicación "directa" de ese concepto, puesto que presenta una situación de *heterogeneidad estructural*. Tal situación, como ya lo indicamos, implica la coexistencia conflictiva de varios modos de producción (y por lo tanto de variados niveles de desarrollo de las fuerzas productivas y de relaciones de producción bastante diferenciados entre sí) en un mismo momento histórico.

Por ello, la solución que Cueva aplica es la de estudiar *formaciones sociales* antes que *modos de producción*, pues así no se escapa la *heterogeneidad estructural* latinoamericana. De este modo, el objetivo recurrente en las diferentes secciones del libro consiste en la búsqueda de la situación específica y concreta de las formaciones sociales latinoamericanas, atendiendo siempre a dos criterios:

1) Sabiendo que América Latina, si bien puede estudiarse como una unidad, es un espacio heterogéneo que se distingue en algunos aspectos entre región y región. Reconociendo que la heterogeneidad que a ese nivel presenta el continente no se debe exclusivamente a particularidades culturales, si no a la forma específica que van adquiriendo las distintas formaciones sociales en el continente (por ejemplo, a la mayor o menor presencia de enclaves capitalistas, o a la presencia de plantaciones con sistemas esclavistas de trabajo, o a la presencia de formas serviles de producción).

2) De modo histórico, es decir, atendiendo a las formaciones sociales no como situaciones estáticas, sino como totalidades que sólo tienen sentido en la medida en que están sometidas a una constante transformación. El movimiento histórico de las formaciones sociales está determinado por varias causas al mismo tiempo, como son la pugna entre dos o más modos de producción por la hegemonía al interior de la formación social; el rápido o lento desarrollo de las fuerzas productivas; o debido a la forma en que las clases sociales van participando en la construcción del mundo circundante.

Siendo las formaciones sociales (y su estructuración) la principal preocupación en esta obra, lo que se impone para el entendimiento de la realidad latinoamericana no es el estudio de la forma en que nuestro continente se inserta en el mercado mundial y en la división internacional del trabajo (como sí lo fue para la corriente dependentista), sino el estudio de la manera en que se implantó el modo de producción capitalista, sobre qué condiciones lo hizo, y el curso de su desarrollo desde entonces hasta las últimas décadas del siglo XX. Demás está aclarar que Cueva intenta sopesar los factores *interno* y *externo*,y que busca superar el economicismo característico del desarrollismo y de ciertas ideas dependentistas dándole un lugar apropiado a la lucha de clases en el esquema teórico de los modos de producción. De tal suerte que:

> (se) nos coloca ante la complejidad de un proceso en el que lo interno y lo externo, lo económico y lo político, van urdiendo una trama histórica hecha de múltiples y recíprocas determinaciones, que se expresan y desarrollan a través de una concreta lucha de clases. (Cueva, 2007: 12)

ii) Las primeras formaciones sociales –cronológicamente hablando- se explican por su carácter *precapitalista*, así como por su relación con el fenómeno de *desacumulación originaria*,nuestra *herencia colonial*.

La siguiente pregunta tuvo mucha importancia durante varias décadas en las discusiones continentales: ¿América Latina tiene un carácter feudal o capitalista?

Como puede deducirse de lo que ya hemos anotado, la cuestión no puede zanjarse en términos de cuál es el modo de producción que la región tiene, sino en términos de cómo se articulan los diferentes modos de producción en la situación específica a la que se hace referencia.

A partir de esta corrección en el enfoque, Cueva va a señalar que la región se "conecta" con el sistema capitalista mundial en ciernes desde la Conquista, ya que nuestro continente serviría de fuente para el proceso de *acumulación originaria*, proceso ineludible en la conformación del capitalismo central. Esa "conexión", sin embargo, no implica que nuestro continente sea capitalista desde ese momento, como lo sugirió por ejemplo Gunder Frank. De hecho, las formaciones sociales latinoamericanas están marcadas por la presencia hegemónica de modos de producción precapitalistas (esclavistas o feudales)[43], donde las instituciones capitalistas que efectivamente

[43] "Sólo conviene aclarar que cuando hablamos en términos marxistas del modo de producción esclavista o feudal no estamos manejando tipos ideales construidos con los rasgos más ¨significativos¨ del ¨modelo¨ europeo; lo que queremos decir, sencillamente, es que la estructura económico-social heredada del período colonial se caracterizó por un bajísimo nivel de desarrollo de las fuerzas productivas y por relaciones sociales de producción basadas en la esclavitud y la servidumbre, hecho que constituyó un *handicap,* por decir lo menos, para el desarrollo posterior de nuestras sociedades." (Cueva, 2007: 15)

existieron, como la moneda o un esmirriado intercambio, eran, por decir lo menos, marginales; tan marginales como era la producción comunitaria de pequeños asentamientos indios aislados de la Conquista.

El problema, en realidad, es abordado con un tono que continúa y desarrolla los aportes de Mariátegui en el primero de los *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana* (1928), a saber *Esquema de la evolución económica*.

La Conquista y el surgimiento del capitalismo a nivel mundial configuran una situación donde toda América Latina está dominada por formaciones sociales precapitalistas. Sobre este hecho hay que apuntar además, que está estrechamente relacionado con la idea de *desacumulación originaria*:

> Si con algún movimiento fundamental de la historia ha de relacionarse la colonización de América Latina, es con la acumulación originaria en escala mundial, entendida como un proceso que a la par que implica la acumulación sin precedentes en uno de los polos del sistema, supone necesariamente la desacumulación, también sin precedentes, en el otro extremo. (Cueva, 2007: 13)

Destacamos aquí la idea de que el desarrollo del capitalismo en nuestro continente no pudo darse "libremente", como si no hubiesen existido trabas tan notables como el proceso de *desacumulación originaria*. Según Cueva,

> no porque América Latina no hubiera «contribuido» desde antaño a la acumulación originaria en Europa, sino justamente por esto: porque su situación colonial le impidió realizar *internamente* dicho proceso. (Cueva, 1979: 96)

Todo este proceso tendrá una importancia específica en la configuración posterior de nuestras formaciones sociales, y fue caracterizado por Cueva como *herencia colonial*.

En efecto, la *herencia colonial* es la más grande traba para el desarrollo de nuestro capitalismo. Esto quiere decir, que aunque hayamos estado conectados con el centro desde esos tiempos remotos, nuestras posibilidades de desarrollo estaban, también desde tiempos remotos, condicionadas por esa traba.

Nuestra historia, por lo tanto, tenía ya los elementos que más tarde producirían el llamado subdesarrollo: a nivel interno desacumulación originaria, fuerzas productivas escasamente desarrolladas, explotación brutal del trabajo, relaciones precapitalistas de producción; y a nivel externo succión del excedente producido en el continente a manos de las potencias imperiales. Por ello Cueva califica a esta etapa de nuestra historia como la "antesala del subdesarrollo".

Podría verse en el escaso desarrollo de nuestro capitalismo un hecho más bien favorable, toda vez que las contradicciones de ese modo de producción no estaban

plenamente instaladas en el seno de nuestras formaciones sociales. A despecho de esamirada, Cueva señala que en realidad el padecimiento es doble:

> podría decirse, parafraseando a Marx, que (nuestra formación social, M.P.) no sólo padece los males que entraña el desarrollo del modo de producción capitalista, mas también los que supone su falta de desarrollo, y donde "además de las miserias más modernas nos agobia una serie de miserias heredadas". (CUEVA, 2007: 99)

iii) En el contexto de tales formaciones sociales precapitalistas se señala el problemático surgimiento de los *estados nacionales* (la etapa de la Independencia). Se aborda el problema de las luchas sociales.

El fin de la herencia colonial no se encuentra en los procesos de independencia de las naciones latinoamericanas. En muchos casos "la primera fase de nuestra vida independiente, lejos de impulsar la inmediata disolución de esta matriz precapitalista, registró un movimiento en sentido inverso". (Cueva, 2007: 16)

Debe además tomarse en cuenta que una matriz económica como la que estamos describiendo tendrá una influencia decisiva en la conformación de nuestros Estados nacionales. Dice Cueva:

> No es de extrañar entonces que la marcada autonomía de los distintos segmentos económicos, modalidad inevitable de existencia de esa abigarrada matriz precapitalista, se haya traducido por la poca ¨coherencia orgánica¨ de la sociedad en conjunto y de su sobreestructura política en particular. (Cueva, 2007: 33)

En ese contexto la situación

> podría resumirse diciendo que la posibilidad de conformación de estados nacionales verdaderamente unificados y relativamente estables en América Latina varió en función directa de la existencia de una burguesía orgánica de envergadura nacional. (Cueva, 2007: 39)

Ya desde esos tiempos debe notarse también que la incapacidad de las clases sociales para definirse claramente no impedía su organización y su lucha contra determinados tipos de opresión. De hecho, el que las sociedades posindependentistas tomaran un camino reaccionario de reproducción social, manteniendo las matrices precapitalistas intactas, fue ampliamente resistido por los sectores populares.

Ellos se agruparon en la forma de *tendencias progresistas*, las cuales obviamente no pueden ser consideradas revolucionarias y peor aún socialistas. Su papel en cambio estuvo signado por su lucha constante para darle una dirección más democrática e inclusiva a las sociedades en las que vivían.

> Es verdad que a la postre todas estas tendencias progresistas fueron derrotadas y que la sociedad posindependentista se consolidó en la dirección reaccionaria analizada en el capítulo primero de este trabajo. Aun así, no es menos cierto que las masas no dejaron de estar presentes en el escenario de la lucha de clases a lo largo de todo el siglo XIX. (CUEVA, 2007: 51)

En el contexto de enfrentamientos entre las *tendencias progresistas* y los sectores más reaccionarios y conservadores arranca la implantación del modo de producción capitalista para América Latina, con los matices que requiere el análisis de cada situación en particular. Concluye además un primer periodo de la historia latinoamericana, que arrancó en 1492 y termina a propósito de la instauración de la etapa imperialista del capitalismo mundial en el último tercio del siglo XIX, y que se caracterizó por la presencia hegemónica de formaciones sociales precapitalistas.

iv) Se explica el aparecimiento y la consolidación de *formaciones sociales capitalistas* en América Latina, gracias a un proceso de *acumulación originaria* a nivel continental, y a la *fase imperialista* del capitalismo a nivel mundial.

Para empezar, el capitalismo latinoamericano necesitaba de una acumulación originaria, que obviamente no podía ocurrir de mismo modo que había ocurrido siglos antes en Europa, entre otras cosas porque nuestro continente no tenía colonias de las cuales extraer y acumular el excedente económico. Por eso Cueva dice que

> mientras en Europa el proceso se complementó y amplió con el excedente económico extraído de las áreas coloniales, que como ya vimos fluía a las metrópolis para convertirse allí en capital, en América Latina la acumulación originaria sólo podía realizarse sobre una base interna y, lo que es más grave, afectada desde el principio por la succión constante que esas metrópolis no dejaron de practicar por la vía del intercambio desigual, la exportación de superganancias e incluso el pillaje puro y simple en los países neocoloniales. (Cueva, 2007: 67)

El fenómeno de la acumulación originaria requiere (y va creando) la existencia de un régimen de propiedad privada y de mano de obra "libre". Ese proceso va tomando distinto cariz dependiendo del sitio donde se produce. Así por ejemplo, en algunos países este proceso debía disolver las matrices esclavistas[44] y serviles[45] para permitir la existencia de fuerza de trabajo "liberada"; en otros que no tenían ni esclavos ni siervos, se facilitó la acumulación de tierras[46]. Evidentemente que estos procesos son diacrónicos, en unos casos relativamente acelerados, mientras en otros muy lentos: en el caso del área andina la acumulación originaria "sólo alcanza su "frontera" definitiva mediante la expropiación brutal de los territorios indígenas." (Cueva, 2007: 75)

Conviene señalar que en el proceso de acumulación originaria de América Latina, a diferencia del europeo "no se trataba de ¨fabricar fabricantes¨ y acelerar de ese modo el desarrollo industrial, sino de constituir una economía primario-exportadora ¨complementaria¨ del capitalismo industrial de las metrópolis". (Cueva, 2007: 68)

[44] El nordeste brasileño y el Caribe son buenos ejemplos.
[45] Aquí, en cambio, podemos resaltar al área andina y México.
[46] Argentina, Uruguay, Chile y el sur de Brasil.

Es decir, parafraseando a Lenin, no se instauró el capitalismo "desde abajo", democráticamente; sino "desde arriba" autoritariamente. Esto, como veremos a continuación, señalará indudablemente el carácter de nuestro naciente desarrollo capitalista.

v) Se señala el carácter *oligárquico* y *dependiente* del desarrollo capitalista latinoamericano. Consecuentemente se señala el carácter igualmente oligárquico de los estados nacionales.

El desarrollo del capitalismo en América Latina, como en cualquier otra parte, no puede ser una tendencia homogénea sin enfrentamientos ni sin contradicciones. Las formaciones sociales latinoamericanas vivieron el inicio del capitalismo en medio de la contradicción entre las tendencias progresistas y las tendencias reaccionarias, representadas por los sectores oligárquicos. El resultado fue que

> América Latina entera (se orientó, M.P.) por la vía reaccionaria - ¨oligárquica¨ - de desarrollo del capitalismo, que perfectamente ensamblada con la fase imperialista en que había entrado el sistema mundial definirá un nuevo período de nuestra historia. (CUEVA, 2007: 59)

En adelante, la preocupación fundamental de *El desarrollo del capitalismo en América Latina* será la de señalar las características que tuvo esa vía de desarrollo capitalista (que como habíamos señalado más arriba, corresponde en cierta medida con la *vía junker* descrita por Lenin para el desarrollo del capitalismo en Rusia).

Dos hechos marcan con claridad la particularidad capitalismo latinoamericano:

> el de que el capitalismo no se implante aquí mediante una revolución democrático-burguesa que destruya de manera radical los cimientos del antiguo orden, y el de que nazca y se desarrolle subordinado a la fase imperialista del capitalismo. (CUEVA, 2007: 79)

El hecho de que el capitalismo no se desarrollase por la vía democrático-burguesa hizo más difícil la creación de un amplio campo industrial, sino que permitió que ciertas modalidades precapitalistas se adapten con facilidad al nuevo sistema en lugar de desaparecer. A decir de Cueva,

> parece claro que en el desarrollo de nuestro capitalismo agrario existe una especie de unidad en la diversidad dada por el hecho de que este desarrollo ocurre –salvo en contados puntos de excepción- de acuerdo con una modalidad que lejos de abolir el latifundio tradicional lo conserva como eje de toda la evolución. (CUEVA, 2007: 80)

Y luego agrega,

> el mantenimiento y hasta la recreación de formas semiesclavistas o semiserviles a lo largo del proceso es un hecho muy real que por sí solo está definiendo una modalidad específica de desarrollo. (CUEVA, 2007: 81)

Esa modalidad específica es justamente la que se denomina *oligárquica*, y está sostenida por el agro y la minería como polos del desarrollo capitalista (de corte primario-exportador).

Como resulta obvio suponer, el desarrollo del capitalismo por la vía reaccionaria tiene serias consecuencias:

> La vía ¨oligárquica¨ seguida por nuestro capitalismo no conduce desde luego a un estancamiento total de las fuerzas productivas, pero sí es una de las causas principales de su desarrollo lento y lleno de tortuosidades, mayor en extensión que en profundidad. (Cueva, 2007: 83)

> En este sentido parecen claras las limitaciones impuestas por la vía reaccionaria del desarrollo, que en muchos casos se basa no solamente en el alargamiento de la jornada de trabajo sino también en la depauperización absoluta del productor directo. (Cueva, 2007: 88)

Por otro lado, la forma en que nuestro capitalismo se insertó en el comercio mundial, determinado en gran medida por las inversiones del capital monopólico extranjero, daba prioridad a la exportación y no a la creación de un mercado interno:

> En efecto, el modelo de desarrollo volcado hacia el exterior que sigue el capitalismo latinoamericano en su conjunto supone una estructura interna de gran desequilibrio entre las diferentes ramas de la producción, con una hipertrofia de las actividades primario-exportadoras y una correlativa atrofia de las actividades destinadas al consumo interno. (CUEVA, 2007: 93)

Tal desarrollo del capitalismo por la vía oligárquica-reaccionaria explica las características que fueron asumiendo los estados nacionales. Se puede constatar, en efecto que "se impone a este respecto (una) estricta correspondencia entre el carácter no democrático de dicho proceso (de desarrollo capitalista, M.P.) y el carácter, también no democrático, que asume el estado en este período. (Cueva, 2007: 127)

Para esta época, el estado se torna autoritario pues se trata de garantizar mediante la coacción extraeconómica la reproducción económica del sistema,

> a través de un movimiento que por un lado se encarga de supeditar a los elementos de poder precapitalistas, por la fuerza cuando es menester, y por otro lado de aniquilar, *manu militari* casi siempre, a los elementos democrático-burgueses que levantan una alternativa progresista de desarrollo capitalista. (Cueva, 2007: 130)

Sin embargo, los grandes afectados por esta penosa situación oligárquica, lucharán constantemente por la transformación de esa formación social. En este punto, los intereses de los verdaderamente oprimidos (sectores populares, campesinos, formaciones obreras) se mezclan con los anhelos democráticos de sectores progresistas de incipientes clases medias.

vi) La lucha de clases y las condiciones económicas explican la transformaciones de las sociedades oligárquicas por medio de un proceso de industrialización.

Alrededor de las dos grandes guerras mundiales a las que condujo el imperialismo, se sitúa un nuevo punto de quiebre en la historia latinoamericana. Un tercer periodo comienza, caracterizado por la desintegración parcial de la vía oligárquica dependiente de desarrollo capitalista. Este tercer periodo se extiende hasta fines de los años 70 y toda la década de los 80, cuando reaparece en escena la vía oligárquica con un nuevo discurso, el del neoliberalismo.

A nivel económico, este periodo está caracterizado por la búsqueda de un desarrollo nacional autónomo que corte los nexos de dependencia con los países centrales y la estructura imperialista. Esa búsqueda estuvo caracterizada por los esfuerzos de industrialización, sobre los cuales hay que hacer al menos dos puntualizaciones:

No fueron todos los países que lograron una base sólida de industria, fueron más bien los países más grandes de la región y aquellos donde las matrices precapitalistas no hallaron mayor traba para su disolución en el periodo anterior de desarrollo oligárquico. Sociedades como la andina, donde los elementos provenientes de la herencia colonial siguen en pie, comenzaron tarde y mezquinamente sus procesos de industrialización.

La industrialización no llegó en ningún caso a ser radical. Sobre todo porque nunca se completó un proceso que derive en la presencia de una industria productora de bienes de capital consolidada. Las razones para esta deficiencia, claro está, no son la mala fe o falta de conocimiento de los gobernantes, sino condicionamientos estructurales de la economía latinoamericana en el contexto de la economía mundial: "El desarrollo de la industria local está supeditado, por ende, a las posibilidades de acumulación de capital-dinero por la vía de las exportaciones" (Cueva, 2007: 166)

A nivel político, este periodo quedó definido por la forma en que la base social se articuló, teniendo en cuenta que

> la compleja constelación de clases y contradicciones propias de la sociedad oligárquica explica, pues, las diferentes modalidades de transición hacia una sociedad cada vez más depuradamente burguesa, en la que el carácter dependiente por supuesto no desaparece, por más que se redefinan las formas de vinculación con el imperialismo. (Cueva, 2007: 163)

La "sociedad cada vez más depuradamente burguesa" a la que alude nuestro autor se tradujo en experiencias democráticas, e incluso en anuncios de "pronto arribo al Primer Mundo" que se efectuaron en medio de la embriaguez industrial.

Cabe anotar que en este proceso

> El papel de las capas medias en el proceso de desmoronamiento de la sociedad oligárquica no es pues de menospreciar, pese a todas sus limitaciones y contradicciones. (Cueva, 2007: 161)

De todos modos, pese al relativo fracaso de un intento de desarrollo del capitalismo por una vía menos reaccionaria y de carácter más democrático-burgués, algunos cambios operados en las sociedades latinoamericanas en esos años fueron importantes. Bástenos citar el ejemplo del desarrollo de las ciencias sociales en ese periodo, así como el crecimiento de la experiencia en las luchas sociales de los sectores proletarios.

vii) Por último, se señalan las causas de la crisis de las formaciones sociales industrializadas, y el consecuente reavivamiento del carácter oligárquico del capitalismo latinoamericano.

En los últimos capítulos de *El desarrollo el capitalismo en América Latina*, Cueva señala las limitaciones de la época "industrial" del continente. El derrumbe del lapso democrático-burgués fue violento: se implantó un modelo económico ultra-derechista por medio de dictaduras fascistas en el sur del continente, con ecos más o menos fuertes en toda América Latina. La lucha proletaria y de los sectores progresistas latinoamericanos fueron criminalizados, los desaparecidos aumentaron a cifras macabras. Todo esto antecedió la derechización del mundo entero.

En fin,

> El añorado desarrollo nacional autónomo no fue, en efecto, más que una quimera. La economía latinoamericana no logró desarrollar un mecanismo autónomo de acumulación, puesto que ésta siguió dependiendo en última instancia de la dinámica del sector primario exportador y de sus avatares en el mercado internacional. (CUEVA, 2007: 193)

Lamentablemente, América Latina despertó de su sueño desarrollista de una manera escandalosa. El retroceso ideológico, la reactivación de formas oligárquicas que se creían superadas, la implacable represión a sectores radicales y progresistas por igual: todo esto sacudió a nuestro continente desde los primeros años de la década de los 70 hasta los 80, con intensidad, y en menores dosis hasta fines de los 90. Una crisis generalizada de todo el sistema capitalista estaba detrás de todo este proceso; crisis en general marcada por la intensidad y por sus efectos políticos devastadores, particularmente virulentos en los países periféricos y dependientes.

CapítuloIII: Lucha de clases, populismo y democracia

Así y todo, resulta claro que el destino de América Latina no se juega fuera de ella. Sino que depende en última instancia de la capacidad organizativa y en general política de su movimiento popular.

Agustín Cueva

Yo, por el contrario, demuestro cómo la lucha de clases creó en Francia las circunstancias y las condiciones que permitieron a un personaje mediocre y grotesco representar el papel de héroe.

Karl Marx
Prólogo a la 2da. edición de El 18 Brumario de Luis Bonaparte

En una región como la nuestra, asolada permanentemente por las más oprobiosas dictaduras, casi parece superfluo insistir en que las reivindicaciones democráticas constituyen una de las más altas banderas de combate. Pero una cosa es reconocer este hecho y bregar porque se abran espacios democráticos cada vez más amplios para que a través de ellos se expresen las aspiraciones más profundas de las masas y su lucha avance; y otra, muy distinta, hacerse ilusiones sobre el contenido de la democracia burguesa y hasta convertir a ésta en meta final de la humanidad.

Agustín Cueva

Este capítulo corresponde a la dimensión política del pensamiento de Agustín Cueva. Autónoma en cuanto a los temas y a las tesis que allí se discuten, esta dimensión está sin embargo conectada desde su base con las otras dos que hemos señalado como constitutivas del pensamiento de Cueva, es decir la de la economía política y la cultural. No sólo comparte con ellas su aliento crítico y su intención transformadora, sino que está fundada en las mismas premisas teóricas y metodológicas; de ahí que debamos considerar la obra de Cueva como una totalidad diferenciada en su interior.

Si la obra cultural de Cueva está mayormente enfocada al Ecuador y la obra económica a Latinoamérica, la obra política tiene ambos horizontes reflexivos: en un primer momento, hasta 1975, fue el Ecuador y su historia el tema de análisis; en adelante, motivado por sus vivencias en varios países de la región así como por ciertos fenómenos como las dictaduras militares, las investigaciones se ampliaron a otros países del continente.

En la búsqueda por explicar de modo satisfactorio esta dimensión de la obra de Cueva hemos recurrido a la clasificación de los temas centrales que, a nuestro criterio, se pueden encontrar allí:

a) El *análisis de la lucha de clases* como herramienta fundamental de análisis político, inscrito en la tradición marxista como pretendemos demostrar. Teniendo este punto de partida se desarrollan las temáticas b) y d).
b) La*crítica del populismo* a partir de una interpretación del fenómeno velasquista en el Ecuador, análisis que suscitó uno de los debates más conocidos de las ciencias sociales ecuatorianas.
c) Una reconstrucción histórica de lo que significó la *"derechización de occidente"* y que incluyó fenómenos como los que se miran en d).
d) Una serie de reflexiones acerca de la *democracia*, el *fascismo*[47] y la imposición de un*neoconservadurismo*político, ideológico y académico de *fin de siècle* a nivel mundial con sus impactos regionales.

Antes de comenzar con estos puntos, no queremos dejar de advertir que nos encontramos ante alguien que no puede ser considerado únicamente como un político teórico, sino también como un político práctico. Agustín Cueva fue un militante partidista y activista político hasta el final de sus días, coincidiendo su vida con el clima de efervescencia política presente en el continente durante los años sesenta y setenta. Es más, los cristales políticos con que Cueva miró la realidad nunca estuvieron ausentes: ni en sus escritos, ni en los debates que sostuvo e incluso en el lenguaje que escogió para sus

[47] La pertinencia del término se verá más adelante.

distintas formas de expresión. No hay que perder de vista este detalle si se quiere tomar en serio a Cueva.

a) Análisis de la lucha de clases

El filósofo alemán Karl Korsch dijo en algún momento que el marxismo, si no es político, no es marxismo. En efecto, tanto la práctica como la teorización marxistas de la política son ampliamente difundidas y constituyen una tradiciónrica y de características bastante conocidas, si bien harto variadas. Creemos que el tema central de esta tradición es el *análisis histórico de la lucha de clases*.

La consideración *histórica* de los hechos políticos en un sentido marxista, tiene al menos estas cuatroimplicaciones:

Que los hechos políticos son construcciones históricas y por lo tanto no son necesarios ni eternos, sino concreciones de circunstancias específicas, donde no caben explicaciones como las que apuntan al destino o a la naturaleza humana.

Que el punto de vista sobre esos hechos es inmanente, es decir que nuestra mirada sobre los hechos políticos es una mirada inevitablemente afectada, condicionada y determinada por esos mismos hechos.

Que no existen espectadores de tales hechos, pues todos, desde los cientistas sociales hasta los campesinos de los sitios más remotos, son actores. La política incluye a *toda* la sociedad, y no únicamente a quienes la practican conscientemente.

Que señalar los hechos políticos como hechos históricos significa atribuirles movimiento y transformación constantes. El agente activo o motor de este movimiento es el conflicto de las diferentes fuerzas sociales y las clases de las que ellas provienen.

Bajo estas condiciones aparece la inevitable dificultad de mirar acontecimientos políticos de los que uno mismo participa y por los que uno mismo es afectado, comparable a la intención de determinar la dirección y velocidad de una correntada desde su interior.Se tornapor ello inevitable que demos un rodeo. Dice Karel Kosik, representante de la Escuela de Praga:

> La dialéctica trata de la "cosa misma". Pero la "cosa misma" no se manifiesta inmediatamente al hombre. Para captarla se requiere no sólo hacer un esfuerzo, sino también dar un rodeo. (Kosik, 1967: 25)

La "cosa misma" que ahora nos interesa desentrañar dialécticamente es la realidad política. El rodeo que nos corresponde dar consiste en que, partiendo de la realidad concreta, debemos realizar una abstracción que nos permita identificar las diferentes

fuerzas que operan en determinado momento, la forma en que estas operan, y los modos en que se aglutinan. Eso es lo que Gramsci llamó *Análisis de situaciones(Correlaciones de fuerzas)*en uno de los más famosos ensayos de sus *Cuadernos de la cárcel*. Una vez completada la abstracción, es decir, determinadas las *correlaciones de fuerzas*, se finaliza el rodeo y se puede volver a la "cosa misma", transformándola (de acuerdo a una táctica y a una estrategia).

Cuando se analizan las fuerzas sociales en su correlación, debe evitarse desde todo punto de vista el considerar estas fuerzas como hechos independientes de la realidad económica. Es más, el análisis de la lucha de clases llega siempre a mostrar las vinculaciones entre esas fuerzas y la forma que adquieren las relaciones sociales de producción en el marco de determinadas formaciones sociales. Por otro lado, debe evitarse la consideración de las correlaciones de fuerzas como simples reflejos mecánicos de la contradicción económica de las clases.

Gramsci distingue por eso tres tipos de relaciones sociales en una correlación de fuerzas: debe tomarse en cuenta a las relaciones sociales de producción, "a las relaciones de fuerza política y de partido (sistemas hegemónicos en el interior del Estado), y a las relaciones políticas inmediatas (esto es, potencialmente militares)." (Gramsci, 1977: 102)

La primera relación es la que da cuenta del ensamble entre el sustrato económico y la expresión política de las fuerzas sociales, y por eso mismo es la más profunda y menos coyuntural. Se le podría considerar por ello como estructural.

La segunda relación, que incluye términos tan políticos como hegemonía y Estado, es lo que Gramsci considera el movimiento orgánico de la política (a este nivel se encuentran, por ejemplo, los programas de los partidos políticos[48])

La última relación se refiere al ámbito coyuntural, pero teniendo en cuenta que este está regido por las situaciones estructurales y orgánicas. Es la dimensión que debe tenerse en cuenta como previsión[49].

Agustín Cueva comprende que el análisis político, para no caer en extremos voluntaristas ni mecanicistas, debe darse tomando en cuenta los tres niveles que acabamos de señalar. Ellos constituyen distintos momentos del análisis, es decir son únicamente tres niveles distintos en la abstracción, en el rodeo, pues en realidad son parte de un todo: están sucediendo constantemente y simultáneamente.

Una vez conocida la forma que tiene el análisis es momento de pasar a su contenido: las clases sociales. Se trata de definir los límites de las clases sociales (las fuerzas) y luego

[48] Véase al respecto *Previsión y expectativa*; en Gramsci, 1977: 95 y 96.
[49] Ibíd.

de mirar como entran en disputa en determinadas circunstancias (su correlación). La primera tarea tiene como texto paradigmático el *Manifiesto del Partido Comunista*. La segunda, en cambio, encuentra en *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* una expresión bastante acabada estética y teóricamente.

Del *Manifiesto* extraemos su tesis más radical: las clases sociales, así como las formas políticas que estas asumen para la representación de sus intereses y la pugna por el poder del Estado, se definen por su emplazamiento concreto en el modo de producción vigente: en el capitalismo la propiedad privada de los medios de producción es el criterio final de distinción entre las clases[50]. Las clases sociales pueden elaborar un programa político *consciente* de su situación en el sistema productivo con intenciones transformadoras o conservadoras, pero pueden también elaborar programas políticos inadecuados para su situación real en las relaciones sociales de producción dadas, sobre todo cuando se les impone sin mediaciones críticas la ideología del grupo dominante.

De este modo, las clases sociales propias del modo de producción capitalista son básicamente dos, y antagónicas: proletariado y burguesía. Como señalamos, el criterio último de definición para las clases es su relación con la propiedad: el proletariado es propietario de su trabajo o su equivalente salarial; la burguesía es propietaria del capital que ese trabajo genera. La creciente polarización de la sociedad en esas dos clases era una fuerte tendencia del capitalismo decimonónico antes que una ley inexorable de la historia.

El que los estudios políticos en la tradición marxista conciban las clases como los elementos fundamentales del análisis ha motivado, aquí y allá, antaño como ahora, la tendencia sociologista de apuntar contra el*reduccionismo clasista*. Entrar a discutir sobre ese punto es una de las cosas que este trabajo no se propone, por lo que intentaremos zanjar la cuestión brevemente:

En primer lugar, ningún marxista dialéctico (con esto excluimos obviamente a líneas como la stalinista) concibe la sociedad como dos grandes bandos en un duelo a muerte. El propio Marx, en *El 18 Brumario*, va deshilachando las hebras de la sociedad francesa entre 1848 y 1852 mediante el análisis de la lucha de clases, mostrando la heterogeneidad que tienen las propias clases, divididas en las más variadas fracciones. Es decir, por tener en cuenta el nivel más estructural, no dejan de señalarse las tendencias reales a los niveles más orgánicos y coyunturales.

Segundo: cuando Agustín Cueva prefiere usar el concepto de formación económica social al de modo de producción, como se ha mostrado en el capítulo precedente, lo que busca, entre otras cosas, es señalar el carácter complejo de nuestras sociedades, donde

[50]La oposición burguesía / proletariado ha sido hoy declarada como inexistente. Sin embargo, creemos que la oposición fundante de nuestra sociedad, más allá de las expresiones que pueda tomar, es la del capital y el trabajo.

antes que dos grupos homogéneos enfrentados se puede encontrar una variopinta gama de fuerzas sociales, con acciones políticas no menos variadas.

Las clases sociales nos remiten al siguiente punto en el análisis político: el *Estado*. En efecto, acerca del *Estado* se han escrito miles de páginas en la tradición marxista, siendo posible encontrar las definiciones más conocidas de esta tradición en *El Estado y la revolución*, donde Lenin apunta, por cuenta propia y apoyándose además en Marx y Engels, algunas características imprescindibles en la comprensión del Estado[51].

Lo que marca la diferencia entre una consideración marxista y consideraciones no marxistas del Estado es el señalamiento de su carácter *clasista*. La definición de Lenin, apoyada en su lectura de Marx y Engels, dice lo siguiente:

> El Estado es producto y manifestación del *carácter irreconciliable* de las contradicciones de clase. El Estado surge en el sitio, en el momento y en el grado en que las contradicciones de clase *no pueden*, objetivamente, conciliarse. Y viceversa: la existencia del Estado demuestra que las contradicciones de clase son irreconciliables. (Lenin, 1073: 15)

Marx, así como Engels y Lenin, se esforzaron constantemente en demostrar que no es posible que el Estado sea un aparato neutral, que concilia a las clases. Esto más allá de que "por excepción, hay periodos en que las clases en lucha están tan equilibradas, que el Poder del Estado, como mediador aparente, adquiere cierta independencia momentánea respecto a una y otra". (Lenin, 1973: 22)[52]

En síntesis el *Estado* resulta en último término, no sin dificultad, el instrumento de la *dominación burguesa*. Lo que no quiere decir, evidentemente, que la burguesía maneja a su antojo el aparato estatal, sino que este responde finalmente a la conservación de la institucionalidad capitalista (por ejemplo como garante de la propiedad privada). El tema del funcionamiento de los Estados autodenominados socialistas a lo largo del siglo XX, que es sin duda un tema importantísimo de estudio, no corresponde al presente trabajo.

Es esta última acepción con la que Cueva se identifica, pues para él el Estado es justamente eso, un instrumento de dominación. Sin embargo no se asume este concepto de modo simplificado, sino que se lo contextualiza en la realidad latinoamericana o ecuatoriana. Así por ejemplo, como ya se señaló en el capítulo precedente, la conformación de los Estados en Latinoamérica no respondió necesariamente al impulso de burguesías progresistas, ni siquiera liberales (aunque en determinados momentos, como en el gobierno de Galo Plaza, ellas hayan sido sus principales impulsores). Pero de todos modos funciona como marco general de la lucha de clases, imponiendo la dominación de clase, y

[51] Antes y después de este punto nos referimos, obviamente, al Estado moderno.

[52] Las dos últimas citas corresponden al texto de Engels, *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, según es citado por Lenin en la obra aludida.

asegurando, por la fuerza cuando es menester, la imposición de la ideología del grupo dominante.

No cerremos el tema del *Estado* sin antes apuntar que la reflexión sobre el mismo está completamente ligada a las circunstancias históricas que envuelven el tema; así se entiende que las reflexiones de Lenin en *El Estado y la Revolución* o en *Acerca del Estado*, tanto como las de Marx citadas en esos textos, son realizadas al calor de las batallas revolucionarias de 1917 y 1848-71, es decir en momentos en que el Estado en cuanto garante del orden se tambaleaba ante los ojos de estos pensadores, que presenciaron y participaron de la instauración de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de la Comuna de París respectivamente. Para Marx y para Lenin, la palabra Estado va seguida de la palabra Revolución.

Al contrario, Agustín Cueva debe necesariamente bajar el tono frente al *Estado* y su abolición como tarea revolucionaria, dadas las condiciones históricas en que se desarrolló su pensamiento. Él mismo sería cauto al momento de señalar el derrotero político y la actitud que frente al *Estado* debía tomarse:

> …cuando con excitación se me dice que lo que "hay que hacer" en América Latina es la revolución socialista, siempre me pregunto cuál es el alcance exacto de tal aseveración. Si lo que se quiere afirmar es que ese tipo de revolución constituye la única solución para nuestros problemas más básicos y que, por ende, hay que bregar por ella, estoy de acuerdo; pero si lo que se quiere decir es que debemos suprimir las etapas intermedias de lucha y lanzarnos de inmediato a la toma de los respectivos "palacios de invierno", pienso que las actuales condiciones no lo permiten… (Cueva, 1989: 93)

Quedémonos por eso con el *Estado* como institución de la dominación clasista y como marco general de la lucha de clases. La lucha de clases, que como vimos puede determinarse concretamente mediante el análisis de las correlaciones de fuerza, determina la forma que adquiere el Estado, lo mismo que el tipo de Estado dominante encauza de diversas formas la lucha de clases concreta. La dominación, como hemos señalado, no es simple en grado alguno. Ella supone la constante construcción de hegemonías, en el sentido gramsciano del término, y por eso mismo permanentes pugnas a nivel estructural, orgánico y coyuntural.

Así, si la correlación de fuerzas está visiblemente a favor de un grupo o fracción de clase en particular, será difícil que el Estado no esté determinado en su accionar por alguna expresión de ese grupo o fracción que es entonces dominante, o sea que una hegemonía se crea y se sostiene.

Empero, suele presentarse una situación distinta. Ninguna de las clases o fracciones de clase acumula suficiente poder como para imponer su dominación a las demás, lo que genera una situación de equilibrio catastrófico o crisis de hegemonía. Estas situaciones

son tan complejas como impredecibles, y no necesariamente nos ponen ante el dilema *socialismo o barbarie*, pues no siempre se crean posibilidades revolucionarias. Los momentos de equilibrio catastrófico o crisis de hegemonía suelen llegar a su fin cuando se encuentra una *solución*. Por supuesto la *solución* no es ni producto del azar ni intervención divina, sino la puesta en acción de la capacidad estratégica y operativa de alguna fuerza social o su expresión política para poner fin a esta situación de crisis.

En este punto se torna altamente importante que el análisis de la correlación de fuerzas se fije en lo que Gramsci llamó el *elemento burocrático*, y dentro de él, en el *elemento militar*, puesto que la posición que este elemento ocupa sumado a su potencial estratégico y técnico lo convierten en un factor decisivo al momento de producir una solución a la crisis de hegemonía.

Señalemos de una vez que dos de las soluciones más recurrentes para el caso de América Latina, han sido el *populismo* y el *fascismo*[53]. Este es precisamente el punto en que se vinculan los estudios de Cueva sobre estas dos *soluciones*, con sus análisis de la lucha de clases.

Todo lo dicho hasta aquí es necesario tomarlo en cuenta para llevar a cabo el análisis de la lucha de clases en un contexto histórico concreto: analizar la conformación de las clases, mirar sus expresiones políticas y su relación con el *Estado*, definir la correlación de fuerzas y atender a la forma en que pueden presentarse y solucionarse las crisis de hegemonía.

En la práctica, Cueva se ocupó de esta tarea en la primera parte de *El proceso de dominación política en el Ecuador* (1972), llamada *La lucha por el poder en el Ecuador: Análisis histórico, siglo XX*. Este es quizá el texto de sociología política más conocido en el Ecuador, y en él encontramos los elementos que mencionamos como imprescindibles en un análisis marxista de la política:

En primer lugar está su carácter histórico. Ya en el título del libro, y de la primera parte, está expresada la intención de abordar el tema desde la perspectiva de un *proceso*,del *análisis histórico*. A través de los distintos capítulos, podemos observar el desenvolvimiento de tramas históricas que van entrelazándose conflictivamente, en las que aparecen distintos momentos en las correlaciones de fuerzas de los grupos políticos y las clases que ellos expresan.

[53] Tal como veremos más adelante, en el sentido que Cueva le da al término.

En segundo lugar, podemos observar una preocupación por definir desde el inicio los orígenes de las clases y sus fracciones, que serán las fuerzas en disputa o los motores de la historia nacional a lo largo del siglo pasado:

> (…) en la costa, al mismo tiempo que se desarrollaba una **burguesía** integrada por propietarios de plantación, grandes comerciantes y banqueros, y un núcleo **pequeñoburgués** constituido por comerciantes de mediana escala, adquirían también fisonomía propia los grupos campesinos compuestos ya no por siervos como en la Sierra, sino por **asalariados**agrícolas o trabajadores por cuenta propia (…), y aparecieron los primeros grupos **subproletarios**, surgidos en torno a las actividades portuarias de Guayaquil. (…) Herederos privilegiados de la Colonia, los **terratenientes** andinos , seguían conservando su hegemonía política en escala nacional. (Cueva, 1988: 17-18)[54]

Aquí se señala la existencia de las clases en un nivel *estructural* de análisis, en el cual se las define de acuerdo al lugar que ocupan en la matriz económica de la sociedad. En el análisis político, sin embargo, debe tomarse en cuenta también la forma en que estas clases se expresan tanto a nivel *orgánico* y *coyuntural*. Las clases arriba mencionadas, van articulándose en torno a proyectos y tendencias políticas que son finalmente los encargados de operar en el nivel *orgánico* (presentándose a elecciones, expresándose en la institucionalidad política existente, como partidos políticos). Aparecen así, de esas clases, las corrientes liberales, conservadoras y los primeros embriones socialistas.

Esas mismas tendencias, de acuerdo a su capacidad operativa inmediata, por ejemplo a su poder fáctico o a su relación con el electorado, operan a nivel *coyuntural*, generalmente personificando la política; a este nivel, si no se toman en cuenta las condiciones estructurales, la política y la historia política del país aparecen como una cadena de hechos o sucesos sujetos a la voluntad o al carácter veleidoso de sus actores.

El gran acierto de Cueva en su análisis, valga aclararlo ahora, es mirar la pugna política (el proceso de dominación) desde sus más profundas causas, desde su eje conflictivo, que no es otro que la lucha de clases. Sin descuidar por ello los movimientos más bien orgánicos o coyunturales, sino dándoles el lugar explicativo que merecen. Pues en efecto, no es que un hecho coyuntural, pongamos por caso la Revolución Liberal, no sea importante; su importancia radica justamente en ser la expresión, violenta y contundente, de la lucha por la hegemonía que sostenían dos clases: la burguesía que buscaba instaurar el capitalismo, contra los terratenientes, defensores de las tinieblas coloniales.

La identificación de las clases con sus expresiones políticas orgánicas y sus participaciones coyunturales, señala ya el tercer punto en el análisis: la lucha por la hegemonía.

---

[54] Los subrayados son nuestros.

La historia enel Ecuador hatrabajado tradicionalmente con una periodizacióndeterminada porpuntos en que se amenazan o quiebran las hegemonías (la Revolución Liberal, la Revolución Juliana, la Guerra de los Cuatro Días, etc.), o por las etapas de una marcada estabilidad hegemónica (los años de estabilidad política, las dictaduras militares, el retorno a la democracia). La diferencia entre Cueva y los historiadores está dada por la profundidad a la que se realiza el análisis: mientras el primero busca explicar nuestra turbulenta historia política relacionando los tres niveles señalados, ellos suelen llegar, generalmente, al nivel orgánico como máximo. Ello explicaría la cantidad, por decir lo menos, exagerada de "revoluciones" en nuestro país.

Ateniéndonos al texto de Cueva, el único cambio más o menos sustancial en las relaciones hegemónicas entre clases resulta de la Revolución Liberal; de manos terratenientes-conservadoras a manos burguesas-liberales. Evidentemente (aunque no para todos) esta resulta una explicación *grosso modo*, antes que un minucioso y pesado análisis de ciencia política, como el que se puede encontrar sobre el mismo hecho en otro lado.

Por otro lado, la Revolución Juliana es interpretada como una afrenta a la hegemonía burguesa (que para entonces, en un contexto de dependencia, había tomado decididamente la vía oligárquica de desarrollo), planteada por sectores de una clase media que, paradójicamente, había nacido gracias a la Revolución Liberal[55]. Tal afrenta significó únicamente un cambio en la hegemonía hacia adentro, es decir ella no se quebró ni mucho menos; apenas se cambio la correlación de fuerzas a favor de los sectores medios. La Guerra de los Cuatro Días, en cambio, se explica como un intento de reacciónconservadora, poco exitosa,para retomar el poder que se le había arrebatado en 1895.

Al momento de leer (o releer) nuestra historia política, hemos destacado el tratamiento histórico-procesual que Cueva le da al tema, así como la identificación concreta de las clases y sus mutaciones, y el énfasis puesto al mirar cómo se construye la hegemonía. En cuarto lugar nos gustaría destacar la consideración del elemento militar. En efecto, es ese siempre uno de los factores decisivos del análisis: en los distintos entramados que van formando las diversas fuerzas sociales, los militares aparecen sucesivamente como elementos que en el nivel coyuntural de acción política tienen superioridad estratégica (por su organización, su acceso a formas de poder físico, su

[55] "También la revolución liberal, al quebrar el predominio político de los conservadores y el clero e implantar la educación laica, gratuita y teóricamente universal, forjó un contexto favorable para el desarrollo de ciertos grupos medios, que hasta entonces y por sí mismos muy poco habían pesado en la vida nacional." (Cueva, 1988: 19)

posición al interior del Estado pero independiente hasta cierto punto de los gobiernos). Esa superioridad estratégica resulta clave en nuestra historia al menos en cuatro oportunidades:

- Cuando encabeza la toma del poder en 1925 para imponer a la dominación plutócrata el reclamo de las clases medias en un momento en que estas, como lo analiza Cueva (capítulo 3 de la obra en mención), no logran articularse ni organizarse eficientemente.

- Cuando resuelve la crisis de hegemonía posterior a la crisis de los años 30, debido a que su intervención era vista como la del "único grupo organizado en escala nacional y que aún gozaba de cierto prestigio (por la Rev. Juliana)", y además,

> no significaba un peligro real para aquellas clases (las dominantes, M.P.), puesto que no cuestionaba el "derecho" de éstas a controlar los medios de producción, sino que sólo reclamaba para las capas medias la posibilidad de seguir ascendiendo… (Cueva, 1988: 45)

- Cuando, habiendo sustituido su contenido progresista de clase media por el más descarado pro-imperialismo en los rangos más altos, se presentó como la única solución para "contener el avance del comunismo" el año 63, repartiendo miedo con garrote a estudiantes y trabajadores, en medio de la aplicación de la tristemente célebre Alianza para el progreso:

> En realidad, este golpe (el de 1963, M.P.) no fue sino una de las tantas medidas "contrainsurreccionales" acordadas por el Pentágono y los monopolios en defensa de los intereses imperiales. Como la estrategia comprendía, además las medidas específicamente represivas, ciertas acciones de carácter económico y social, se imprimió a la nueva dictadura no sólo una orientación anticomunista sino también una tónica reformista conforme a los planes de la "Alianza para el Progreso". (Cueva, 1988: 76)

- Y finalmente, cuando rescató su veta más *de avanzada* para conducir al país en sus primeros pasos petroleros, aplicando una política *revolucionaria* y *nacionalista*, según las propias expresiones de los dirigentes de la época, como Guillermo Rodríguez Lara (capítulo 11).

Además de los puntos señalados, localizamos en esta primera parte de *El proceso de dominación política* algunas lecturas interesantes que creemos oportuno señalar sintéticamente:

a) la explicación de los cambios que produjo la aparición de un nuevo sujeto político, el subproletariado urbano; y su relación con la aparición del populismo. Sobre este punto, como veremos en el siguiente apartado, Cueva busca *comprender* razones históricas y políticas, antes que probar algo empíricamente.

b) El nacimiento del desarrollismo en nuestro país, debido a "experiencias negativas" que "indujeron a los sectores "modernos" de nuestra burguesía a tomar conciencia de la irracionalidad de su política"; por lo que "Galo Plaza se propuso racionalizar el modelo de dominación burguesa, siendo el iniciador de la política que hoy denominamos *desarrollista*". Cueva reconocería que "su administración representa el mayor logro de la dominación burguesa en el Ecuador[56]." (Cueva, 1988: 67)

c) El señalamiento de la degradación política que llevó a la "nueva derecha" al poder (caso Febres Cordero) en 1984, inaugurando, según Cueva, el primer proceso neoliberal "democrático" en América del Sur. Las causas externas están vinculadas a la "contrarrevolución cultural neoderechista" de la misma época, que será estudiada más adelante. Las causas internas se encuentran:

> …dentro de un proceso que podríamos llamar de *lumpenización* de algunos ámbitos de la vida política del país entre los cuales se cuenta, aunque sin detentar la exclusividad, el del propio populismo.
>
> Pensemos, para tener una idea inicial de la degradación que ha ido produciéndose en el seno del discurso populista, en la insalvable distancia que separa a la retórica "sublime" de un Velasco Ibarra, del lenguaje socarrón, coloridamente soez y agresivo de un Assad Bucaram, a quien por algo se lo llamó, como hemos visto, el "patán de noble corazón". (Cueva, 1988: 115,116)

Y así, de Velasco Ibarra a Bucaram, y de Bucaram a Febres Cordero, se creó una distancia bastante grande, que no puede dejar de expresar la aludida pauperización de la política ecuatoriana a nivel ético y, sobre todo, estético:

> De la escatología velasquista, en el sentido metafísico del término, a la escatología frebrescorderista, en la acepción excrementicia del vocablo, hay pues una distancia tan visible como significativa. Si la primera "comulgaba" con la masa subproletaria a nivel de sus más nobles y hasta poéticas nostalgias semirrurales, la segunda se vincula a ella exacerbando los reflejos más primarios del universo cultural suburbano, al que la oligarquía desearía *marginar* incluso del derecho a aspiraciones más nobles, del derecho a mejores esperanzas. (Cueva, 1988: 117)

□ □ □

A continuación diremos dos o tres cosas sobre *Dialéctica del proceso chileno* (1974),ensayo que puede considerarse como una prueba de la suficiencia que alcanzó Cueva en el análisis al que nos venimos refiriendo. Allí, apuntando siempre a la lucha de clases en el país austral,se recorre el camino irónicamente cruel queparecía conducir a Chile al socialismo,pero que desembocó en una dictadura sanguinaria y tristemente impune.

[56] Hasta entonces.

Comencemos citando un pasaje que, en general, no se puede dejar de lado si se pretende realizar un análisis político marxista serio, en este o cualquier contexto:

> Por demás está decir que jamás se ha dado en país alguno un enfrentamiento "puro", que tenga como únicos y desnudos protagonistas a las dos clases fundamentales de la sociedad capitalista, sino que la contradicción entre estas se abre paso siempre a través de un enmarañado tejido de múltiples contradicciones y sobredeterminaciones con puntos diversos de condensaciones, que el desarrollo del antagonismo principal, expresado necesariamente en acciones concretas, atinadas o no, de las fuerzas políticas a través de las cuales se manifiesta, va justamente organizando y reorganizando, al determinar para cada elemento papeles específicos dentro de cada coyuntura concreta. (Cueva, 1989: 108)

El método que señalamos arriba para el análisis (análisis de coyunturas, correlaciones de fuerzas), es usado aquí de forma explícita. Los hechos coyunturales no se explican por azar, sino por sus razones más determinantes:

> El ascenso de Salvador Allende a la presidencia en 1970 no fue, en modo alguno, el triunfo de la contingencia sobre la necesidad, como tampoco su derrocamiento en 1973 fue la inevitable revancha de la fatalidad sobre el azar. Tanto un hecho como el otro corresponden a **coyunturas** bien definidas, con sus propias **determinaciones** y **correlaciones de fuerzas**.[57] (Cueva, 1989: 97)

Ahora bien, las correlaciones de fuerzas se miden teniendo claramente definido el mapa social de las clases y sus expresiones políticas, como por ejemplo en el siguiente pasaje, donde se "desmenuza" una clase en sus fracciones:

> … es indudable que en el seno de una clase dominante básicamente burguesa y en conjunto ligada al imperialismo, se dibujaban claramente dos fracciones: la representada por el Partido Nacional, que era la más conservadora puesto que tenía como centro de gravedad a los terratenientes tradicionales (oligarquía agraria), a ciertos grupos de rentistas y financistas especuladores y aun segmento de la burguesía monopólica vinculado a las modalidades más antiguas de asociación con el imperialismo; y la representada por el Partido Demócrata Cristiano, cuyo eje era la nueva burguesía industrial, que pugnaba por imponer un modelo más dinámico de desarrollo y redefinir en términos más "modernos" y flexibles" su asociación con el capital imperial. (Cueva, 1989: 100)

Por último, debemos señalar que todo el texto recorre los momentos de más alta tensión que separaron el triunfo de Allende del golpe de Pinochet, deteniéndose a analizar cómo y bajo qué circunstancias se dan distintas fases de un equilibrio catastrófico. El esfuerzo analítico, sumado a una prosa vigorosa y a una rigurosidad que le dan espesor al texto, terminan por hacer de este ensayo, a nuestro criterio, una expresión bastante acabada de análisis político marxista y uno de los textos más recomendables de Agustín Cueva.

[57] El subrayado es nuestro.

b) El populismo

El populismo es quizás el tópico más analizado de la política latinoamericana desde mediados del siglo XX hasta nuestros días, para comprobarlo basta pasar revista por la cantidad incalculable de trabajos que se han dedicado al tema. Las posiciones explicativas fluctúan en un amplio espectro en el que encontramos no solo distintas aproximaciones teóricas y valoraciones sobre el tema, sino incluso, intentos de refutar la existencia del fenómeno, o también de universalizarlo. Este espectro está a la vez condicionado por la amplísima diversidad de casos en la región que pueden ser históricamente considerados, lo que necesariamente introduce matices no siempre fáciles de asimilar en la teoría. Por otro lado, el fenómeno no nació en nuestra región; es más, las primeras teorizaciones al respecto provienen de los casos ruso y estadunidense, hecho que no ha impedido que el populismo adquiera una dimensión propia (y quizás más significativa) en la historia política latinoamericana. Así, en medio de una vasta dispersión de las fundamentaciones teóricas y de la heterogeneidad de los casos que hemos señalado, partimos en busca de las consideraciones más importantes que Agustín Cueva dejó sobre el tema. Revisaremos también, aunque someramente, las críticas que recibiera nuestro autor por parte del sociólogo Rafael Quintero, así como el intercambio en las discusiones posteriores.

La segunda parte de *El proceso de dominación política en el Ecuador* se titula *El velasquismo: un ensayo de interpretación* y es en realidad un trabajo realizado a partir de un ensayo publicado por Cueva en la Revista Indoamérica llamado *Más allá de las palabras: introducción a la mitología velasquista*, trabajo considerado inaugural en el país en el tema de la sociología política.

Evidentemente, como lo anuncia la selección de los títulos, el tema que interesa a Cueva es el velasquismo. ¿Cómo extraemos, entonces, de los estudios sobre el velasquismo consideraciones sobre el populismo? Resulta claro que velasquismo no es equiparable *vis-à-vis* con populismo, pero tampoco es novedad nuestra (al contrario, resulta un descubrimiento del agua tibia) el establecer el velasquismo como una forma política de rasgos eminentemente populistas. El estudio del populismo en el Ecuador encuentra sus evidencias canónicas en la historia de Velasco Ibarra. Por ello creemos que si Cueva aportó en la comprensión del velasquismo, lo hizo también en la del populismo, al menos en el caso nacional.

Como veremos más adelante, una de las críticas de Quintero a Cueva consiste en acusarlo de usar ambiguamente el término *populismo*, así como de dejar completamente indefinido tal concepto, librado a su suerte. Cueva aclara que, en realidad, los propósitos

con que se usó tal expresión eran puramente descriptivos, y por ello no requería una definición específica. Nosotros creemos que, más allá de que el término fuera suficientemente definido o no, ó, que su uso fuera meramente descriptivo o no, es innegable el intento de lectura del fenómeno concreto (velasquismo) al que hace referencia el término (populismo). En suma, consideramos que Agustín Cueva sí hace aportes a la comprensión del populismo, toda vez que busca explicarlo y señalar sus características más notorias.

Revisaremos a continuación:

i) Cuáles son los orígenes del populismo velasquista en el Ecuador, a partir de la lectura histórica que Agustín Cueva realiza;

ii) las características más sobresalientes del fenómeno en su manifestación y en la forma en que se conecta con la política en su nivel electoral;

iii) los puntos clave de la crítica realizada por Quintero; y los términos en que Cueva se desmarcó de tal intento.

i) Orígenes del populismo en el Ecuador

En la primera parte de este tercer capítulo, habíamos señalado que Cueva utiliza el análisis de la lucha de clases como elemento fundamental para la comprensión de los procesos políticos. El origen del velasquismo se explica a partir del mismo esquema teórico, es decir de una mirada a la conformación de las clases sociales y a la disputa por la hegemonía en contextos específicos. En el caso concreto del velasquismo, Cueva tendrá dos factores como los determinantes para el ascenso del caudillo: en primer lugar la crisis de hegemonía que impedía a la burguesía, a los terratenientes o a la alianza clase media-militares tomar el poder en forma definitiva:

> Lo primero que llama la atención de quien investiga el período histórico inmediatamente anterior al aparecimiento del velasquismo, es el que en un lapso de apenas diez años se haya producido el fracaso de tres fórmulas de dominación en el país. (Cueva, 1988: 130)

Y en segundo lugar la aparición de una nueva clase social, el *subproletariado*, cuyo aparecimiento está íntimamente ligado a los procesos de expansión urbana:

> la composición social de las urbes se alteró de tal suerte en esos años que se volvió obsoleta la tradicional política de élites, con los viejos partidos de notables, y fue necesario aceptar una forma política inédita que, sin atentar contra los intereses de la dominación en su conjunto, fuese adecuada al nuevo contexto. Era imprescindible tomar en consideración las reacciones eventuales de las masas, que en adelante ya no intervendrían, como antes, sólo en casos extremos, de insurrección o motín, sino también en las "contiendas" cívicas convencionales. (Cueva, 1988: 132)

Ambos factores responden no mecánica, sino dialécticamente, a la crisis económica de los años 30 a nivel mundial, y particularmente a sus consecuencias mediatas en nuestro país, entonces incipientemente capitalista.

Por un lado, la crisis económica significó una caída abrupta en las exportaciones, lo que golpeó a nuestra economía dependiente sobre todo en la región costa, donde se ubicaban las plantaciones para exportación. La consecuencia más o menos directa de este hecho fue la desocupación de grandes masas de peones agrícolas, quienes buscaron mejores alternativas a su situación al convertirse en migrantes. Su principal destino fue Guayaquil, donde apareció, a decir de Cueva, el sector marginal urbano (hoy conocido como sector urbano-marginal). En síntesis, se trató de una "transferencia de la desocupación al sector urbano" (Cueva, 1988: 133). Los migrantes del campo costeño no fueron, sin embargo, los únicos que incidieron en el crecimiento de la ciudad; fueron acompañados por estibadores, artesanos, vendedores ambulantes y demás *informales* que iban disminuyendo su nivel de vida producto de la misma crisis a la que hacemos referencia. Guayaquil no fue la única ciudad donde ocurrió este proceso, pero sí la que más se transformó por ello. A este fenómeno, Agustín Cueva lo denominará *situación de masas* (Cueva, 1988: 131).

Por otro lado, la crisis económica a nivel mundial repercutió en nuestro país a nivel político, donde tres fórmulas de dominación (la burguesa, la terrateniente y la militar clase mediera) se ensayaron, como ya lo señalamos, con estrepitosos fracasos en poco menos de diez años. El control económico y el control ideológico de la sociedad estaban divorciados. El conflictocentral fue entre dos clases que llevaban largo tiempo en disputa: la burguesía agroexportadora y los terratenientes. La clase media, que ya se había impuesto a estas dos clases en la revolución juliana, apenas estaba saliendo de su fracaso en el poder, por lo que a pesar de que contaba con el *elemento militar*, e.g. las armas, no podía alzarse con el poder.

En medio de ese clima, "desembocamos (…) en una especie de "vacío de poder", que durará largo tiempo y será el terreno abonado para que prospere el velasquismo" (Cueva, 1988: 130). Tal vacío, no podía, ni por muchos buenos deseos que la incipiente izquierda tuviese, desembocar en una situación revolucionaria; entonces (¿como ahora?) los marginados de las urbes no podían considerarse sujetos revolucionarios en el sentido clásico:

> Si se acepta el criterio marxista de que para que prospere una consciencia revolucionaria no basta la "pobreza", sino que es menester la concurrencia de otras condiciones sociales, se impone la conclusión de que era extremadamente difícil que en nuestro subproletariado se desarrollara tal conciencia, a no ser por el "empuje" de otra clase social. (Cueva, 1988: 137)

En fin, podemos considerar con Cueva que la *situación de masas* y el *vacío de poder*terminaron por abrir la puerta para el fenómeno de masas más inquietante de nuestro siglo XX: el velasquismo.

ii) El análisis simbólico del populismo velasquista

Una vez establecida la base sobre la cual era posible el populismo en el Ecuador, deben buscarse en él rasgos que permitan *comprender* (en el sentido weberiano del término) la relación entre la clase subproletaria, su principal soporte social, y su líder, el cinco veces presidente Velasco Ibarra.

Este enfoque resultó, para el Ecuador de la época, novedoso desde todo punto de vista. También podemos decir que, dentro de todo el pensamiento de Cueva, ésta resulta una de las partes cargadas de mayor heterodoxia, pues la influencia de Weber (a quien Cueva estudió en los años de su formación universitaria) es notoria, sin por ello renunciar al marxismo. La estructura misma de su ensayo de interpretación del velasquismo así lo indica: solo después de haber localizado las raíces del fenómeno en un análisis concreto de la situación de las clases sociales y el estado del modo de producción en el Ecuador, se revisan las características simbólicas de la dominación velasquista.

Aunque más adelante lo veremos, conviene anticipar que es este uno de los motivos para que se acuse a Cueva de "cometer" sociología subjetiva. Lamentablemente, a ese "vicio" la única respuesta que se le hizo fue la de "cometer" una sociología simplona y desesperada por la recolección de datos.

Partamos de la siguiente pregunta: ¿por qué si se puede explicar (como acabamos de intentarlo) el nacimiento del velasquismo según las determinaciones económicas y políticas del momento, se buscan en él sus aspectos *simbólicos*? Para Cueva, "ni la crisis económica ni la de hegemonía bastan, por sí solas, para explicar el nacimiento y desarrollo de una solución "populista" como la del velasquismo." (Cueva, 1988: 131) Y es que, en principio,

> el velasquismo no puede aparecer sino como lo que objetivamente es: un elemento de conservación del orden burgués, altamente "funcional" por haber permitido al sistema absorber sus contradicciones más visibles y superar al menor costo sus peores crisis políticas, manteniendo una fachada "democrática", o por lo menos, "civil", con aparente consenso popular. (Cueva, 1988: 138)

Pero aún quedan intocados los elementos de su fulgurante éxito en las contiendas electorales. Porque bien pudo ser otro el "elemento de conservación del orden burgués", pero difícilmente con semejante impacto en las masas y capacidad electoral. Y claro, esto también puede explicarse en función del "movimiento de poderosas y pesadas maquinarias clientelares" como lo señala Amparo Menéndez Carrión (en algo más de 600

páginas); pero lo que no puede hacerse es tapar con un dedo el sol: los contornos simbólicos de la figura mítica del "finadito" Velasco Ibarra, *algo* tuvieron que ver.

Por ello, vamos a sintetizar los aportes centrales de Cueva en éste ámbito:

La "superestructura ideológica" en nuestro país no calzaba cómodamente con la "estructura económica" de su formación-social:

> América latina, y en este caso particular el Ecuador, es una sociedad dependiente, cuya superestructura ideológica se caracteriza, de una parte por su origen "exótico" (en el sentido de que no ha nacido enteramente en la formación histórico-social latinoamericana), y, de otra parte, por la tensión permanente que supone la necesidad de adaptación de esos elementos ideológicos a la realidad particular de América Latina. (Cueva, 1988: 148)

Los procesos de urbanización, con la consecuente proliferación de los sectores urbano-marginales, significaron, al mismo tiempo, una *ruralización* de las ciudades.

> … era normal que (los habitantes de los barrios marginales, M.P.) trasladaran a la urbe sus modelos de comportamiento socio-político (en este sentido, la urbanización del Ecuador ha implicado también un proceso de ruralización), y que tales modelos se conservasen en el nuevo contexto con tanta mayor fuerza cuanto menores eran las posibilidades objetivas de desarrollo doctrinario y organizativo. Además, la propia ubicación socio-económica del subproletariado, cuya experiencia cotidiana apenas sobrepasa el marco de las relaciones esencialmente primarias (vecindad, paisanaje, familia), parece haberse proyectado al terreno político en forma de caudillismo. (Cueva, 1988: 147)

En tal contexto, un programa cargado a nivel discursivo de una *amalgama doctrinaria*y de *sincretismo político*, no es motivo para inquietarse.

> Del catolicismo ha tomado los modelos de percepción y los símbolos, que han devenido, respectivamente, la matriz ideológica y el repertorio semántico fundamental de su mensaje político. Del liberalismo ha retenido una abstracta aspiración a la libertad y, del socialismo, un no menos abstracto anhelo de justicia social (del socialismo no científico, claro está). (Cueva, 1988: 149)

La práctica política, especialmente en tiempos de elecciones, no puede ser diferente a tales excentricidades[58], por lo que se apoya en un enfoque religioso de la política y en una teatralización de las apariciones públicas.

> Examínese con detenimiento los discursos de Velasco y se constatará que el caudillo jamás enfoca los problemas en términos socio-políticos, sino desde un ángulo estrictamente religioso y moral. (Cueva, 1988: 150)

[58] El término excéntrico puede tener una acepción despectiva. Aquí lo usamos para señalar el carácter nebuloso, y por ende conservador, que el populismo velasquista tiene. Salvo a los populistas, no creo que alguien quiera defender la idea de que se puede tener una práctica política transformadora al confundir, a propósito, el Norte con el Sur, o la izquierda con la derecha, que no otra cosa puede resultar del "sincretismo político" y la "amalgama doctrinaria".

> A estos sectores, Velasco los ha redimido, pues psicológicamente, del doble pecado original de ser trabajadores manuales y ser mestizos… (Cueva, 1988: 141)

> Incapacitados para transformar la realidad, nuestros "marginados" se limitaron, pues, a exorcizarla con ceremonias y ritos religioso-políticos. (Cueva, 1988: 151)

> Su tensión corporal tenía algo de crucifixión y todo el rito evocaba una pasión, en la que tanto palabras como la *mise en scène* destacaban un sentido dramático, si es que no trágico de la existencia. (Cueva, 1988: 152)

> … *la mise á mort* simbólica de la oligarquía por parte del caudillo era preferible a una *mise á mort* real. (Cueva, 1988: 139)

En todo caso,

> Como hemos tratado de demostrarlo a lo largo de este estudio, no es cuestión de un simple fenómeno del caudillismo, reductible a la personalidad del líder, sino de un hecho complejo, profundamente arraigado en la particularidad histórica de la formación social ecuatoriana. (Cueva, 1988: 156)

iii)Crítica de Rafael Quintero y respuesta de Agustín Cueva

En 1978 apareció un libro de Rafael Quintero llamado *El mito del populismo en el Ecuador*. Un tratado de más de trescientas páginas con un trabajo meticuloso y esforzado que desemboca en una visión "certificada" de la realidad, pero con cierta escasez en el análisis. Quien escribía esas páginas era un sociólogo que se consideraba de la "nueva camada", y que en su intento por hacer un análisis "más científico" de la realidad social, adoptó una serie de procedimientos analíticos ligados más a la estadística y los métodos cuantitativos de investigación social que a la reflexión crítica y dialéctica.

Es así como Quintero nos brinda en dos partes una acuciosa y bien intencionada investigación, pletórica de datos bastante interesantes en sí mismos, pero pasando de abundantes a excesivos, siempre que se considere que puede (y debe) otorgársele un buen trato al lector.

Las ideas principales de ese libro aparecen resumidas por el propio Quintero en una publicación suya de 1997, la cual tiene como objetivo, según reza su título, una *Nueva crítica al Populismo*; de allí extraemos las que serían, a entender de su propio autor, las tesis centrales de *El mito del populismo.* Tesis a partir de las cuales se busca, entre otras cosas, impugnar la visión de Cueva sobre el problema.

Para Quintero su libro revela por primera vez, de forma científica, el hecho de que el Estado ecuatoriano se mantuvo hasta la Revolución Liberal como un Estado precapitalista. El desarrollo del capitalismo por la vía junker se consolidará en el periodo 1895-1934,

mediante lo que él denomina Primer (1912, la Hoguera Bárbara) y Segundo Pacto Oligárquico (el ascenso de Velasco Ibarra). "Por consiguiente, se identifica el ascenso de Velasco como parte de la consumación de un pacto oligárquico, y no como una «forma de dominación populista»" (Quintero, 2009: 12) como cree Cueva. A esta imputación se suma una segunda, en estrecha relación con la primera: la *base social* del primer triunfo velasquista no fue, como Cueva suponía, el *subproletariado* recientemente conformado en la Costa, sino una *clase media rural*, principalmente serrana. Lo que significa además, que la "plaza fuerte" de Velasco no fue Guayaquil (al menos inicialmente), sino la Sierra Central.

Estas dos son las principales discrepancias interpretativas entre Quintero y Cueva, más allá de que el primero valore a su obra como un fuerte cuestionamiento a "un paradigma interpretativo dominante en la sociología latinoamericana" de la época. (Quintero, 2009: 7) Las novedades o aportes en ella serían además: constituirse a nivel nacional como el primer análisis electoral y el primer "análisis objetivo del problema de los partidos"; llenar "vacíos en la historiografía nacional"; y crear una "ruptura epistemológica" con la sociología especulativa y/o subjetiva.

Debemos aceptar que estos últimos son grandes pasos en lo queal estudio de la Ciencia Política a nivel nacional concierne, pero así mismo debemos reconocer que la Ciencia Política es una disciplina fría, que difícilmente captura la realidad social en su totalidad, pues su apuesta es más bien la de reducir la realidad socio-política a niveles mensurables, comprobables empíricamente[59]. En este sentido debe entenderse la respuesta[60] de Agustín Cueva a los planteamientos de Quintero, sardónica e incluso despiadada por momentos. En esa respuesta básicamente se ponen de relieve las estrecheces del análisis de Quintero, entre otras razones, producto de su empleo de métodos de la "sociología yanqui", a decir de Cueva. El problema de esa sociología, antes que su nacionalidad, es su punto de vista positivo, así como su carácter anticrítico. Y no es que Quintero no fuese un hombre de izquierda o comprometido con el cambio social, pero su intento de conciliar el marxismo con la metodología de investigación de las ciencias políticas norteamericanas resulta en un magro y aburrido texto. En efecto, el marxismo

[59] Dice al respecto Cueva, quizás con exceso de ironía, "¿Cómo explicarle (a Quintero, M.P.), que hay ciertos niveles de la realidad de los que no es posible obtener copias fotostáticas?" (Cueva, 1988: 163)

[60] En ediciones postreras de *El proceso de dominación política en el Ecuador*, aparece al final del libro una tercera parte: *Un tranvía llamado ¿populismo?* Esta no es sino un espacio abierto para discutir algunas de las críticas que se le habían planteado a Cueva, específicamente a la de Rafael Quintero y a la de Amparo Menéndez-Carrión.

como trasfondo de tan empiristas y técnicos métodos, recrea automáticamente en nuestra cabeza la idea de un malabarista lidiando con una camisa de fuerza.

Para ser justos, debemos señalar que el acierto de Quintero consiste en señalar que, al menos el primer triunfo de Velasco Ibarra, no es estrictamente atribuible a los factores que Cueva propone; esto sin embargo, no quiere decir que no pueda hablarse de populismo en el caso del velasquismo, ni que deban dejarse de lado sus aspectos simbólicos como Quintero llega a inferir[61]. En realidad las críticas que hemos revisado no llegan a invalidar los planteamientos de Cueva, ni mucho menos; a despecho suyo, la crítica de Quintero podría más bien ubicarse como una introducción de matices en el análisis planteado por el primero.

Paradójicamente, es el mismo Quintero quien cita un comentario que se ajusta muy bien a la situación de que venimos hablando:

> El sociólogo canadiense David Raby afirma que, si bien *El mito* demuestra que en 1933 no hubo populismo en el primer velasquismo, yo no puedo, sobre esa base, descartar que el populismo no haya existido después. Además, añade: "El hecho de que una teoría particular del populismo haya sido incorrectamente aplicada al Ecuador de los treinta, no significa que el populismo nunca ha existido ahí" (Quintero, 2009: 60,61)

En fin, creemos que el *tono* de la respuesta de Agustín Cueva pudo ser algo exagerado, pero en lo fundamental, a pesar de intentarlo, no logramos ver el "gran desafío"que Quintero supone plantearle, desconociendo prácticamente la existencia del populismo en el Ecuador. Más adelante otros investigadores (Juan Maiguashca y Liisa North, por ejemplo) se preocuparán por analizar la polémica y llegar a conclusiones, a decir de ellos, superiores. En el artículo *Orígenes y significado del velasquismo*, ambos investigadores refutan algunas de las ideas de Quintero, terminando por interpretar al velasquismo desde una vereda más cercana a Cueva (pero manteniendo su distancia y calificando la lectura de Cueva como "ambigua", siendo como son, flacsonianos al fin y al cabo):

> Estos cambios, en lugar de reforzar el poder terrateniente como argumenta Quintero, condujeron a una "crisis de la autoridad paternal". (Maiguashca, North, :100)

> …discrepamos con el argumento de Quintero, según el cual Velasco es "el intelectual orgánico de la derecha coaligada" y, junto con el Partido Conservador, el arquitecto de una "vía junker" en el Ecuador.(Maiguashca, North, :109)

[61] Ni que hablar de la ex-profesora de FLACSO, Amparo Menéndez Carrión, de cuyo libro, tan gordo como liviano, nos ofrece una mirada nuevamente irónica pero realista el propio Cueva en el apartado "Amparo Menéndez-Carrión y la apoteosis del empirismo". De donde destacan algunos pasajes que puedan advertirle a cualquier lector desprevenido a qué se enfrenta si decide navegar en "La Conquista del voto", de la mentada autora. (Véanse por ejemplo las págs. 174 y 177 en: Cueva, 1988).

> Fue en esta situación de crisis generalizada que Velasco apareció como la "fórmula de arbitraje", para usar la expresión de Cueva, tanto de los Conservadores como de los Liberales…(Maiguashca, North, :108)[62]

Para finalizar, y puesto que el populismo, ecuatoriano o latinoamericano, no es el tema central de este trabajo, señalamos que una mayor profundización en el tema es necesaria hoy, y no precisamente para aclarar qué es aquello que *exactamente* quisieron decir Cueva[63], Quintero u otros; sino porque asistimos a una renovada manifestación política del fenómeno en nuestro Continente. Manifestación ante la cual habría que revisar continuidades y rupturas, como por lo demás, ocurrecon cualquier proceso histórico.

c) "La derechización de occidente"

Si los años 70, al menos en su primer quinquenio, fueron la "edad de oro" de las ciencias sociales latinoamericanas, tanto por las fecundas discusiones que se suscitaron, cuanto por el ingente número de estudios que se realizaron; los años 80 fueron la sombra del decenio anterior.

En efecto, sombrío es un calificativo bastante moderado para lo que pasó en esa década (cuyas raíces deben rastrearse, a criterio de Cueva, en la crisis en que entró el sistema capitalista mundial en el bienio 74-75[64]). Los sucesos que "oscurecieron" el panorama latinoamericano se produjeron en todos los ámbitos de la realidad:

A nivel económico, América Latina, que ya había entrado en crisis económica para la segunda mitad de la década de los setenta, y debido al fracaso real de los programas y las buenas intenciones desarrollistas[65], fue arrastrada por una crisis generalizada del sistema capitalista. Tal crisis posibilitaría el ascenso político de la "Nueva Derecha" en los principales centros de poder, que llegaba a poner "la casa en orden" y que, en el movimiento que en su conjunto fue llamado "la derechización de occidente", impuso el neoliberalismo como paradigma económico para sus países y las zonas de su influencia imperial:

---

[62]Compárense estas citas con la que introdujimos en la página 58.

[63] Además de *El proceso de dominación política en el Ecuador*, Cueva escribió un artículo llamado *El populismo como problema teórico y político*, aparecido en *Las democracias restringidas de América Latina* (1988).

[64] "Las razones quizás sean mucho menos filosóficas y recónditas de lo que se suele imaginar y más directamente ancladas en los acontecimientos conocidos. Está, en primer lugar, la profunda crisis en que entra el mundo capitalista a partir de la recesión experimentada en 1974-75". (Cueva, 1987b: 31)

[65] Cueva dirá: "El añorado desarrollo nacional autónomo no fue, en efecto, más que una quimera. La economía latinoamericana no logró desarrollar un mecanismo autónomo de acumulación, puesto que ésta siguió dependiendo en última instancia de la dinámica del sector primario exportador y de sus avatares en el mercado internacional". (Cueva, 2007: 193)

> Si algo ha sucedido en la última década como consecuencia de la crisis del capitalismo, no es otra cosa que una verdadera redistribución *regresiva* del ingreso en prácticamente todos los países de Occidente: lejos, pues, de haberse nivelado las clases o redistribuido progresivamente la riqueza. (Cueva, 1987: 20)

Así, a nivel político, avanzó triunfante la nueva derecha, cuyos heraldos máximos fueron Ronald Reagan y Margaret Thatcher; su aliado local fue, evidentemente, Febres Cordero. El imperialismo mostró su cara más furibunda, agrediendo militarmente e invadiendo países pobres en Centroamérica y el Caribe como Granada y Nicaragua. La "nueva derecha" no vaciló en mostrar su carácter antitercermundista:

> …hay un hecho que Occidente jamás perdonará al Tercer Mundo, convertido desde entonces en chivo expiatorio de todos los males contemporáneos del capitalismo: la elevación de los precios del petróleo. (Cueva, 1987b: 32)

La soberanía de los países latinoamericanos pasó a ser un botín, perseguido con ventaja por el *cowboy* de la política gringa, y escasamente conseguido por nuestros pueblos:

> Sin embargo, aquella ilusión de soberanía se ha acrecentado (en los 80, M.P.), y no sólo como un conformismo práctico de las masas despolitizadas sino, lo que es peor, como un sistema de ideas conservadoras refinadamente elaboradas por las antiguas élites progresistas. (Cueva, 1987b: 20)

Justificar ante los oprimidos el movimiento destructor de Occidente hacia la derecha, con sus consecuencias materiales para los desposeídos, no podía ser simple. Por ello no llama la atención que hayan sido los mismos intelectuales progresistas los que, cambiando de bando, lanzaron una ofensiva en el plano ideológico: ocurrió del relanzamiento de ideas ultraconservadoras basadas teóricamente en el neodarwinismo, la sociobiología, la impugnación de la idea de igualdad, el posmodernismo y el fin de los grandes relatos, etc. Ni la literatura quedó libre de tal viraje conservador.

Como para completar el cuadro, el desmoronamiento de la URSS se consumó hacia el final de la década, causando la huida despavorida de los izquierdistas que aun quedaban hacia posiciones "menos problemáticas", es decir, menos críticas. El Mundo quedó al arbitrio policial del imperialismo estadunidense. Y tal situación se mantendría hasta el final de la década de los 90.

En su artículo *El viraje conservador: señas y contraseñas*, Agustín Cueva ofrece una penetrante mirada de este proceso, que marcaría indeleblemente la última etapa de su quehacer intelectual. Cueva, antes que buscar escondrijos o madrigueras, siguió llamando a las cosas por su nombre:

> Si se observa el conjunto de fenómenos hasta aquí analizados, la conclusión que inequívocamente se impone es la de un profundo movimiento de todo el espectro político,

ideológico y cultural de Occidente hacia la derecha: *he ahí el gran triunfo de la burguesía imperialista*. Poco importa el nombre que demos a este proceso regresivo (neoderechización, neoconservadurismo, neoliberalismo, revalorización de la democracia, etc.) (Cueva, 1987b: 31)

En efecto, en momentos en que el lenguaje y las ideas del marxismo fueron proscritos (por lo demás, igual que cualquier pensamiento que remotamente oliera a izquierdismo o crítica), Cueva buscó formas de seguir insistiendo en sus ideales socialistas, de base antiimperialista y anticolonial. La tesitura y la intransigencia que en otros momentos fueron su carta de presentación, sobre todo ante sus críticos, le permitió en esas horas tan graves mantenerse fiel a su compromiso político, llamando siempre a resistir y a evitar caer, como la mayoría de intelectuales, en la celada de oropeles:

> Antes que ganar el diploma de «civilizados» y «demócratas» a la occidental, aspiramos a contener la avasallante barbarie que para nosotros significa la era reaganiana, levantando frente a ella alternativas más humanas. Nada garantiza que nuestra razón de pueblos oprimidos y subdesarrollados vaya a salir triunfante, al menos en el corto plazo; mas esa dosis de incertidumbre inherente a toda lucha tampoco justifica el que claudiquemos de antemano. (Cueva, 1987b: 36)

d) Democracia, fascismo y neoconservadurismo

i) El "fascismo" latinoamericano, solución brutal a una crisis de hegemonía.

Una de las discusiones políticas que mayor impacto tuvo en América Latina en el último lustro de los setenta, fue, por la contundente presencia del problema, la del carácter fascista o no de las dictaduras de esa época en el Cono Sur. Prácticamente todo el "arsenal" que Agustín Cueva utilizó en aquellas discusiones se encuentra reunido en la segunda parte de *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Se trata de cinco artículos escritos entre 1974 y 1978, principalmente para revistas mexicanas.

En *Elementos y niveles de conceptualización del fascismo*, asistimos a un intento por mostrar la pertinencia del uso conceptual de la palabra "fascismo", cuya justificación teórica procede fundamentalmente del comunista búlgaro Giorgi Dimitrov[66]. Llama la atención el hecho de que a este respecto no se tome en cuenta, como por lo demás en ninguna parte de la obra de Cueva, a Lev Trotsky; quizás por la costumbre de los socialistas de la época de considerarlo heterodoxo frente a Lenin.

Para Cueva, siguiendo a Dimitrov, el uso del concepto fascismo está plenamente justificado en cuatro puntos fundamentales, a saber:

[66] Dimitrov es además conocido por suceder a Nikolài Bujarin en el cargo de Secretario General de la Internacional Comunista (1934-1943), y por ser el Primer Ministro búlgaro (1946-1949).

1. Se trata no solamente de una dictadura burguesa, sino de una dictadura en que el sector monopólico tiene el predominio omnímodo, incluso sobre los sectores burgueses no monopólicos.

2. Esa dictadura adquiere un carácter terrorista hasta el punto de producir un cambio cualitativo en la forma de dominación y consecuentemente en la forma del Estado, operando una ruptura radical con las formas democrático-burguesas.

3. Esta forma de dominación se ejerce en lo fundamental contra la clase obrera, que la burguesía identifica como su enemigo principal.

4. Tal dictadura aparece como el "remedio infalible en donde el capitalismo atraviesa por una crisis y teme un colapso" (Cueva, 1989: 165-6)

De ese modo, las dictaduras de los años 70 son consideradas fascistas; al menos en los casos de Brasil, Argentina, Uruguay y Chile, donde, según Cueva, se cumplen los puntos ya mencionados. En cuanto a la necesidad señalada por algunos autores de que una situación política fascista tenga también un *partido de masas*, un *soportesocial pequeño-burgués* y una *ideología nacional-chauvinista*[67], Cueva prefiere señalar de que se trata de "simples *medios* destinados a «apuntalar» lo fundamental" (Cueva, 1989: 166), aseveración con la que no estamos de acuerdo, y que termina por desgastar la solidez del argumento por el cual tales regímenes pueden llamarse fascistas. Lo que no quiere decir, evidentemente, que no compartamos el repudio y rechazo total que esos regímenes merecen por sus crímenes de lesa humanidad, su total odio a la vida y la lamentable inmunidad que, en muchos casos, todavía los protege.

En todo caso, Cueva parecía de algún modo "percibir" esto, pues en dos partes del mismo documento pone de relieve el hecho de que fascismo es "un término que es al mismo tiempo una consigna de aglutinación y de lucha" (Cueva, 1989: 165); y que su utilización es necesaria (y lo era particularmente en aquellos momentos) puesto que "no deja de insertarse en cierta perspectiva política y (de) agitar cierta bandera" (Cueva, 1989: 175). Por otro lado, en los textos posteriores en que se hace referencia a aquellas oprobiosas dictaduras, Cueva prefiere emplear el término *dictaduras terroristas*.

Entonces, más allá del término que se emplee, lo que importaba en ese momento era el análisis de la situación en términos de economía política y estrictamente políticos. En *La fascistización de América Latina*, Cueva explora los orígenes históricos de las dictaduras terroristas en el Cono Sur, desde su ya conocida perspectiva basada en el materialismo

[67] Sobre este punto en particular, el mismo Cueva señala: "El elemento nacional-chauvinista del fascismo alemán o japonés se asienta sobre un elemento objetivo constituido por la posibilidad real de expansión del capital monopólico nativo más allá de sus fronteras patrias; nada de esto puede darse en el caso del fascismo latinoamericano que en sí mismo es el resultado de un movimiento inverso, es decir, de la penetración del capital extranjero en nuestros espacios nacionales". (Cueva, 1989: 173)

histórico. Así, las condiciones necesarias para el surgimiento del "fascismo" latinoamericano están dadas, en parte, por la situación álgida de los años sesenta en el subcontinente:

> Nuestras sociedades crujían, pues, por todas partes, pese a que la organización partidaria de los distintos sectores sociales estaba casi siempre por debajo de su nivel de efervescencia; y a que el mismo «malestar» de las masas no lograba, por lo general, cristalizar en una verdadera conciencia de clase. Aún así, el socialismo se perfilaba en el horizonte, abriéndose paulatinamente paso a través de luchas arduas, tortuosas, muchas veces asincrónicas o insuficientemente cohesionadas. (Cueva, 1989: 144)

Los sectores reaccionarios y sujetos al control del imperialismo no estaban dispuestos a correr ningún tipo de riesgos, sobre todo teniendo en cuenta el antecedente cubano; es así que "iniciativas" como la "Alianza para el progreso" o las archiconocidas "medidas contrainsurreccionales" comenzaron a vagar por el continente, muchas veces tomando la forma de "golpes preventivos".

> El hecho es que, pese a todos los esfuerzos contrarrevolucionarios del capital imperial en los diversos órdenes, la década de los 70 se inició bajo el signo de los amplios movimientos de masas, especialmente en el llamado «Cono Sur» del continente. (Cueva, 1989: 146)

Así que el imperialismo, por medio de sus ejecutores locales, preparó una "solución" a la medida del problema[68]. El resultado es bastante conocido.

Lo que en términos de política económica significó tal proceso es lo que Agustín Cueva apunta en el artículo *La política económica del fascismo*, del cual, por razones expositivas, rescataremos únicamente sus puntos esenciales: a) desnacionalización de la economía; b) desmantelamiento del sector capitalista (no monopólico) del Estado; c) pauperización absoluta de la clase obrera; d) cancelación de todo lo que signifique Estado benefactor; e) centralización de capital; y, f) transformación promonopólica del agro.

Debe aclararse que estas no son políticas económicas exclusivas del "fascismo", sino que son procesos que suelen ocurrir en el "desarrollo global del capitalismo, sobre todo en un área como la latinoamericana" pero que en ese caso particular se trata de una exacerbación o de una realización "plena y brutal" de tales procesos. (Cueva, 1989) Por lo demás, algunas de esas prácticas económicas, encadenadas entre sí, se aplicaron por la vía "democrática" en la época neoliberal.

ii) El neoconservadurismo: los vientos soplan a la derecha

Dos compilaciones de ensayos suyos le dedicó Agustín Cueva al tema de la "derechización de occidente": *América Latina en la Frontera de los años 90* de 1989 y *Las*

[68] A propósito de la "medida del problema", existe no solo la posibilidad sino la necesidad de documentarse bien. Conocer acerca los movimientos populares chileno, uruguayo, argentino, brasileño y boliviano es una responsabilidad de toda persona que se considere, como mínimo, progresista.

democracias restringidas de América Latina de 1988. Como es evidente desde los títulos mismos, la reflexión tiene como marco fundamental a la región entera (el Ecuador obviamente incluido) en una época que significó un claro viraje del Mundo a nivel económico, político, cultural e incluso filosófico algunos metros hacia la derecha. Como quedó señalado más arriba, uno de los acontecimientos históricos fundamentales que marcó el inicio del terremoto neoconservador fue la caída del Muro de Berlín y la subsecuente desmembración de la URSS.

Es también la primera vez que Agustín Cueva tuvo que "nadar contracorriente", pues toda la época anterior, tanto a nivel histórico cuanto a nivel personal, la izquierda no estaba estigmatizada: antes bien, llegó a ponerse de moda. Esto lo único que hace es relevar la férrea postura ética de Agustín Cueva, quien, a diferencia de la mayoría de sus colegas contemporáneos, nunca se deslumbró acomodaticiamente con las novedades que traían los gitanos a nuestro Macondo teórico.

A continuación trataremos de mostrar las distintas formas que adquirió la mencionada "derechización" de occidente en los diferentes planos de la realidad. Con esto pretendemos mostrar "que la contrarrevolución imperialista de los años 80s, no es sólo política, militar y económica, mas también ideológica, cultural y ética." (Cueva, 1989b: 88)

En el ámbito económico, la implantación del neoliberalismo es el anuncio de un cambio de época: todas las tareas progresistas que supieron cumplir los estados latinoamericanos en los decenios anteriores, sea en la forma de "nacionalismos revolucionarios" a lo Rodríguez Lara o Velasco Alvarado, sea bajo la fórmula populista (aquel "estado de bienestar de los pobres" latinoamericano,que de forma notoriamente insuficiente, completó algunas tareasredistributivas y de consolidación del aspecto nacional de los Estados[69]) fueron canceladas. La famosa ideología neoliberal que propugnaba reducir el Estado a su más mínima expresión, privatizando amplios sectores de la economía y "socializando" (hacia abajo, evidentemente) las pérdidas económicas se impuso en todo el continente[70].

Lo más común de aquella época, era la defensa de tal sistema económico, aún entre los intelectuales (ya plenamente "derechizados"):

> Vargas Llosa se suma, como es de esperar, a la campaña en pro de la privatización del sector estatal de la economía, proceso gracias al cual la burguesía pretende medrar, una vez más, a costa de lo que el Estado mal o bien ha construido a partir del ahorro social… (Cueva, 1989b: 26)

[69] Una argumentación más detallada puede encontrarse en el tercer punto de la tercera parte de las últimas ediciones de *El proceso de dominación política en el Ecuador*, llamada *¿Velasquismo igual a populismo?*

[70] No muy grata sorpresa se hubiera llevado Cueva de haber atestiguado la proposición de esta ideología a niveles ridículamente agresivos en nuestra realidad: la propuesta del ALCA, abanderada por Bush hijo cerca del año 2000, que alguien llegó a comparar con el acto de "bajarse los pantalones" a nivel arancelario.

Siempre existían justificaciones para la reducción del Estado, que incluso llegaron a plantearse desde una falsa preocupación por lo cultural. Así que debía reducirse el tamaño del Estado (reduciendo la cobertura de sus servicios en salud, por ejemplo) en aras de respetar las tradiciones culturales (como la medicina tradicional):

> (La cuestión del neoliberalismo radica en, M.P.) eludir ciertas obligaciones propias del Estado –y sobre todo del Estado en los países pobres, subdesarrollados- so pretexto de respetar la pluralidad, los derechos de las localidades o de "la sociedad civil" en general, de no caer en actitudes tildadas de "populistas". (Cueva, 1989b: 31)

Se pregunta por ello Cueva: "¿en qué difiere todo esto de lo que hace 10 o 12 años calificábamos de «*política económica del fascismo dependiente*»? (Cueva, 1989b: 24) Pues en efecto, aquellas medidas económicas (señaladas más arriba) que los regímenes dictatoriales del Cono Sur impusieron *a la fuerza*, el neoliberalismo logró asentarlas *democráticamente*, gracias al sofisticamiento de su aparato ideológico.

Y es que, claro, el neoliberalismo no llegó solo al continente:

> El "neoliberalismo" económico, que no es más que un complemento del neoconservadurismo político, se articula además con un neoderechismo filosófico que afirma – a través de los profetas de la Nueva Derecha francesa, por ejemplo- que es la propia idea de igualdad la que hay que extirpar de la faz de la tierra… (Cueva, 1989b: 88)

Es decir, se creó toda una urdimbre que permitió el desplazamiento conservador a todos los niveles: no sólo económico, sino también político, ideológico-cultural e inclusive filosófico.A nivel político, por ejemplo, algunas ideas que antes no causaban escozor a nadie pues más bien se tenían como "valores políticos positivos", fueron sentadas en el banquillo de los acusados y satanizadas como "falsos" y "perniciosos" anhelos de los pueblos latinoamericanos y tercermundistas. Ese es el caso de la idea de *soberanía*, que no solo se rebatió falazmente desde la teoría, sino que se buscó desterrarla del "imaginario colectivo" de la sociedad: "… se supone, o al menos se suponía, (que) somos poseedores de ese atributo llamado soberanía". (Cueva, 1989b: 33)

La estrategia neoderechista, gestada en los centros imperiales impulsores del capitalismo monopólico (Reagan, Thatcher), obviamente no consistía en eliminar la idea de soberanía únicamente, sino en deshacerla en la realidad, por lo que dice Cueva: "La década de los ochenta ha sido, en buena medida, una etapa en que nuestras naciones han ido perdiendo considerablemente su soberanía". (Cueva, 1989b: 31)

La penetración ideológica del fenómeno que venimos registrando pudo ser constatada por Agustín Cueva con bastante claridad en el sector académico, cuyo viraje fue una vorágine en la que, al grito de "sálvese quien pueda", la única opción para el sociólogo parecía: "bailar al son que le tocan, o quedar excluido de antemano del festín oficial de los sociólogos". (Cueva, 1989b: 113)

¿Cuál era el "son" al que se bailaba entonces? Sea domesticado en una ONG, sea corriendo suerte similar en el Estado, el sociólogo dejó de ser un "pensador", un crítico; y pasó a formar parte de un esquema "empresarial", como los tiempos neoliberales lo exigían: "el exsociólogo convertido en funcionario no es ni más ni menos que eso: un exsociólogo cuya producción, si alguna vez existió significativamente, es cada día menos o más deplorable". (Cueva, 1989b: 112)

Las ciencias sociales se tornaron pues menos apetecibles para los recién graduados. Aquellos que, a pesar de todo, insistieron, se encontraron con una formación antes que crítica, científica (cientificista, quizás). En la mirada de Cueva, el hecho fue que: "además de ingresar en menor número a las carreras de sociología, los propios estudiantes exigen, pues, una enseñanza más "práctica", más tecnificada". (Cueva, 1989b: 114)

Y es que desde todos lados, se apuntó al marxismo como fracasado, como vetusto, e incluso llegó a compararse a los marxistas con seres jurásicos. Se intentó, en otras palabras, arrojar el agua sucia de la bañera, pero esta vez con bebé y todo[71]…

> Una cosa es criticar el simplismo de ciertos trabajos de inspiración marxista (simplismo contra el cual el antimarxismo tampoco es el mejor antídoto) y otra, muy distinta, tomar aquello como pretexto para tirar el materialismo histórico por la borda. (Cueva, 1988b: 83)

Todo lo señalado apuntaló el desplazamiento de la universidad pública hacia los centros de investigación privados, de los libros a los informes, de la crítica a la Ciencia Política, del intelectual comprometido a los recolectores de datos, de la lucha de clases a la gobernabilidad y la gobernanza, y finalmente, de los grandes paradigmas a la pequeña realidad, como denominó Cueva al enfoque de los estudios que abandonaron, por motivos político-ideológicos pero con justificación "teórica", las explicaciones totalizantes sobre la realidad.

A tal embate de las fuerzas conservadoras, registrado como vemos en todos los planos de la realidad, Agustín Cueva le opuso su resistencia crítica:

> …resulta que esta postura finisecular, (…), no sólo que no acaba de convencernos sino que no acabamos de entenderla. Es rubia, demasiado rubia para el cholerío, la indiada, la negrada y el peladaje de este continente. En los propios intelectuales criollos que la cultivan hay algo de postizo: aún no han conseguido arreglarse un talante, una *allure* que encarne con soltura sus nuevos tormentos metafísicos. (Cueva, 1989b: 117)

En realidad, en sus últimos ensayos, nuestro sociólogo ibarreño pudo percibir algunos de los límites del proyecto neoliberal, los cuales señaló oportunamente:

[71] Afortunadamente para las perspectivas progresistas y los pueblos oprimidos del planeta, *the times they are a-changin*' ; la crítica hoy no sólo que no está vedada, si no que es un imperativo en momentos en que aumentan las manifestaciones masivas alrededor del Mundo buscando transformaciones. Con precaución, pero con entusiasmo, miramos a los estudiantes chilenos que han decidido luchar a pesar del miedo que su tradición les infunde.

> Primero, que la paciencia de las masas latinoamericanas tiene un límite, que justamente está siendo alcanzado a medida que la crisis se profundiza. Segundo, que la democracia solo puede ser una realidad integral, en la que la libertad, la justicia social y el progreso económico no deben estar disociados, ni la primera convertirse en una simple mercancía, en un valor de cambio: *"Yo te ofrezco democracia política, siempre que no exijas progreso ni justicia social"*. Tercero y último, que las burguesías de América Latina, aun a través de sus exponentes más lúcidos, han perdido no solo toda imaginación sino cualquier capacidad de iniciativa. (Cueva, 1989b: 14)

Estas ideas calzan, y no casualmente, con los procesos de derrumbe del neoliberalismo en nuestro subcontinente a partir de la segunda mitad de los años noventa; proceso que más tarde incluso llegaría a denominarse "Socialismo del siglo XXI", para bien o para mal de los pueblos de América Latina. En todo caso, el *cambio de coyuntura* que esto significa para la época:

> no deja de ser ambiguo: de una parte, posee la amplitud y la frescura que las masas le imprimen; de otra, está limitado por la falta de una alternativa claramente diseñada, con el consiguiente riesgo de extinguirse cual fuego fatuo. (Cueva, 1989b: 17)

Tampoco es casual, si revisamos las ideas de Cueva de entonces, que el procesopolítico actual no esté en general basado en torno a organizaciones populares o de masas, sino alrededor de caudillos que han revivido, quiérase o no, la discusión sobre el *populismo* en nuestra franja del Mundo; ironía de la historia, como le gustaba decir al propio Cueva, el populismo parece en estos momentos la única alternativa real para mantener a raya al neoliberalismo sin que el apoyo de los sectores populares se "extinga cual fuego fatuo", ante el letargo de la izquierda y las perspectivas más radicales.

iii) Las democracias "restringidas"

Para finalizar el presente capítulo, únicamente queremos poner de relieve ciertas nociones de Agustín Cueva acerca del problema de la democracia, asunto caro no sólo en las ciencias sociales, sino sobre todo en nuestra realidad política continental.

Cueva, siempre reconocido como un marxista, y en algunos casos como un ortodoxo, fue acusado varias veces de despreciar la democracia: ora porque no la consideraba como meta última de nuestras sociedades;[72] ora porque no creía que ella podía ser una forma libre de cualquier contenido (o un "cascarón vacío", como llegó a denominarla). Sin embargo Cueva es claro al respecto: "… no creo contarme entre aquellos que menosprecian la democracia". (Cueva, 1988b: 12) Lo que pasa es que Cueva, con lo que no está de acuerdo, es con una concepción enteramente *formal* de la democracia. En efecto, la democracia en nuestro continente ha sido muchas veces un juego retórico más que una

[72] Al respecto obsérvese el tercer epígrafe de este capítulo, elocuente por sí solo al respecto.

forma de gobierno *strictu sensu*. Bajo formas democráticas se han presentado oprobiosos regímenes represivos, fenómeno que cobró particular relevancia en el proceso que se ha denominado la "derechización de Occidente". Es por ello que para Cueva no basta con que existan una *reglas de juego formales*, como las elecciones periódicas[73], la libertad para participar en ellas, la libertad de prensa, o la existencia de un parlamento:

> Reglas de juego (las mencionadas, M.P.) que en *sí mismas* me parecen *positivas,* pero con la salvedad de que nunca funcionan de manera indeterminada, o sea, con independencia de su inserción en cierta estructura más compleja que es la que les infunde una u otra "orientación". (Cueva, 1988b: 12)

Es decir, la democracia siempre tiene un contenido, y más precisamente, un contenido de clase. Tal contenido es el que impone ciertas condiciones particulares de funcionamiento al sistema político: en nuestros países, con mayor énfasis en ciertas etapas históricas, las condiciones para la democracia sonimpuestas por el contexto de dependencia e imperialismo, así como por el particular momento de la dominación burguesa. De todo esto no puede desprenderse sin embargo, el hecho de que da lo mismo vivir en el marco de un sistema democrático, por muy burgués u oligárquico que fuese, que en una dictadura. Este es un error ya clásico en la interpretación ultraizquierdista de la realidad, tipo maoísta, que no llega a ser realmente crítica.

El discurso neoliberal que pretendía escindir al Estado y al mercado, a la política y a la economía, a la democracia de cualquier contenido económico, nos resulta hoy lejano. No es que la política y la economía están íntimamente relacionadas porque los marxistas lo digan: el hecho de que todos seamos ciudadanos, no borra el hecho de que pertenecemos, objetivamente, a una clase.

Las democracias en América Latina, en el contexto de los años ochenta y noventa, son, para decirlo con Cueva, *restringidas*. Pues son democracias formales, donde las restricciones y la influencia del imperialismo (a través del Consenso de Washington, por ejemplo) son verdaderamente tutelares. Las reales aspiraciones democráticas, como las exigencias de soberanía o de participación real y popular, salen sobrando, al punto en que:

> Cuando las ilusiones democráticas van muy lejos, cuando han calado hondo en la población, siempre hay el peligro de un "caracazo": el Estado tiene entonces que reponer las cosas en su lugar, *manu militari,* mostrando que el "principio de orden" no ha desaparecido, que el poder reside en última instancia en él y no en ninguna "soberanía popular". (Cueva, 1989b: 29)

[73] A pesar de convertirse en moda durante la época de la gobernabilidad, ¿será que algún sociólogo, medianamente sensato, se apresta hoy a defender la idea de que las elecciones son la base del poder? En tiempos electoreros, ¿seguimos creyendo que el poder se construye a partir del voto? La legitimidad política, ¿pende de las urnas?

Sea de ello lo que fuere, el problema de la democracia es un problema que hoy presenta otros ribetes, otra coloración; siendo lo recomendable estudiar nuestras *democracias actuales* en función de las continuidades y las rupturas que tienen con las *democracias restringidas* de los decenios anteriores, pues al menos en términos históricos, son sus herederas o sucesoras.

Conclusiones

-1-

La intención de rescatar el pensamiento de Agustín Cueva no implica un ejercicio pasivo,donde la nostalgia o la rabia que pueden haber producido su ocultamiento y olvido de los últimos veinte años hagan las veces de investigación sociológica. Significa más bien la posibilidad de tomar los elementos más vivos de su pensamiento, aquellos que ni los escombros de un muro caído, ni los pesados egos de sesudos investigadores "rigurosos y científicos" pudieron aplastar: la crítica incesante y la inconformidad radical con el estado de cosas actual.

Se trata entonces de poner en la mesa de discusión algunas de sus ideas principales, no con el afán purista de la "alta academia", sino con la intención de impugnar un discurso que hoy es hegemónico en nuestras ciencias sociales, y que no es sino el trasunto de la realidad por la que atraviesa el país y el continente. Cierto que replantearse con seriedad algunas de las tesis de Cueva puede resultar bastante incómodo: uno mismo se ve sometido a la necesidad de tomar posición, frente a lo teórico y frente a la realidad, en un momento de opacidad de lo político y de conformismo generalizado. Más incómodo aún resulta para centros de producción académica hoy considerados de élite, así como para los "ideólogos y pensadores" de unos gobiernos que se autodenominan "revolucionarios". Y sin embargo, pese a la incomodidad, nos encontramos a las puertas de una época que se avizora caótica,marcada por cambios profundos en el sistema capitalista mundial y en nuestra posición dentro de ese mundo como ecuatorianos y latinoamericanos. Querámoslo o no, las siguientes décadas exigen compromiso, pues muchas cosas se encuentran en juego.

En el terreno del conocimiento, nos encontramos con unas ciencias sociales abatidas, entregadas al único propósito de indagar en los confines más minúsculos de nuestra realidad. No es saludable seguir aplaudiendo a lasinstituciones académicas que, con su centenar de publicaciones mensuales (cuya única crítica proviene de los roedores que habitan en sus bodegas), nos repite a cada instante que las ciencias sociales están para encargarse de las "pequeñas realidades", y no de la totalidad de relaciones económicas, políticas y culturales que integran nuestra problemática y compleja sociedad. Tampoco podemos seguir condescendiendo con las pírricas investigaciones que en nuestro país buscan medir con exactitud la realidad social, a base de encuestas e interminables pesquisas de archivo.

En general, Cueva nunca ocultó su

> preferencia por cierto tipo de labor intelectual en la que lo fundamental parece ser el planteamiento de grandes interrogaciones y sugerencias de interpretación del mundo (por más

> que se trate de "hipótesis inverificables"), antes que la acuciosa recopilación de datos de alcance muchas veces mezquino, que a la postre no hacen más que comprobar con métodos supuestamente científicos lo que todo el mundo ya sabía sin necesidad de recurrir a un "especialista". (Cueva, 2008, 20)

Al contrario de lo que sucede cuando uno camina por las calles, en los asépticos pasillos de la academia ecuatoriana (la de posgrado sobre todo)se convierte en verdad el aserto de que "los grandes relatos han muerto". De modo que niveles de pensamiento que apunten a la totalidad son, cuando menos, "pasados de moda". ¿Escuchar algo acercade modos de producción, mercancías o capitalismo? Ni hablar. ¿Y términos como ideología, revolución, o dominación? Tampoco.

¡Y todo esto sólo a nivel académico! Imaginemos la incomodidad que podrían sentir ciertos funcionarios del actualrégimen o la *intelligentsia* gobiernista en general al escuchar algunas de las tesis de Cueva en los ámbitos políticos o económicos. Qué cara pondrán, por ejemplo, algunos "servidores del pueblo" cuando se les recuerden los rasgos más acentuados del populismo velasquista; o cuando se aprecie, con justa distancia, de qué modo y en qué circunstancias siguen existiendo algunas características propias del desarrollo oligárquico del capitalismo.

Siempre en tensión con la sociología científica, Cueva nunca ocultó sus opiniones acerca de corrientes como el estructural-funcionalismo. En alrededor de tres artículos, Cueva se refiere explícitamente al papel de las ciencias sociales (especialmente de la disciplina sociológica) en su desarrollo y sus tendencias principales a nivel nacional y latinoamericano, veta que lamentablemente por falta de espacio no pudimos explorar. Hoy, frente al potente resurgimiento de la "ciencia" sociológica, la crítica tiene que asumir su papel. Pero el escenario no es sencillo, y rebatir a las corrientes nuevas no es cosa fácil: habrá que hacer esfuerzos sinceros y profundos, que no pasan precisamente por ignorar las teorías conservadoras o derechistas, sino por desactivarlas desde su interior, comprendiéndolas.

Por otro lado, es necesaria también la crítica a las propias corrientes críticas. Ningún dogmatismo es ahora útil (ni nunca), y así también, es precisa la autocrítica de las diferentes corrientes emancipatorias: que se superen (en sentido hegeliano) los indigenismos, las lecturas sicoanalíticas, las lecturas positivas de Marx, las exaltaciones desmesuradas al poder de las fuerzas productivas capitalistas, los simples buenos deseos y el subjetivismo en sus variantes.

No deja de llamar nuestra atención el hecho de que la publicación de unas "obras completas" de Cueva sea poco más o poco menos que una quimera. Tanto (cuantitativamente) y tan poco (cualitativamente) se publica en nuestro país, que al

menos algunas reediciones de obras de Cueva no caerían para nada mal, al menos para los sectores no dogmáticos de la población lectora, pues conseguir algunos de sus textosresulta bastante difícil hoy en día.

En fin, ¿es que queremos reabrir algunas puertas que la muerte de Cueva cerró?, ¿reinstalar la incomodidad que siempre causa la crítica?Definitivamente. Y retomar la esperanza, el afán emancipatorio, la búsqueda radical de mejores días.

-2-

El trabajo que hemos desplegado aquí tiene la intención de mostrar, desde nuestra perspectiva, cuáles son las ideas centrales en el pensamiento de Agustín Cueva, cuál es la médula de un discurso que caminó por varias regiones del pensamiento latinoamericano. Desde el inicio de la investigación, saltó a la luz la evidencia de que el pensamiento de Agustín Cueva no puede ser tomado de manera aislada, desconectándolo de su situación histórica ("los años de la fiebre", "la edad de oro de las ciencias sociales latinoamericanas" y "la derechización de occidente"), y peor aún, desconectándolo de los distintos debates de cada época. Si algo queda completamente claro es la actitud combativa que vertebra siempre su discurso, la crítica argumentada pero implacable de los distintos problemas que cada época planteó en la vida de este intelectual *engagé*.

Al preguntarnos sobre la actualidad de Agustín Cueva en un contexto como el nuestro, queda claro que ha corrido ya mucha agua bajo el puente. Cueva no pudo ver la instauración, la consolidación y la crisis (quién sabe si definitiva) de la dictadura planetaria de Washington. Tampoco pudo mirar, en el cambio de siglo, el acto final del neoliberalismo y la subida de los neodesarrollistas membretados con un significativo "Socialismo del siglo XXI" (por un lado muestran que la palabra socialismo ya no está prohibida, por otro vacían el contenido de una de las más significativas banderas de lucha de la izquierda). A nivel nacional, Cueva quizás no hubiera sospechado que entre los indios (convertidos, por suerte, en la "vanguardia" de la izquierdaen varios momentos de nuestra historia reciente[74]), y la clase media, se echarían del poder a tres gobiernos neoliberales; menos aún, que sus alternativas frente al poder hayan sido de un fracaso tan grande como el estrépito que causaron.

Sin embargo, en lo fundamental, me parece que las ideas de Cueva tienen una enorme vigencia. No por tratarse de un "adelantado" ni mucho menos, sino porque la realidad, ralentizada durante diez o quince años por el conservadurismo neoliberal, presenta todavía algunas de sus caras más dramáticas y dolorosas. Resumámoslas en unas pocas

[74]A propósito de ello, revísese el artículo de Cueva: *Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: el caso del movimiento indígena*.

palabras, para darnos cuenta que a despecho de muchos académicos y políticos, el "fanático de izquierda", "dogmático marxista" o "anacrónico crítico" que fuera Cueva, mantiene viva su voz.

En el plano cultural parece que no hemos resuelto (¿qué intentos hemos hecho?) nuestra situación colonial, la Colonia sigue su persecución contra nuestros afanes creativos. El mestizo sigue deambulando en la soledad, el desamparo y sobre todo, la inautenticidad. Nuestra literatura, extraviada, es hoy más antigua que hace setenta años, más inexpresiva, más ajena y más enajenada.

El desarrollo capitalista latinoamericano ha entrado en una etapa claramente ascendente, se abre en el horizonte la posibilidad de desarrollar economías nacionales más sólidas y menos dependientes. A pesar de lo cual no hemos llegado, lamentablemente, a un punto de no retorno, pues todavía quedan muchas cartas por jugar: el imperialismo luce agrietado pero está erguido, y a veces tenemos la impresión de que nuestros propios gobiernos favorecen ciertos aspectos de una vía oligárquica y no democrática de desarrollo capitalista. Retomemos la buena costumbre de llamar a las cosas por su nombre: imperialismo, dependencia y desarrollo capitalista (no "desarrollo" a secas).

Mientras por otro lado, los riesgos de recreación y continuidad del imperialismo (de otro tipo quizás, pero imperialismo al fin y al cabo) son hoy altísimos. En medio de ese panorama, el intelectual comprometido que observa cómo la promesa capitalista se renueva bajo distinto membrete (como el desarrollo sustentable) se encuentra pensando a la entrada de la tormenta.

¿Qué es esa gigantesca ola de barrios marginales (favelas, villas miseria, ranchitos, o como quieran llamarles) que arrasa nuestro subcontinente? ¿Qué la interminable y no menos cruel violencia del crimen y el narcotráfico? ¿Ausencia de "desarrollo" o secuelas de una vía despiadada de desarrollo capitalista? La paciencia de América Latina asombra.

Se reorientan hoy las relaciones económicas, la dependencia se somete a variaciones que no habíamos previsto. ¿Habrá actualidad en el debate de Cueva con los dependentistas? El aporte más valioso de Cueva para la actualidad, en ese sentido, es su voluntad de no olvidar nunca que el análisis deben tener una perspectiva de clases.

Por último, en la cuestión política, van apareciendo cada vez con mayor tranquilidad los "mapeos" de la lucha de clases (nacional, continental y mundial; la división social del trabajo, entre clases y entre naciones, ha cambiado y cambia rápidamente), se discute tibiamente acerca del carácter del Estado, y se escuchan de él varias adjetivaciones excepto la que le es intrínseca: Estado capitalista (de clases).

En cuanto al populismo, su debate es quizá una de las pocas regiones en las que se han observado avances (sobre todo cuantitativos), pero en el caso nacional al menos, no se ha llegado a conclusiones muy definitivas. ¿Es Rafael Correa un populista? Sí lo es. El populismo está en manos de la nueva burguesía ecuatoriana, con sofisticados aparatos de propaganda y gran impacto mediático. ¿Qué mecanismos de dominación encubre este populismo *del siglo XXI*?

Las democracias que han sido liberadas en algunos ámbitos, siguen restringidas en otros, toda vez que se confunde legitimidad con popularidad, y participación con votos. De todos modos la soberanía ha ido ganando terreno (Unasur y CELAC, esfuerzos importantísimos pero que carecen del ímpetu que otrora hubieran podido darles figuras como la de Castro o la de Allende), y suenan cada vez más lejanas cuestiones como el consenso de Washington o los macabros documentos Santa Fe I y II.

-3-

En cuanto al marxismo, nos parece que este autor se ha ganado un puesto de privilegio entre los que han profesado tal pensamientodurante del siglo XX, por hacer de su vida una praxis política que nunca dejó de ser leal con sus principios, pero sobretodo, por realizar una lectura descolonizada, andina si se quiere, de los grandes problemas de nuestra realidad. Como en otro tiempo para el precursor Mariátegui, el marxismo no fue para Cueva una camisa de fuerza, sino la posibilidad de leer nuestra realidad con intenciones emancipatorias, centrando la crítica en los pilares del sistema que nos impide la humanización de la sociedad (o la socialización de la humanidad). "Ni calco, ni copia…"

No es menos cierto, empero, que el marxismo de Cueva se encuentra a veces con límites "estructurales" (en el doble sentido del término, como "imposibles de rebasar" y como adscritos al "estructuralismo"). La influencia del marxismo francés hizo su parte, en un ámbito donde apenas si se conocían los aportes de la Escuela de Frankfurt (sólo Marcuse llegó a ser bastante conocido[75]), aunque también es decisiva la elección de Lenin por sobre Luxemburgo o Trotsky. En todo caso, a nadie que lea atentamente la obra de Cueva le quedará la sensación de ortodoxia estricta o lectura mecánica de la realidad, pues el ánimo sincero de enfrentar dialéctica y críticamente la realidad termina por imponerse.

-4-

Queremos destacar la existencia de distintas aproximaciones a la obra de Cueva a las que hemos tenido acceso, pero a las que por cuestión de espacio no hemos podido

[75]Sobre Marcuse, Cueva llegó incluso a participar en una traducción de fragmentos de su obra (suponemos del francés). Sin embargo tuvo dudas acerca de su publicación, pues había rasgos no-proletarios allí.

referirnos. La socióloga argentina María Fernanda Beigel, Alejandro Moreano, y René Báez hacen lecturas de Cueva con las que a pesar de ciertas diferencias, podemos encontrar sobre todo sintonías. Lo mismo sucede con *Para entender a América Latina: Agustín Cueva* publicado en México por Beatriz Stolowicz Weinberger, y con la primera parte de libro *Hacia una relectura de Agustín Cueva*, coordinado por Luis Verdesoto en la Universidad de Cuenca, donde además se pueden encontrar los artículos de Adrián Carrasco y Fernando Carvajal (*El desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador*) y Ximena Endara (*Dos momentos de Cueva en el debate de las ciencias sociales en América Latina*). Pueden ubicarse también los artículos de Carlos Rojas (*Agustín Cueva y la historicidad perdida*), Maria Lígia Coelho Prado (*A trajetória de Agustin Cueva*, en portugués) y del embajador argentino Carlos Piñeiro (*Agustín Cueva: Ecuador visto con la mirada del sociólogo comprometido*). Con menor fortuna, encontramos también el artículo de Juan Valdano, *Agustín Cueva: compromiso y ruptura*, una lectura solapadamente crítica que no llega a tener profundidad ni gran alcance. A ello quizás debamos sumarle una cantidad grande de publicaciones editoriales, firmadas entre otros por Abdón Ubidia, Jorge Núñez, Javier Ponce, Enrique Ayala, Werner Vásquez y Ernesto Albán. Todo lo cual únicamente habla del impacto que ha tenido Cueva en nuestra realidad.

En estos días de Mayo en que se finaliza este trabajo, se realizó un seminario de conmemoración de los veinte años de desaparición física de Agustín Cueva. Cabe quedarse al menos con el espíritu de esa iniciativa, pues muchas de las ponencias fueron bastante tibias y poco novedosas en sus ideas, por decir lo menos. Exceptuando obviamente algunas intervenciones que siempre son gratas, porque están más enfocadas en desarrollar un punto de vista que en rendir sumisa pleitesía (todo muerto es bueno, dice el adagio popular). Hemos atendido a una recuperación de Cueva en su radicalidad, el crítico del progreso que apareciera en su última obra, deseando menos la integración subordinada al sistema capitalista que la destrucción misma del sistema. Así también hemos visto una eventual extensión de algunos rasgos de la obra de Cueva, que reclaman la misma postura anticolonial de sus escritos "culturales" en sus escritos políticos.

-5-

No puede cerrarse este trabajo sin algunas, brevísimas, anotaciones respecto del estilo. Poca duda cabe de que Agustín Cueva fue un ensayista de prosa vigorosa y estilo propio, desenvuelto. Un crítico literario obviamente le presta atención a la *forma*, a la *escritura* en el sentido que le da Roland Barthes, y que en este caso es siempre directa, para nada engolosinada ni artificialmente adornada, pero no por ello seca ni carente de interés.

En un medio como el nuestro, en el que ni los literatos hacen literatura, es de agradecer el que podamos contar con ensayos cuidados no sólo en su contenido y rigor, sino en su forma. Quizás los puntos más altos en la prosa de Cueva, desenfado e ira, se encuentren en sus pasajes más irónicos (*Sobre elefantes y gacelas* da buena cuenta de ello, lo mismo que *¿un tranvía llamado populismo?*), en algunos de sus títulos (*Lecturas y rupturas*, *Sobre exilios y reinos*) y, sobre todo, en los pasajes consagrados a la esperanza: a la esperanza de que podamos, algún día, decirle adiós a la colonia, adiós al imperialismo y adiós al capitalismo.

-6-

Por último, no está demás ensayar una autoevaluación de este trabajo, el cual, por realizarse bajo el método de "prueba y error" durante algo más de un año (con pocos meses febriles y muchos desérticos), es más bien un registro de las dudas e inquietudes que hemos tenido, transformándose en ese periodo de tiempo. Ello explica, tal vez, las diferencias de tono y los sutiles cambios de posición entre el primer capítulo escrito (el segundo de este trabajo) y el último de ellos (el que inaugura la discusión). Es posible que no se haya logrado conformar un estilo convincente ni sólido, sino más bien una polifonía con voces más seguras que otras, con la presencia de Cueva por allí, y un rumor que no llega a ser voz por allá, además de todo lo que cabe en el medio.

Con seguridad, la parte que más merece una reelaboración (pero que posiblemente nunca se hará) es aquella donde se trata el tema de Jorge Icaza. El asunto es que ahí se encuentra una riqueza analítica que difícilmente está contenida en el pequeño espacio que le dedicamos en este trabajo. Pero más allá de que de cada uno de los capítulos que tratamos podrían hacerse no sólo extensiones, sino investigaciones autónomas, el proyecto inicial de mostrar en líneas generales el pensamiento vivo y vigente de Agustín Cueva se ha cumplido.

En definitiva, nos queda los siguiente: la certeza de que quien quiera leer este trabajo, puede tranquilamente sustraerse a la lectura de los epígrafes que se han colocado por allí; pues ellos contienen la esencia de lo que aquí se ha tratado de decir.

Bibliografía

1. De Agustín Cueva (en orden cronológico)

a. Libros

CUEVA, Agustín (1986), *Lecturas y rupturas*.
Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (1987), *LaTeoría marxista*. *Categorías de base y problemas actuales*. Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (1987b), *El viraje conservador: señas y contraseñas*. En: *Tiempos Conservadores, América Latina en la derechización de Occidente*.
Quito: El Conejo.

_____, _____ (1988), *El proceso de dominación política en el Ecuador*. Edición corregida y actualizada. Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (1988b), *Las democracias restringidas en América Latina*.
Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (1989), *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. Guayaquil: Editorial de la Universidad de Guayaquil, segunda edición.

_____, _____ (1989b), *América Latina en la frontera de los años 90*.
Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (1993), *Literatura y conciencia histórica en América Latina*.
Quito: Editorial Planeta del Ecuador.

_____, _____ (2007), *El desarrollo del capitalismo en América Latina*.
México D.F.: Siglo XXI editores, vigésima edición.

_____, _____ (2007), *Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia*. En: *Agustín Cueva. Pensamiento fundamental*.
Quito: Campaña Nacional Eugenio Espejo por el libro y la lectura. Colección pensamiento fundamental.

_____, _____ (2008), *Entre la ira y la esperanza.*
Quito: Colección Bicentenario, Ministerio de Cultura.

b. Artículos

CUEVA, Agustín (1965), *Mito y verdad de la cultura mestiza.*
En: Revista Indoamérica 65, Número 4-5. Quito

_____, _____ (1976), *Notas sobre el desarrollo de la sociología en el Ecuador.*
En: Varios Autores, *Política y Sociedad*, Quito: Ediciones Solitierra.

_____, _____ (1980), *Pensamiento y cultura de nuestra América.*

En: Revista Cuestiones económicas, Número 4. Quito.

_____, _____ (1980), Entrevista a Agustín Cueva.
En: Revista Nariz del Diablo, Número 4-5. Quito.

_____, _____ (1988), *Sobre exilios y reinos (Notas) críticas sobre la evolución de la sociología sudamericana.*
En: Revista Estudios Latinoamericanos, Número 4, Volumen III. México D.F.

_____, _____ (1988), Entrevista a Agustín Cueva: *La cultura de la crisis*.
En: Revista Difusión Cultural, Número 7. Quito

_____, _____ (1990), *Sobre elefantes y gacelas en el debate sociológico del Ecuador.*
En: Revista Nariz del Diablo, Número 15. Quito.

_____, _____ (1991), *América Latina ante el "fin de la historia".*
En: Revista Ecuador Debate, Número 22. Quito.

_____, _____ (1994), *Comentario.*
En: PUIGGRÓS, Adriana (coord.), Alternativas pedagógicas. Buenos Aires: Miño y Dávila editores.

_____, _____ (1998), '*Ecuador: subdesarrollo y dependencia' de Fernando Velasco.*
En: Revista Procesos, Número 12, Semestre I. Quito.

_____, _____ (2007), *Los movimientos sociales en el Ecuador contemporáneo: el caso del movimiento indígena.*
En: Revista Yachaykuna, Número 7. Quito.

_____, _____ (2009), *Falacias y coartadas.*
En: Revista Casa de las Américas, Número 257. La Habana

2. De otros autores (en orden alfabético)

ALBÁN, Ernesto (1992),*Agustín*.
En: Diario Hoy, sección Perspectivas, jueves 14 de Mayo.

AYALA MORA, Enrique (1992), *En memoria de Agustín Cueva*.
En: Revista Procesos, Número 2. Quito.

BÁEZ, René (1982), *Dialéctica de la economía ecuatoriana*.
Quito: Editorial Alberto Crespo Encalada, segunda edición.

BARTHES, Roland, *El grado cero de la escritura*.
En: http://www.cholonautas.edu.pe/modulo/upload/Roland%20Barthes.pdf

BEIGEL, Fernanda (1995), *Agustín Cueva: Estado, sociedad y política en América Latina*.
Quito: Casa de la Cultura Ecuatoriana, primera edición.

CARRASCO, Adrián (1993), *El desarrollo de las ciencias sociales en el Ecuador: una visión desde la universidad provinciana.*

En: VERDESOTO, Luis (comp.), *Hacia una relectura de Agustín Cueva*.
Cuenca: Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.

CARVAJAL, Fernando; ENDARA, Ximena (1993), *Dos momentos de Cueva en el debate de las ciencias sociales en América Latina.*
En: VERDESOTO, Luis (comp.), *Hacia una relectura de Agustín Cueva*.
Cuenca: Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.

COELHO PRADO, Maria Lígia (1992), *A trajetória de Agustin Cueva*.
En: Estudos avançados, 6(16). Sao Paulo

CORNEJO-POLAR, Antonio (1994), *Escribir en el aire.*
Lima: Editorial horizonte, primera edición.

DOS SANTOS, Theotonio (1998), *La Teoría de la Dependencia. Un balance histórico y teórico*.
En: http://168.96.200.17/ar/libros/unesco/lopezpaco_archivos/lopezpaco.html

FERNÁNDEZ, María del Carmen (1991), *El realismo abierto de Pablo Palacio*.
Quito: Ediciones Libri Mundi.

GANDARILLA, José (2006), *América Latina en la conformación de la economía-mundo capitalista*. México D.F.: CEIICH, Colección El Mundo Actual, UNAM.

GRAMSCI, Antonio (1977), *Pequeña Antología Política*.
Barcelona: Editorial Fontanella S.A., segunda edición.

_____, _____ (2009), *Antología*.
Buenos Aires: Siglo veintiuno editores

LENIN, V.I. (1973), *El Estado y la Revolución*.
México: Editorial Grijalbo.

_____, ___ (1973), *El imperialismo, etapa superior del capitalismo*.
Buenos Aires: Editorial Anteo, sexta edición.

LUKÁCS, Georg (1969), *Historia y consciencia de clase*.
México: Editorial Grijalbo, primera edición.

_____, _____ (1971), *Teoría de la novela*.
Barcelona: Ediciones Siglo Veinte.

KOSIK, Karel (1967), *Dialéctica de lo concreto*.
México: Editorial Grijalbo, séptima edición.

MAIGUASHCA, Juan; NORTH, Liisa (1991), *Orígenes y significado del velasquismo*.
En: QUINTERO, Rafael (ed.), *La cuestión regional y el poder*.
Quito: Corporación Editora Nacional.

MARIÁTEGUI, José Carlos (2005), *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana.*
Lima: Proyecto Editorial Orbis Ventures S.A.C.

MARX, Karl (2005), *La tecnología del Capital. Subsunción formal y subsunción real del proceso de valorización (extractos del manuscrito 1861-1863)* Selección y traducción Bolívar Echeverría.
México D.F.: Ítaca.

_____, ____ (2005), *Manifiesto del partido comunista*.
Buenos Aires: Longseller.

_____, ____(2001), *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Marxists Internet Archiv, en: http://www.marxists.org/espanol/m-e/1850s/criteconpol.htm

_____, ____(1969), *El 18 Brumario de Luis Bonaparte*.
México D.F.: Editorial Grijalbo, primera edición.

MENÉNDEZ-CARRIÓN, Amparo (1986), *La conquista del voto*.
Quito: Corporación Editora Nacional.

MOREANO, Alejandro (2008), *Agustín Cueva hoy*. En: *Entre la ira y la esperanza y otros ensayos de crítica latinoamericana*. Fundamentos conceptuales Agustín Cueva. Bogotá: Siglo del hombre – CLACSO.

PIÑEIRO, Carlos (2005), Pensamiento Equinoccial.
Buenos Aires: Ariel.

QUINTERO, Rafael (1988), *El mito del populismo en el Ecuador*.
Quito: FLACSO Editores, primera edición.

_____, _____ (2009), *Nueva crítica al populismo*.
Quito: Abya-Yala, segunda edición.

ROJAS, Carlos (2009), *Agustín Cueva y la historicidad perdida*.
En: Revista Ecuador Debate, Número 77. Quito.

STOLOWICZ, Beatriz (1992), *Para entender a América Latina: Agustín Cueva*
En: Revista Política y Cultura, Número 1. México D.F.

TINAJERO, Fernando (1986), *Estudio introductorio*.
En: Varios autores, *Teoría de la cultura nacional*. Quito: Corporación Editora Nacional.

_____, _____ (2005), *Los años de la fiebre*.
En: ESTRELLA, Ulises, Los años de la fiebre. Quito: Libresa.

_____, _____ (2011), *Entrevista particular*, Mayo 2010. (Respaldo en marco1082@hotmail.com)

VERDESOTO, Luis (1993), *Hacia una relectura de Agustín Cueva (ponencia).*
En: VERDESOTO, Luis (comp.), *Hacia una relectura de Agustín Cueva*.
Cuenca: Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación.